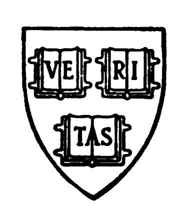
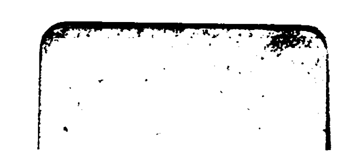






BIBLIOTECA BASCONGADA

DE FERMÍN HERRÁN

TOMO 23

OBRAS CRÍTICAS

DE

DON FELIX MARIA DE SAMANIEGO

PRECEDIDAS DE UNOS

ESTUDIOS PRELIMINARES

ESCRITOS POR

JULIAN APRAIZ

VOLUMEN PRIMERO

BILBAO:

Imp. y Enc. de Andrés P.-Cardenal, Banco de España, 3, interior.

1898



BIBLIOTECA BASCONGADA

DE FERMÍN HERRÁN

TOMO 23

OBRAS CRÍTICAS

DE

DON FELIX MARIA DE SAMANIEGO

PRECEDIDAS DE UNOS

ESTUDIOS PRELIMINARES

ESCRITOS POR

JULIAN APRAIZ

VOLUMEN PRIMERO

BILBAO:

Imp. y Enc. de Andrés P.-Cardenal, Banco de España, 3, interior.

1898

SAMANIEGO CRÍTICO

tas noticias se pueden apetecer tocantes á un escritor que nos interesa, encierra, bajo el marco biográfico, un cuadro magistral, á saber: en primer término, una crítica de alto vuelo de todas las obras del biografiado, en constante paralelo con Iriarte, sobre todo desde el punto de vista fabulístico; en el fondo, un primoroso y sazonado esbozo, lleno de vigorosas pinceladas y luminosos retratos, acerca del estado de la literatura española en la segunda mitad de la pasada centuria; y por último, una especie de galería de los más notables fabuladores del mundo, hábil é ingeniosamente entremezclados con las demás figuras.

Las obras inéditas ó poco conocidas del brillante hijo de Laguardia, las da á conocer su historiógrafo en la siguiente forma. Completan la primera sección las *Observaciones á las fábulas de Iriarte;* la *Continuación de las Memorias críticas por Cosme Damián;* el juguete ó pasatiempo *El mayorazgo corto,* y *Los males de la Rioja,* (que es una simple carta á Peñaflorida): todos estos *opúsculos,* exceptuando el primero, llevan anotaciones muy adecuadas y prudentes del colector. Forman la segunda sección las siguientes poesías: *Un retrato humorístico; Déci-*

mas á unos amigos preguntones, que deseaban saber la opinión del poeta acerca de cuál es preferible, *sueño, dinero ó mujer;* una *Jácara ó romance* sobre la desaparición de Bilbao de ciertas bellas guipuzcoanas; varios *Epigramas* contra Iriarte; la fábula en endechas reales *El pastor músico;* el cuento de *El sombrerero; Los huevos moles* (parodia de *El murciélago alevoso);* la primorosa y conocida sátira titulada *Descripción del convento del Desierto;* el cuento ó fábula en silva *El dios Scamandro;* y una *Parodia de «Guzmán el Bueno»* (soliloquio iriartino). Insértanse por fin, en la tercera y última sección, treinta y siete cartas familiares, modelo de saladísimo estilo epistolar, estando también cuajadas estas dos secciones de oportunísimas notas de don Eustaquio.

Ahora bien, como el papel de Ruth suele á veces resultar muy cómodo, he ido espigando á la distraída en estos últimos años en tan generoso campo; y como quiera que mi entrañable compañero Fermín Herrán ha sido sabedor de que, amén de algunos trabajos varias veces honrados en letras de molde acerca del apólogo y de Samaniego, había yo llegado á reunir, ora por mis visitas

á diversas bibliotecas, ora por indicaciones de un conspicuo literato, muy conocedor del siglo XVIII, ora por un feliz hallazgo (1), algunas poesías y opúsculos raros de nuestro sin par fabulista alavés, me ha instado á la redacción de uno ó más tomos con destino á la BIBLIOTECA BASCONGADA. Mas como no iba á vaciar en ella mi saco á granel, mis apuros y sudores han consistido principalmente en verificar una prudente selección, ofreciendo tan sólo el candeal á mis lectores.

El último razonamiento, el que más ensayos y tanteos ha costado en una laboriosa excogitación, ese suele resultar el más natural y adecuado; como resultan más airosas y elegantes las actitudes y movimientos del consumado ginete, esgrimidor ó gimnasta que los esfuerzos violentos del novel, en su torpe y fatigo-

(1) Mis estudios sobre el apólogo, con algunos especiales acerca de Samaniego y una reseña de la erección de su estatua en Laguardia en 1883, se hallan reunidos en el primer tomo de mi *Colección de discursos y artículos*, Vitoria, 1889; de todos los demás trabajos, más ó menos raros y conocidos de nuestro insigne paisano, se da noticia en diversos pasajes de este libro. Véase, á más, el Apéndice.

so aprendizaje. En este sentido, he aquí mi reflexión definitiva.

Samaniego es universalmente conocido como fabulista; sus demás poesías auténticas y dignas de ver la luz, á más de haber sido coleccionadas por Navarrete, se hallan ya vulgarizadas en la reproducción que de ellas se hizo en 1869 en el tomo sesenta y uno de la *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra (1); recojamos, pues, todas sus obras de crítica literaria que hasta hoy hemos podido coleccionar, y hagamos con ellas plato al buen paladar de los habituales lectores de la BIBLIOTECA BASCONGADA DE FERMÍN HERRÁN.

Pero los tiempos, los gustos y las costumbres han cambiado mucho desde la Revolución francesa acá; estamos respecto del siglo filosófico en un período completamente nuevo; y aunque hijos y herederos de los hombres de entonces, precisa conocerlos previamente, para sacar algún aprovechamiento de la lectura de sus escritos, máxime siendo de la índole de los que aquí presentamos. Así,

---

(1) Menos una, que, por su novedad y por su carácter crítico, figura dignamente en este volumen.

pues, á fin de que los lectores menos versados en el desenvolvimiento de las ideas estéticas puedan apreciar debidamente el papel que en este punto y con relación á su tiempo desempeñó Samaniego, y den á sus obras todo el alcance y sentido que encierran, trazaremos por vía de introducción y á grandes rasgos el cuadro que nos ofrece la crítica literaria en el último tercio de la pasada centuria; haciendo en seguida la historia y el análisis de cada una de las producciones críticas que incluimos en esta colección.

Con la realización de tan sencillo plan, aspiramos á demostrar, en este volumen, que si la airosa y arrogante figura de D. Félix Sánchez de Samaniego sigue cada vez más levantada y enhiesta en el concepto de fabulista, y el renombre de nuestro riojano alavés como escritor festivo y satírico, continúa igualmente pregonado por la fama, á la luz de la estética moderna, podemos también proclamar muy alto el lema de *Samaniego crítico,* presentándolo en este concepto como uno de los más notables entre los de su tiempo.

PRIMERA PARTE

SAMANIEGO CONSIDERADO COMO CRÍTICO

I

Ligera idea del estado de las ideas estéticas en España en tiempo de Samaniego y situación personal de éste en frente de su rival Iriarte.

Espectáculo curioso, bien que perfectamente explicable, es el que nos ofrece uno de los aspectos de la historia intelectual de nuestra patria después del Renacimiento. Mientras la literatura, bajo su aspecto histórico de arte bello, se nos presenta digna sucesora, legítima heredera é intérprete fidelísima de la Edad Media, cristiana y romántica, su crítica ó preceptiva, como todos los ramos de la filosofía y de la ciencia ¡extraña contradicción! se determinan ávidamente por el cauce de la restauración clásica y pagana. Nuestra crítica, pues, fué, por regla general, insuficiente, porque elevándose nuestros humanistas á las fuentes en que bebieron Aristóteles, Horacio

y Quintiliano no comprendieron la diferencia existente entre tiempos y pueblos; así es que en una época de virilidad, energía y florecimiento la espontaneidad de nuestro teatro, nuestra novela, etc., eran una verdadera protesta contra el escrupuloso criterio de los clasicistas.

No faltaron, sin embargo, críticos en España que supieran elevarse en sus concepciones estéticas, siquier fuese con indecisión é inconstancia (Cervantes, Lope, Francisco de la Barreda, etc., etc.) á las verdaderas regiones del arte literario, totalmente considerado y no con estrechez, de todo punto inaceptable. Mas en el siglo XVIII arreciaron en cierto modo las exageraciones de algunos críticos justamente denominados *neo-clásicos* ó *galo-clásicos,* envalentonados por la protección oficial y seducidos por la brillante cultura francesa en frente de nuestra notoria decadencia.

Entre los que con más ó menos conciencia de sus convicciones trataron de resucitar el gusto por la antigua literatura castellana figuran Nifo, Sedano, Huerta, D. Ramón de la Cruz, Sánchez Ríos, Capmany y aun los mismos virulentos (en bien opuestos campos religiosos) Forner y el abate Marchena, excepto en los asuntos de teatro. No hay para qué citar á los *neo-clásicos.* Lo eran casi todos los literatos que no quedan mencionados, y dicho

se está que figuraban entre ellos, y no eran de los menos decididos, Samaniego é Iriarte.

No debe, pues, extrañarnos que para ambos fuese Huerta un pobre hombre, no tanto por su españolismo, para nosotros laudable, sino por su poco acierto en sus polémicas, teniendo nuestro fabulista en aquella contienda, en que apenas hubo un crítico que no rompiese una lanza con Huerta, la gloria de haber abierto el camino de los ataques contra su desacertada defensa de nuestro teatro nacional. Pero antes de hacer la semblanza de Huerta urge decir dos palabras sobre Sedano, aunque nada tuvo que ver directamente con Samaniego, sino solamente con Iriarte.

D. Juan Joseph López de Sedano, que figura entre los *misogalos,* era hombre de bastante lectura, pero de ningún gusto, ni discernimiento; escribía bastante mal y no tuvo arranques para verificar una reacción contra el clasicismo francés: la mayor parte de estas cualidades se patentizan con sólo pasar la vista por su tan conocido *Parnaso Español,* comenzado en 1768 y que no llegó á completar más que nueve tomos, por las polémicas sostenidas contra el colector por sus antes amigos Ríos é Iriarte. A las censuras de Sedano contra la traducción de la *Poética horaciana* hecha por el poeta-canario, contestó éste con su ameno y nada virulento folleto

Donde las dan las toman, (1778), en que pulverizó á su competidor, mal que pesase á nuestro Samaniego, según lo dió á entender más tarde.

D. Vicente García de la Huerta, cuyo numen poético queda suficientemente demostrado con su excelente tragedia *Raquel,* era quizá el más inteligente de los críticos no afrancesados; mas á pesar de esto y de su noble consecuencia, que rayaba en terquedad, no estaba á la altura de las circunstancias, ni tenía suficiente ilustración para competir con la juventud dorada de su tiempo, en su mayor parte neo-clásica. Con el fin de dar á conocer las bellezas de nuestros excelentes dramaturgos de la centuria anterior, comenzó en 1785 esta tarea, publicando el primer tomo de su *Theatro Hespañol* (sic) con un largo prólogo en que tronaba contra el teatro francés y sus defensores, preconizando las excelencias del nuestro; pero con un estilo tan extravagante que provocó la hilaridad de los afrancesados, á cuya cabeza se puso por entonces Samaniego.

Como éste cita también varias veces en sus opúsculos á ~~Navarrete~~ Nasarre y Forner, es de necesidad que presentemos á ambos personajes. El primero pertenece á la primera mitad del siglo, y fué tan afrancesado y tan acérrimo defensor de las tres unidades dramáticas como

el que más. Tuvo la peregrina idea, al reimprimir en 1749 las *ocho comedias y ocho entremeses* de Cervantes, de suponer que éste había disparatado de propósito en su teatro para poner en ridículo, parodiándolas, las comedias de su tiempo.

D. Juan Pablo Forner, joven de gran entendimiento y sólida instrucción, aunque duro y bronco en la polémica, contendió en defensa de la escuela española contra Huerta (como paladín de Cervantes) contra Iriarte, Trigueros, Sánchez, Vargas Ponce y contra una turba de teólogos, poetastros y periodistas; su antigalicismo tenía algo de la fe del misionero religioso, pues con las novedades transpirenaicas veía él claramente el portillo abierto contra la religión, de que era celosísimo defensor. Lista nos ha dejado acerca de él una frase elocuentísima: *Forner tenía el entendimiento más apto para comprender las verdades que las bellezas*. Por eso, con rara inconsecuencia, no apreció las incomparables de nuestro verdadero teatro nacional, venerando en este sólo punto á los franceses. Sus principales trabajos contra Iriarte son: *El asno erudito* (contra sus fábulas); y *Los gramáticos chinos* (contra los Iriartes), que son dos desalmados libelos; cita también Samaniego con poco aprecio el poema *Sobre el hombre*, de 1787; pero el que no se llegó á imprimir, á pesar de

las esperanzas de nuestro crítico, es el papel sobre *Los gramáticos*.

Dos nombres más, en representación de la alta crítica cervantesca, el artillero Ríos y el marino D. Martín de Navarrete (aunque éste pertenece más á nuestro siglo) y dejando á un lado las extrañas simpatías ó suavidades de nuestro fabulista crítico hacia Forner, hijas, indudablemente, de la ojeriza que ambos tuvieron al canario, pasemos ya á reseñar la historia de las enemistades entre Iriarte y Samaniego.

Jóvenes, casi de una edad (nació el poeta canario en 1750, y le llevaba el alavés cinco años), viviendo el uno en Madrid y visitando el otro la corte con alguna frecuencia, en cuyas tertulias aristocráticas hacían los primeros papeles, si Samaniego se había educado en Francia, la educación de Iriarte era también enteramente francesa, teniendo los dos por ende las mismas ideas y costumbres; ambos eran músicos y violinistas; los dos idolatraban á Boileau, Voltaire, Rousseau y á los enciclopedistas; uno y otro creían que España estaba en *todo* muy atrasada respecto de Francia, tanto que al suscitarse aquellas polémicas con motivo de la aseveración de Mr. Massón, de que luego hablaré, *creyeron ambos* que el francés tenía razón y que los *apologistas españoles* echaban la cosa á perder.

Pero ¿se quiere más? Samaniego é Iriarte eran lo que entonces se llamaba *jansenistas* y hoy *liberales*, y, sobre todo, no muy católicos. Navarrete cree que Iriarte era menos irreligioso. «Su conducta, dice en la página 88 de las *Obras inéditas*, etc., era más cauta y su catolicismo más sincero que el de Samaniego». Yo creo lo contrario, y para mi creencia me bastan sus quintillas contra el Papado. Ambos fueron perseguidos por la Inquisición, figurando, por lo mismo, entre los *Heterodoxos españoles* de Don M. Menéndez y Pelayo, quien, después de dar cuenta de sus procesos, los califica resueltamente de *irreligiosos*, si bien hace constar en el tomo III, páginas 259 á 266, que Samaniego murió cristianamente. Uno y otro eran poetas, partidarios del prosaismo y autores de cuentos verdes; los dos eran castizos prosistas y excelentes críticos de una misma escuela, (1) habían si-

(1) Es sumamente curioso el ver la identidad de criterio con que juzgan el teatro de su época, y principalmente los sainetes de D. Ramón de la Cruz. Casi de las mismas frases y expresiones se valen nuestros dos fabulistas críticos al hablar de la inmoralidad de los argumentos, de lo descabellado de la trama, de la constante é irrespetuosa presencia en escena de los abates, de la falta de interés y deleite, etc., etc., en los sainetes y otras representaciones de su tiempo. (Cotéjese el artículo de Samaniego, que publicamos en su lugar, con una carta de Iriarte, dada á luz por primera vez por el Sr. Cotarelo en *Iriarte y su época*, principalmente en la parte *catilinaria* contra Cruz, que empieza en la pág. 442).

do amigos y tenían una verdadera monomanía contra los frailes.

En una cosa se diferenciaron: en el carácter. Iriarte era bastante vanidoso, atildado y un tanto envidioso, pero fácil en la reconciliación; Samaniego modestísimo, campechano y amigo de sus amigos, mas un si es no es rencoroso. Y esto trajo la enemistad. ¿Cómo? Del modo siguiente:

Apenas vió Iriarte la aceptación de las recién publicadas fábulas del vascongado, ó comprendió el éxito que habían de tener, se lanzó á publicar otras, lo cual nada tenía de particular; pero entre amigos tan queridos, y aunque no lo hubieran sido, no se comprende que pusiese Iriarte ó hiciese poner un prólogo á sus fábulas en que, sin nombrar para nada á Samaniego, hiciese una alusión en cierto modo despectiva á las de su rival.

Ponemos á la cabeza de los trabajos críticos de Samaniego el Prólogo de sus fábulas, 1781, intercalando por vía de meta el de Iriarte, 1782, tanto por su congruencia en esta colección, ya que hace muchos años se vienen suprimiendo, como para que resulte gráficamente la injusticia cometida por Iriarte con su cariñoso y sincero amigo.

Yo tengo la seguridad de que no hubiera habido ruptura entre ellos si en vez de poner Iriarte en dicho prólogo «no quiero preocupar

al público acerca del mérito de estas fábulas, sí sólo prevenir á los menos versados en nuestra erudición que esta es la primera colección de fábulas enteramente originales que se ha publicado en castellano» hubiere añadido: «por más que yo no dudo ni un momento de que mi amigo Samaniego, primer fabulista español, es muy capaz de hacer fábulas originales tan buenas como las que ha imitado.»

No es que Samaniego hubiese dejado de ver los defectos de Iriarte, sino que por amistad y hasta analogía en su modo de pensar jamás se hubiera desatado contra él, aún haciéndole objeto de su crítica.

Dado el carácter del poeta riojano hay que creer que lo que más le impresionó no fué la materialidad de que se le presentase un rival con poca lealtad, sino que esa *deslealtad* fuese precisamente cometida por un *amigo*.

Hay una carta muy interesante que demuestra su grandísimo sentimiento por la preterición desdeñosa y ataque embozado del canario, siendo al mismo tiempo una prueba elocuente de que su rencor contra su rival no le impedía reconocer los grandes méritos de éste y cuán acreedor era al público respeto y consideración. Si bien la tal carta carece de fecha, su contexto nos da idea de que la herida era reciente, y, por tanto, debe de ser de 1782; va dirigida, según nos informa Nava-

rrete, (O. c., p. 283) al primer Conde de Salazar, D. Luis de Salazar, quien nació en Vitoria en 1758 y murió en 1838, habiendo sido Ministro de Marina. Hela aquí íntegra, y así damos de paso una muestra del estilo epistolar de Samaniego:

«Luis amigo: Aunque me llamo Félix, no soy aquel

Félix, qui potuit rerum cognoscere causas.

Al contrario: soy tan topo, que de cualquiera me fio, de nadie sospecho, á todos me entrego, y fácilmente soy engañado. No me arrepiento: es indicio de un alma noble no dudar de las intenciones de los demás. En nada ofendí al canario de Madrid; mis elogios fueron sinceros. Es cierto que siempre fuí de opinión de que no valía tanto como el público se empeñaba; pero era una opinión privada mía, que habría sido no sólo pedantesco sino insensato, tratar de sostener, cuando buscaba hacerme su amigo. No soy tan orgulloso tampoco que me creyera más competente para juzgarle que los muchos que le elogiaban; y en seguir la corriente no hice más que imitar al insigne Metastasio. Me preguntas, pícaro Luis, en qué consiste que, con tantos elogios de mi parte me haya dado tan mal pago; y si me lo preguntas porque lo ignoras, te felicito por ello: y celebraré que nunca lo sepas, porque será señal de que á tu corazón honrado ni aún puede ocurrirle hasta donde conducen a un alma pobre los incentivos de la envidia.

Ahora tengo que suplicarte, que un exceso de cariño hacia mí no te meta en polémicas con una persona que, como quiera que sea, es respetada. Debemos consideración á los que tienen más años: fácil es zaherirlos con agudeza: no es tan fácil estudiar para superarlos: y á esto último es á lo que debe aspirar un joven.

Tu familia de La-Guardia, puedo dar testimonio, más digno de fe que la cruz de un escribano, de que está buena: también lo está tu amigo

Félix.»

Y por mucho que en sus dos opúsculos contra Iriarte quisiese disimular Samaniego que le impulsaba el rencor ó el resentimiento, manifestólo por lo menos en otras dos ocasiones. En las *Décimas glosadas* echa en rostro al canario que necesitó ver otras fábulas para publicar las suyas; y en el mismo mes de Abril de 1788, en carta dirigida desde La-Guardia á su discípulo don Martín de Navarrete, que le comunicaba se iba á escribir su biografía, le contesta: «Déjeme vegetar en paz, amigo mío, que aún no me he muerto; y si quiere saber mi mérito como fabulador, traslado á Tirso Imareta *(anagrama de Tomás Iriarte, empleado por éste),* el primero que ha escrito fábulas originales en verso castellano» (1).

(1) De *diez* cartas, que inserta D. Eustaquio Navarrete en sus *Obras inéditas*, dirigidas á su abuelo D. Martín y á

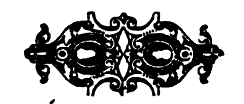
Y no se pretenda disculpar la incorrección y poca escrupulosidad literaria de Iriarte con asegurar que antes que Samaniego le enseñase sus fábulas ya él había traducido *catorce* de Fedro, que figuran entre sus *Obras completas*, ni que en el folleto contra Forner estampó estas sinceras palabras que puso en boca de don Eleuterio Geta: «Así como el hábil escritor á quien nuestra amena literatura debe estar justamente agradecida de su primera colección de fábulas en verso castellano, sacadas de los fabulistas más célebres, es su amigo de V. D. Félix María de Samaniego, aquel que en el tercer libro de sus fábulas incurrió más que otro en la *vulgaridad* de alabar el *Poema de la música*, así también el primero que consta haber inventado fábulas en castellano es V.» etc. Lo primero nada significa, pues de lo que se jactaba únicamente Iriarte era de la *originalidad;* y en cuanto á lo segundo es un testimonio perfectamente interesado, pues lo trajo á cuento para darse

---

dos hermanos de éste por Samaniego, *nueve* están copiadas de los originales ó autógrafos, y sólo esta del texto no existía sino en *copia*. ¿Será aventurado suponer, en vista de esta circunstancia y de la otra más significativa aún, de aparecer las décimas en el periódico el mismo año y mes que la carta, que fué el propio don Martín el encargado de llevar la satirilla al *Correo de Madrid* y que en su redacción quedase la carta original, donde tal vez se diere comienzo á los versos?

bombo y defenderse contra el autor de *El asno erudito.*

La prueba más evidente de que Iriarte no estaba satisfecho de su acción es que buscó un editor responsable para cubrirla, y si á esto añadimos que esto mismo fué una verdadera componenda, pues hoy existe el cuerpo del delito en la Biblioteca Nacional, que es un códice todo de puño y letra del mismo don Tomás, que demuestra haber sido él mismo quien redacto el Prólogo, nos convenceremos plenamente de que su preterición no fué impremeditada, sino profundamente intencionada é hija exclusivamente del sexto pecado capital. No negaremos nosotros que Samaniego se excedió en su saña é injusticia contra las *obras* de Iriarte, pero éste había comenzado por faltar á la *persona* del primero.



Análisis de los opúsculos críticos de Samaniego

Para la cabal inteligencia de los siete escritos que forman esta colección, unos con predominio preceptivo ó expositivo y otros eminentemente polémicos, pero todos con una riqueza de observaciones críticas, tanto más dignas de atención cuanto proceden de un escritor del siglo XVIII, precisa digamos algunas palabras, á más de las indicaciones generales ya estampadas, acerca de cada uno de ellos.

Es el primero un exactísimo y primoroso estudio de sus mismas fábulas, probando una vez más que no son incompetentes los poetas, como muchos pien san, para juzgar de sus propias producciones.

En este Prólogo de sus fábulas alardea Samaniego de cierta modestia campechana y de una deferente consideración á sus maestros Fedro y Lafontaine, á quienes saboreó en sus originales; deja entrever cierto temor prudente de no haber acertado del todo al tratar de aclimatar en España un nuevo género literario, pero ostenta al propio tiempo una convic-

ción profunda de que su obra era útil y conveniente para los doctos y los ignorantes, para niños y provectos, aunque haciendo un estudio especial y singulares esfuerzos para mejorar á Lafontaine en acomodarse á la capacidad de la infancia: y se aventura en singulares atisbos estéticos, no sólo al relacionar en cierto modo el apólogo con la égloga, sino al sentar su pie en firme en la teoría del predominio de lo bello sobre lo útil en las fábulas.

Echanse de ver palpablemente en este Prólogo los estudios teóricos de Samaniego en la preceptiva fabulística: no sólo ha estudiado bien sus modelos, sino que dócilmente se ha embebido en las censuras de los críticos. No ha acertado, pues, por casualidad, sino que tiene plena conciencia de su misión de fabulista y del inmenso é inexplicable vacío que venía á llenar en la literatura española. Hasta le ocurre insinuar la luminosísima idea que en otro lugar *(Observaciones)* explana admirablemente, de que sus fábulas pueden tener una aplicación literaria, cuando menos para que los niños se aleccionen en el mecanismo de la versificación. Lo que sí sabe perfectamente, y no falta aquí alguna alusión embozada, más tarde magistralmente formulada *(Carta á Massón)* por el eminente crítico, es que el mejor escrito poético con carácter di-

dáctico no puede enseñar en una ciencia lo que un mediano libro elemental en prosa.

Pero la cualidad de que más bizarramente se jacta en sus fábulas el prologuista, por haber *empleado casi nimiamente su atención* en ello, es esa difícil facilidad, esa asombrosa *naturalidad* de estilo tan envidiada por los escritores y por tan pocos conseguida *est sibi quivis speret idem, sudet multum, frustraque laboret, ausus idem.*

Finalmente, en este discretísimo documento se ha prevenido, aunque con aparente inocencia, la nota de mero imitador de que embozadamente le acusó luego Iriarte, nota de que se vindicó prácticamente en el libro 4.º de la segunda parte de sus fábulas (1784). No se puede decir con más claridad y lisura que él se tiene en cierto modo por fabulista original, pues *tomando en cerro los argumentos de Esopo,* se ha esmerado en que la libertad de su genio aplicada *á su obra contribuya á darle cierto aire de novedad y gracia;* no habiendo hecho, por otra parte, la mayoría de los buenos fabulistas ningún hincapié en la elección de un argumento completamente nuevo.

Cuanto á las *Observaciones á las fábulas de Iriarte* queda ya, aunque sin entrar en detalles, con suficiente claridad insinuado nuestro criterio al hablar, tal vez con alguna prolijidad, de las lamentables disensiones entre los

dos más justamente renombrados fabulistas españoles. Por eso preferimos dejar la palabra á dos ilustres críticos, que han emitido dictámenes antitéticos en el particular, y á un tercero, el más eminente de todos, que se coloca, á nuestro parecer, en un justo medio.

Dice así D. Eustaquio Navarrete en su colección tantas veces traída aquí á cuento, á las páginas 61 y 62.

«Samaniego se resintió del proceder ruín del escritor madrileño y dejó de ser su amigo desde el momento en que dejó de estimarle. Escribió un folleto intitulado *Observaciones* sobre las fábulas de su contendiente, que publicó sin año ni lugar de impresión, aunque me cabe la duda que el año fué el mismo de 1782, en que se publicaron las *Fábulas literarias*, y el lugar Vitoria. Son juiciosísimas las reflexiones que hace, atinada la crítica, fina la ironía, sin mordacidad y excelente la doctrina sobre los apólogos y sobre los fabulistas antiguos y modernos; y no decimos más, porque, el lector, á quien se ofrece á continuación podrá juzgar por sí. A pesar de estar escritas con juicio y comedimiento, Iriarte y sus hermanos, prevaliéndose de su valimiento en la Corte, trataron de indagar judicialmente su autor y perseguirle por haberlos impreso sin licencias, año, ni lugar; pero, al parecer, estas diligencias fueron vanas.»

Por su parte, el señor Cotarelo, después de asegurar que Navarrete no es un biógrafo

sino un panegirista de Samaniego, de manifestar su falta de conformidad en que necesitase Iriarte para cultivar la fábula, esperar al éxito de la colección del vascongado y de suponer que Navarrete se propasa á juicios temerarios contra Iriarte, se expresa así:

«Por más que se esfuerza Samaniego en aparentar imparcialidad y en dar mesura á sus *Observaciones,* traslúcese el despecho en el tono afectadamente despectivo con que habla del *señor don Tomás:* en la rebusca que hace de las fábulas más débiles, que toma como base para sus juicios y en la ceguedad que padece al formular sus censuras, que lo mismo se dirigen contra las de Iriarte, que contra sus propias fábulas y contra todo el género. Porque si los osos, los monos, y los marranos no pueden enseñar á componer un poema épico, una oda ó un discurso oratorio, claro es que tampoco pueden ser grandes maestros de ética. Si Iriarte no ha dicho nada nuevo al afirmar que no se ha de confundir la buena crítica con la mala, y que es despreciable la poesía con mucha hojarasca, que sin claridad no hay obra buena, y otras vulgaridades, elevadas por él á la categoría de máximas, tampoco se ve que enseñen cosas más recónditas ni Pilpay, ni Esopo, ni Fedro, ni Lafontaine.—La crítica de Samaniego, aunque templada en la forma, no deja de contener insinuaciones bien malignas, como aquella en que hablando del *asno* vestido de león, dice que, no obstante, la *brillantez* de *su traje,*

asoma la punta de la oreja, añadiendo, á guisa de comentario, que Dios le libre de hacer aplicaciones por su parte, pero que no responde igualmente por todos los malsines que lean las fábulas del *señor don Tomás*. Llama á la traducción de la *Epístola a' Pisones*, una de las más débiles copias de uno de los más bellos originales; asegura que la respuesta á Sedano es, tanto en la forma como en el fondo, un malísimo modelo del género polémico, y punza de pasada el poema de la *Música*. El fin principal de Samaniego, como él mismo lo declara, es probar que el talento del *señor don Tomás* no era el de hacer fábulas; que ahí era donde le dolía al agudo vascongado, quien, al parecer, quería ser sólo en la faena» (1).

«En este opúsculo (dice á su vez el señor Menéndez y Pelayo, hablando también de las *Observaciones*), menos violento que solían serlo los escritos polémicos del siglo pasado, no sólo disputa Samaniego la originalidad de la introducción del apólogo á Iriarte (lo cual no admite duda.....), sino que hace algunas observaciones literarias de carácter más general, muy sólidas é ingeniosas etc., etc.» (2)

Casi en seguida de publicar Huerta el primer tomo de su *Theatro Hespañol*, es decir en

(1) *Iriarte y su época, obra premiada en público certamen por la Real Academia española é impresa á sus expensas*, Madrid, 1897; páginas 265 y 266.

(2) *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo III, volumen II, Madrid, 1886, nota de la página 44.

Junio de 1785, imprimió Samaniego un papel en 4.º, sin fecha ni firma, suponiéndolo un periódico, cuyo número es 402 y su título *Memorias críticas de Cosme Damián.* (1) Este folleto clandestino, en que se combaten las ideas contenidas en el Prólogo de la Colección de Huerta, parece iba á ser segundado con otro de igual propósito, pues el Sr. Navarrete inserta en su colección un apunte inédito que formaba parte del número 403, y nosotros lo reproducimos también de dicho libro, á continuación del 402.

«Con singular perspicacia y tino crítico (vuelve á decir el mismo escritor últimamente citado, refiriéndose á las *Memorias* de nuestro Samaniego) muestra el verdadero flaco de la argumentación de Huerta, que consistía en no haber levantado la bandera de la libertad artística», añadiendo que el segundo no siguió el camino «que en nombre de la lógica y como adversario leal le mostraba Samaniego», sino que exasperado por su contradicción, á pesar de lo *culta y mesurada* que era, en vez de aceptar la «elevada polémica con que Samaniego le brindaba, se desató contra

(1) No se por qué adoptaría nuestro crítico este pseudónimo, siendo tan poco afecto á los médicos; verdad es que en cambio tenía una prima muy querida llamada Damiana y tal vez tuviese presente su fiesta onomástica. Lo que sí he observado es que este pseudónimo es casi un anagrama, pues con las mismas letras de *Cosme Damián* se puede componer *M. d. Samanieco,* es decir María de Samaniego.

él y contra todos sus émulos en dicterios, injurias y amenazas.» (1)

Como nuestro vascongado hubiese puesto por lema de su invectiva un pasaje del *Quijote* en que se dice que «los extranjeros, más puntuales que nosotros en guardar las reglas del teatro, nos tienen por bárbaros é ignorantes», desatóse contra Cervantes tan furibundamente Huerta que provocó una verdadera lluvia de vindicaciones de nuestro primer prosista, en esta ocasión no muy acertado. No nos toca historiar las diversas fases de esta nueva polémica cervantesca, contentándonos con decir, como muestra de la virulencia de Huerta, que la leve equivocación de nuestro crítico al poner capítulo 47 en vez de 48, así como la insignificante incorrección de haber puesto al fin de su folleto *con las licencias necesarias*, en vez de poner esto en singular, cual correspondía á quien como Samaniego, no pertenecía á la clase de religiosos, le valió la reprimenda que encierra esta copla: *La Memoria de Cosmillo—es cosa particular;—en una mentira empieza,—la acaba una necedad.*

Un rasgo más para poner de relieve la indolencia de Samaniego y el poco aprecio que hacía de los brillantes destellos de su talento

(1) Páginas 78, 79, 80 y 81 del vol. 2.° del tomo III de la *Historia de las ideas estéticas en España*.

es el no haber conservado entre sus papeles un ejemplar siquiera de los tres trabajos que ponemos á continuación de las *Observaciones*.

El primero, que es una interesante epístola sobre el Teatro de su tiempo, ha estado durmiendo durante ciento once años entre las hojas de un periódico madrileño. Hame servido de guía para exhumarlo una luminosa nota de la página 327 de la monumental obra tantas veces citada *Iriarte y su época*. Su autor, don Emilio Cotarelo, no vacila en prohijar este trabajo á Samaniego, no sólo por la analogía de ideas y de estilo con los demás de D. Félix, sino por haber vuelto á adoptar en él la firma de *Cosme Damián*, con la que había atacado á Huerta hacía muy pocos meses, pues esta epístola apareció en *El Censor* en Enero de 1786, al comienzo del tomo V. Por cierto que el director del periódico, que lo era el abogado D. Luis Cañuelo, contestó débilmente en el número siguiente, el 93. á esta carta, diciendo poco más ó menos que en casi todo pensaba de un modo diametralmente opuesto al articulista, pues el teatro no estaba tan mal como éste lo pintaba y él creyó en otros tiempos, y que los sainetes de entonces eran buenos, ya que en lo de los médicos, los usías, etc., etc., se pinta lo que se ve, aunque haya de todo. Cuanto á la ópera y la zarzuela sienta *El Censor* la atrocidad de decir que son

unos desatinos, pues no tiene sentido común eso de que Catón muera dando suaves gorgeos. También defiende á los chisperos, etc., que van á pasar el rato al teatro como los demás ciudadanos.

Con decir que el impugnador de *Cosme Damián* fecha su escrito en *jueves lardero, alias gordo*, sin duda, parodiando lo de *Año Nuevo*, y que coge á Samaniego en el descuido de haber supuesto que sea uno mismo el conquistador de Méjico y el del Perú, aunque no está seguro de haber entendido esto bien, creo que he puesto toda la contestación del señor Cañuelo, el cual, además, hace notar al principio que sin quererlo habla el articulista en verso en aquello de *severo y tolerante—humano y riguroso—cobarde y temerario—incrédulo y devoto*. Y con añadir que fuera de los errores de escuela, como lo de la enseñanza ó fin docente del teatro y su enemiga al castizo don Ramón de la Cruz, todo lo demás de Samaniego es muy ingenioso y acertado, creo haber dicho lo bastante de este precioso artículo. ¡Cuántos como éste escribiría tal vez, Samaniego, puesto que no firmaba nunca, dada la vara alta que tenía en casi todos los periódicos de Madrid!

Del folleto titulado *carta apologética al señor Massón*, que tuve la suerte de descubrir por el único ejemplar hasta hoy existente, poco

he de decir aquí, puesto que en el Apéndice va la historia de su descubrimiento y otras noticias de su contenido.

No eran nuevas las aseveraciones por las que España hacía mal papel. Y á Betinelli y Tiraboschi, en 1773 y 75, habían desde Italia acusado á nuestros ingenios de corruptores de las letras, teniendo que sufrir réplicas contundentes del Abate Andrés y el P. Lampillas entre otros; pero lo que indignó á muchos de nuestros compatriotas es que un escritor adocenado, como Mr. Massón de Morvilliers, estampase en el artículo *España* de la *Enciclopedia* estas desconsideradas palabras: «*¿Qué se debe á España? De dos, de cuatro, de diez siglos á esta parte, ¿qué ha hecho por Europa?* Cavanilles en París, Denina en Berlín, Forner en Madrid, y otros muchos contestaron victoriosamente al impertinente francés. Ya hemos dicho, sin embargo, que á Iriarte y á Samaniego, entre otros muchos, no les sedujeron estas *apologías*. Así se puede apreciar la ironía que campea en el folleto *Carta apologética,* si bien en la última parte de su crítica se acuerda don Félix de que es español, y como más conocedor de la tierra vascongada presenta denodadamente curiosos é importantes adelantos científicos de nuestro país.

No hago, pues, más advertencias respecto

á esta crítica de las obras de Iriarte, que la de llamar la atención de los lectores acerca del estilo completamente *humorístico* que en ella campea. El contraste entre la finísima ironía con que comienza y la grave seriedad con que termina, la malicia, la mordacidad y el escepticismo mezclados con el buen deseo y la rectitud, y hasta la amalgama de lo poético y lo prosáico de este folleto, nos presentan á Samaniego como el precursor, en cierto modo, del satírico y humorista Fígaro. No se le escapa ni un sólo detalle, por insignificante que sea, con tal que pueda proporcionarle un rasgo cómico: desde la circunstancia de aparecer el mismo Samaniego y el inventor de los para-rayos Benjamín Franklin en la lista de los suscritores á las *Obras* de Iriarte, hasta la oriundez vascongada ó vasco-navarra del bueno del canario, todo, en una palabra, se convierte en golpe ó alfilerazo en manos de su inexorable impugnador.

Varias razones hemos tenido presentes para incluir entre las obras críticas de Samaniego su glosa de una décima iriartina, á pesar de su carácter ligero y de mero juguete y á pesar de que la circunstancia de estar rimado parece debiera ser motivo para su exclusión de este tomo. Pero la miga, el jugo y lo doctrina artística que encierra, hace que caiga de lleno dentro de la crítica literaria,

sin embargo de ser al mismo tiempo una sátira versificada. Hé aqui lo que nosotros vemos en este jugete, á primera vista insulso.

Primeramente es una especie de parodia de las décimas disparatadas del mismo Iriarte en las que éste glosa aquella otra suya tan conocida que comienza así: *Tocando la lira Orfeo—y cantando Jeremías—bailaban unas folías—los hijos del Zebedeo.* Empieza Samaniego calificando de galicismo, en mi concepto con demasiado rigor, el comienzo de la décima iriartina—*por más que en verso latino—voces castellanas usas;* le indica que el poeta debe de aleccionar y no insultar; sostiene, como antes lo hizo Cervantes, que se puede ser poeta aún en vascuence; le insinúa con sin igual gracia y oportunidad que en sus fábulas literarias, imitadas del propio Samaniego, suele el burro hablar con discreción y aún rebuznar oportunamente; reconoce que aunque en las obras iriartinas hay mucho bueno, estuvo muy desgraciado en esto de zaherir de burros á los vascos (1); se mofa de la inmensa

(1) En tres ocasiones por lo menos, recordó con fruición Iriarte el antiguo refrán *vizcaino, luego burro,* que nosotros hace ya siglos tenemos modificado de este modo: *vizcaino, luego hidalgo.* La primera vez fué en su *Vejamen contra Moratín* y la Económica matritense de que hablamos en el Apéndice n.º 3. La segunda lo hace en la siguiente forma en el epígrama III: *A un vizcaino muy aprensivo que pidió á su zapatero le tomase el pulso—Fabio*

erudición que supone el decir que *Safo* inventó en Grecia los *sáficos* aplica finísima ironía á las quintillas y décimas disparatadas y aún al poema de la Música; acota con la figura ecuestre de don Quijote, para hacer observar al poeta que muchos escritores montan en Rocinantes y no en Pegasos; y reserva para el fin un recuerdo bastante sangriento para el canario, y que le amargó hasta en los últimos días de su no larga existencia; le recuerda el *Asno* de Forner suponiendo que al considerar que á los vizcaínos se les suele también motejar de burros, por esto mismo le trató con más saña al del epigrama; mas el satírico termina protestando, por Apolo, que el vizcaíno del cuento es un hombre fuerte; *pero ¿borrico? eso no.*

Esta satirilla, ó décima glosada, se halla inserta, sin fecha, ni firma, ni más epígrafe que los tres renglones previos, en una palabra, tal cual en su lugar la damos, en las páginas 849 y s. del tomo III del *Correo de Madrid* del 12 de Abril de 1788. La aguda penetración crítica del Sr. Cotarelo, que en su obra tantas veces citada (nota 1.ª de la p. 326)

---

de cabalgadura—ya con el renombre se alza,—pues el mismo que le calza—es el que también le cura. Y la tercera burrada la pone en el epigrama doce, que es el que se glosa en la composición de que se trata en el texto. De ambos epigramas habla extensamente Samaniego en la *Carta apologética.*

inserta la última espinela de Samaniego, le sugiere la idea de que éste debió de publicar en algún periódico algunos versos satíricos parodiando los sáficos y adónicos que insertó en su Colección Iriarte, y entonces éste, con alusión indudable á su rival, por su carácter de *vascongado,* ó, como se decía entonces con más frecuencia que ahora, de *vizcaíno,* le enderezó la dichosa décima epigramática, tan briosamente glosada por nuestros poetas. Nos parece atinadísimo el razonamiento del concienzudo autor de *Iriarte y su época.*

Finalmente, muchas cosas se me ocurren respecto á la parodia y carta preliminar del *Guzmán el Bueno,* en vista del completo desacuerdo en que se encuentran en este punto los Sres. Navarrete y Cotarelo, pues al uno le parece este trabajo muy bueno y al otro muy malo, si bien ambos convienen en que los tales *soliloquios,* como el de Iriarte, no son recomendables.

Pero voy á concretarme á poner las cosas en su punto en la cuestión de hechos, pues aunque Navarrete no está muy claro, Cotarelo está equivocadísimo.

La expresión que este crítico estampa respecto á que Samaniego «ciego por el despecho, no respetó ni aún su memoria *(la de Iriarte)* atacándole después de muerto», en su obra *Iriarte y su época,* página 330, aunque

luego emite opinión muy distinta en las páginas 403 y 405, aludiendo á la parodia del *Guzmán*, requiere una seria rectificación. Hé aquí la historia de esta parodia, según D. Eustaquio, á las páginas 100, 101 y 102 de sus *Obras inéditas:*

«Sólo una vez en todo este tiempo sacudió *(Samaniego)* la pereza; y esto para divertirse á costa de Iriarte. Había este autor, hallándose en Cádiz en 1790, escrito un monólogo sobre el asunto de *Guzmán el Bueno,* género puesto en moda por el éxito de *El Pigmaleón* en Francia, que, como dice Quintana, debió ser el único ejemplar de su especie. Iriarte publicó en Madrid su monólogo ó soliloquio, que, á decir verdad, aún admitido este género bastardo, vale poco; porque ni la versificación tiene la entonación debida, ni el héroe se presenta con su verdadero carácter. El asunto no admite lucha de pasiones: el hecho se comprende como un arranque impremeditado de un corazón probo, que se exaspera de que le propongan una infamia: admitida la discusión, hija del raciocinio, es una barbarie que no tiene disculpa. Este es el defecto de cuantos dramas se han escrito sobre el sacrificio que hizo Guzmán de su hijo; pero en Iriarte está aún más de manifiesto por la frialdad del estilo. SAMANIEGO, temiendo que cundiese este ejemplo, porque la pereza de nuestros ingenios encontraría un recurso cómodo para lucirse en el teatro, sin el trabajo de luchar con las dificultades que ofrecen el diálogo y la exacta

pintura de los caracteres, y que así se propagaría la casta de los monólogos, con otra facilidad que la de comedias como *El viejo y la niña,* deseó atacar el pecado en un pecador del crédito de Iriarte, y escribió un papel con el título de LA RESPUESTA DE MI TIO SOBRE LO QUE VERÁ EL CURIOSO LECTOR, PUBLICADA CONTRA LA VOLUNTAD DE SU MERCED CON LICENCIA; AÑO DE 1792. (1) Compónese este folleto de una carta sobre la ópera y música italianas, y sobre estos soliloquios tan opuestos al arte como á la naturaleza, en particular sobre el de Guzmán, del que hace después una graciosa parodia, entremezclando versos de su cosecha á los versos de Iriarte. Enviólo á Madrid á un amigo suyo para que hiciese las diligencias necesarias á su impresión; mas habiendo entre tanto llegado á su noticia la muerte de Iriarte, pidió al amigo que le devolviese el manuscrito sin pasar adelante, y no llegó á imprimirse esta censura (2), escrita con mucho chiste y muy oportuna para cortar la manía de escribir monólogos, que, en efecto, llegó á propa-

(1) (2) Aludiendo á estos pasajes de Navarrete advierte el Sr. Cotarelo, con alguna nimiedad, que no compuso Samaniego al mismo tiempo *La respuesta de mi tío* que la *parodia del Guzmán*, sino que ésta precedió en algunos meses á la carta (notas de la pág. 403 de *Iriarte y su época*). Esto es muy cierto, según nos informa el propio Samaniego. Respecto á si éste tenía ó no noticia de la muerte de Iriarte, bien podía ignorarla al fechar su carta (en Laguardia) á 15 de Marzo de 1792, habiendo ocurrido aquélla en Madrid el 17 de Septiembre de 1791. Pero lo positivo es que la parodia no se publicó, y que para recogerla casi de la imprenta se debió de tener en cuenta el fallecimiento del fabulista canario. (J. A.)

garse, como SAMANIEGO temía. Pero su objeto principal había sido herir la vidriosa vanidad literaria de Iriarte, y como se interpuso la muerte, no juzgó noble ni decoroso divertirse á costa de sus cenizas. Ni aun noticia tendríamos de esta parodia, si el amigo, antes de remitírsela, no hubiese tenido la precaución de copiarla.»

Una observación muy acertada del señor Cotarelo respecto á la carta de Samaniego que precede á la parodia, es que Navarrete se ofuscó completamente al suponer, sólo por lo de *mi tío,* que había una alusión satírica á D. Juan de Iriarte, (á quien, efectivamente, siempre estaban tomando en boca sus sobrinos) y que debía por tanto colegirse que Samaniego fingió que D. Juan se dirigía en ella á D. Tomás. La tal carta la dirigió en realidad de verdad nuestro poeta al famoso afrancesado y Ministro de José Napoleón, D. Mariano Luis de Urquijo, que habiendo publicado en edad temprana una traducción española de cierta tragedia de Voltaire, con un Prólogo crítico acerca del teatro, sufrió un agria repulsa por un anónimo que le enderezó un *Discorso confutativo* en italiano.

Entonces, á instancia de Urquijo, intervino Samaniego, el cual llama al primero *sobrino,* bien por cariñosa broma, ó bien, y es lo más probable, aunque no he podido comprobarlo, porque realmente Urquijo, que era bilbaíno,

(nació en 1768 y murió en París en 1817), fuese sobrino de la señora de Samaniego doña Manuela Salcedo, también bilbaína.

Nosotros nos contentamos con publicar aquí *La respuesta de mi tío* y el prologuito al *Guzmán*, no incluyendo la parodia propiamente dicha, pues en caso de publicar ésta nos hubiera parecido justo poner también íntegro el soliloquio parodiado; mas hemos optado por suprimir ambos monólogos por su excesiva extensión, máxime cuando la obrilla de Samaniego puede verse entre sus demás poesías, tanto en la colección de Navarrete como en el tomo 61 de la *Biblioteca de Rivadeneyra*.

Resumiendo: de los siete trabajos críticos de Samaniego que forman nuestra colección, el primero encierra en síntesis sus ideas acerca del apólogo, que en años sucesivos fué desenvolviendo, según la oportunidad se ofrecía; el tercero es una razonada impugnación de las doctrinas de Huerta acerca del teatro; su manera de pensar sobre este último concepto con relación á su tiempo, hállase ampliamente tratada en el estudio siguiente; y los otros cuatro son otras tantas acerbas críticas contra Iriarte. Como la profesión y vocación principal de nuestro fabulista fué la de poeta, no puede prescindir en tres de estas composiciones de alardear de su maestría en

la versificación y en la rima. Por último, tres de estas obrillas fueron muy conocidas en su tiempo, las cuales, con otra completamente inédita, se reprodujeron en la colección de D. Eustaquio Navarrete; otras dos no tuvieron más publicidad que la que, sin la autoridad de la firma del autor, les dieron dos periódicos; y la que colocamos en quinto lugar (por el orden cronológico que hemos seguido en todas), destruida casi totalmente en cuanto apareció en letras de molde, fué encontrada casualmente por mí hace cuatro años.



SEGUNDA PARTE

TRABAJOS CRÍTICOS DE SAMANIEGO

PRÓLOGO DE LAS FÁBULAS EN 1781 (1)

Muchos son los sabios, de diferentes siglos y naciones, que han aspirado al renombre de

(1) Advertencia del editor de las *Fábulas literarias* de Iriarte, puesta al frente de la primera impresión en 1782.

«Porque empezaban á andar en manos de los curiosos algunas copias diminutas y viciadas de estas fábulas, me pareció que haría un servicio al público literario en pedírselas á su autor, valiéndome de la amistad que le debo, y en darlas á luz con su beneplácito. No quiero preocupar el juicio de los lectores acerca del mérito de ellas: sí sólo prevenir á los menos versados en nuestra erudición, que esta es la primera colección de fábulas enteramente originales que se ha publicado en castellano. Y así como para España tienen esta particular recomendación, tienen otra, aún para las naciones extranjeras; conviene á saber, la novedad de ser todos sus asuntos contraídos á la literatura. Los inventores de fábulas meramente morales, desde luego han hallado en los brutos propiedades de que hacer cómodas aplicaciones á los defectos humanos en lo que pertenece á las costumbres, porque los animales tienen sus pasiones; pero como éstos no leen ni escriben, era mucho más difícil advertir en ellos particularidades que pudiesen tener relación ó con los vicios literarios ó

fabulistas; pero muy pocos los que han hecho esta carrera felizmente. Este conocimiento debiera haberme retraído del arduo empeño de meterme á contar fábulas en verso castellano. Así hubiera sido: pero permítame el público protestar con sinceridad, en mi abono, que en esta empresa no ha tenido parte mi elección. Es puramente obra de mi pronta obediencia, debida á una persona, en quien respeto unidas las cualidades de tío, maestro y jefe.

En efecto, el director de la Real Sociedad Vascongada, mirando la educación como á basa en que estriba la felicidad pública, emplea la mayor parte de su celo patriótico en el cuidado de proporcionar á los jóvenes alumnos del Real Seminario Vascongado cuanto conduce á su instrucción; y siendo, por decirlo así, el primer pasto con que se debe nutrir el espíritu de los niños, las máximas morales, disfrazadas con el agradable artificio de la fábula, me destinó á poner una colección de ellas en verso castellano, con el

---

con los preceptos que deben servir de norma á los escritores.

La doctrina que sobre uno y otro punto encierran estos apólogos, va amenizada con la variedad de la versificación; y para llamar la atención de los jóvenes que los lean, y se inclinen al arte métrica castellana, se ha añadido al fin de la obra un breve índice de los cuarenta géneros de metro en que está compuesta, empezando por los de catorce sílabas y acabando por los de cuatro.

objeto de que recibiesen esta enseñanza, ya que no mamándola con la leche, según deseó Platón, á lo menos antes de llegar á estado de poder entender el latín.

Desde luego dí principio á mi obrilla. Apenas pillaban los jóvenes seminaristas alguno de mis primeros ensayos, cuando lo leían y estudiaban á porfía con indecible placer y facilidad, mostrando en esto el deleite que les causa un cuentecillo adornado con la dulzura y harmonía poética, y libre para ellos de las espinas de la traducción, que tan desagradablemente les punzan en los principios de su enseñanza.

Aunque esta primera prueba me asegura en parte, de la utilidad de mi empresa, que es la verdadera recomendación de un escrito, no se contenta con ella mi amor propio. Siguiendo éste su ambiciosa condición, desea que, respectivamente, logren mis fábulas igual acogida que en los niños, en los mayores, y aun si es posible, entre los doctos; pero á la verdad, esto no es tan fácil. Las espinas, que dejan de encontrar en ellas los niños, las hallarán los que no lo son, en los repetidos defectos de la obra. Quizá no parecerán éstos tan de marca, dando aquí una breve noticia del método que he observado en la ejecución de mi asunto, y de las razones que he tenido para seguirle.

Después de haber repasado los preceptos de las fábulas, formé mi pequeña librería de fabulista, examiné, comparé y elegí para mis modelos entre todos ellos, después de *Esopo,* á *Fedro* y *Lafontaine;* no tardé en hallar mi desengaño. El primero, más para admirado que para seguido, tuve que abandonarle á los primeros pasos. Si la unión de la elegancia y laconismo sólo está concedida á este poeta en este género, ¿cómo podrá aspirar á ella quien escribe en lengua castellana, y palpa los grados que á ésta le faltan para igualar á la latina en concisión y energía? Este conocimiento, en que me aseguró más y más la práctica, me obligó á separarme de *Fedro.*

Empecé á aprovecharme del segundo (como se deja ver en las fábulas de *La Cigarra y la Hormiga, El Cuervo y el Zorro,* y alguna otra); pero reconocí que no podía, sin ridiculizarme, trasladar á mis versos aquellas delicadas nuevas gracias y sales que tan fácil y naturalmente derrama este ingenioso fabulista en su narración.

No obstante, en el estudio que hice de este autor hallé, no solamente que la mayor parte de sus argumentos son tomados de Locmano, Esopo y otros de los antiguos, sino que no tuvo reparos en entregarse á seguir su propio carácter tan francamente, que me

atrevo á asegurar que apenas tuvo presente otro precepto en la narración, que la regla general que él mismo asienta en el prólogo de sus fábulas en boca de Quintiliano: *Por mucho gracejo que se dé á la narración, nunca será demasiado.*

Con las dificultades que toqué al seguir en la formación de mi obrita á estos dos fabulistas, y con el ejemplo que hallé en el último, me resolví á escribir, tomando en cerro los argumentos de Esopo, entresacando tal cual de algún moderno, y entregándome con libertad á mi genio, no sólo en el estilo y gusto de la narración, sino aun en el variar rara vez algún tanto, ya del argumento, ya de la aplicación de la moralidad; quitando, añadiendo ó mudando alguna cosa, que, sin tocar al cuerpo principal del apólogo, contribuya á darle cierto aire de novedad y gracia.

En verdad que, según mi conciencia, más de cuatro veces se peca en este método contra los preceptos de la fábula: pero esta práctica licenciosa es tan corriente entre los fabulistas, que cualquiera que se ponga á cotejar una misma fábula en diferentes versiones, la hallará tan trasformada en cada una de ellas respecto del original, que degenerando por grados de una en otra versión, vendrá á parecerle diferente en cada una de ellas. Pues si con todas estas licencias ó pecados contra

las leyes de la fábula ha habido fabulistas que han hecho su carrera hasta llegar al templo de la inmortalidad ¿á qué meterme yo en escrúpulos que ellos no tuvieron?

Si en algo he empleado casi nimiamente mi atención, ha sido en hacer versos fáciles hasta acomodarlos según mi entender, á la comprensión de los muchachos. Que alguna vez parezca mi estilo, no sólo humilde, sino aun bajo, malo es; más ¿no sería muchísimo peor que, haciéndole incomprensible á los niños, ocupasen estos su memoria con inútiles coplas?

A pesar de mi desvelo, en esta parte desconfío conseguir mi fin. Un autor moderno, en su *Tratado de educación,* dice que en toda la colección de *Lafontaine* no conoce sino cinco ó seis fábulas *en que brilla con eminencia la sencillez pueril,* y aun haciendo análisis de algunas de ellas, encuentra pasajes desproporcionados á la inteligencia de los niños.

Esta crítica ha sido para mí una lección. Confesaré sinceramente que no he acertado á aprovecharme de ella, si en mi colección no se halla más de la mitad de fábulas que en la claridad y sencillez del estilo no pueda apostárselas á la prosa más trivial. Este me ha parecido el sólo medio de acercarme al lenguaje en que debemos enseñar á los muchachos; pero ¿quién tendrá bastante filoso-

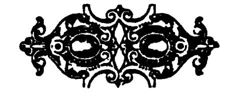
fia para acertar á ponerse en el lugar de éstos, y medir así los grados á que llega la comprensión de un niño?

En cuanto al metro, no guardo uniformidad; no es esencial á la fábula, como no lo es al epigrama y á la lira, que admiten infinita variedad de metros. En los apólogos hay tanta inconexión de uno á otro como en las liras y epigramas. Con la variedad de metros he procurado huir de aquel monotonismo que adormece los sentidos y se opone á la varia harmonía, que tanto deleita el ánimo y aviva la atención. Los jóvenes que tomen de memoria estos versos, adquirirán, con la repetición de ellos, alguna facilidad en hacerlos arreglados á las diversas medidas á que por este medio acostumbren su oído.

Verdad es quese hallará en mis versos gran copia de endecasílabos pareados con la alternativa de pies quebrados ó de siete sílabas; pero me he acomodado á preferir su frecuente uso al de otros metros, por la ventaja que no tienen los de estancias más largas, en las cuales, por acomodar una sóla voz que falte para la clara explicación de la sentencia, ó queda confuso y como estrujado el pensamiento ó demasiadamente holgado y lleno de ripio.

En conclusión, puede perdonárseme bastante por haber sido el primero en la nación

que ha abierto el paso á esta carrera, en que he caminado sin guía, por no haber tenido á bien entrar en ella nuestros célebres poetas castellanos. Dichoso yo si logro que, con la ocasión de corregir mis defectos, dediquen ciertos genios poéticos sus tareas á cultivar este y otros importantes ramos de instrucción y provecho. Mientras así no lo hagan, habremos de contentarnos con leer sus excelentes églogas, y sacar de sus dulcísimos versos casi tanta melodía como de la mejor música del *divino Haydn*, aunque tal vez no mayor enseñanza ni utilidad.



OBSERVACIONES

SOBRE

LAS FABULAS LITERARIAS

ORIGINALES

DE D. TOMÁS DE IRIARTE

Cobardes son y traidores
Ciertos críticos que esperan
Para impugnar, á que mueran
Los infelices autores,
Porque vivos respondieran.

IRIARTE, FAB. XXII Y XXIII, P. 48.

Es muy antigua la queja contra la charlatanería de los títulos de libros, y no poco risible la afectación del mayor números de los autores, que casi siempre nos prometen grandes cosas, para dejarnos burlados; bien sea que sus obras puedan decirse buenas, ó deban calificarse de pésimas, á lo menos no suelen ignorar el arte mecánico de iluminarlas con un nombre significativo, sobre el cual

dice desde luego el lector de buen olfato y gusto: *ya te entiendo.* No sucede así con las fábulas del *señor Iriarte.* Sin más que ver su frontispicio queda uno suspenso, y como fuera de sí se pregunta á sí mismo: ¿Qué cosa vendrá á ser esto de *Fábulas literarias?* Si quiso decir el autor que las que ha publicado deben llamarse por antonomasia la *obra máxima de la literatura,* todo se aclara; pero ¿quién será el que tenga valor para detenerse ni un sólo momento en esta idea? Todo el mundo conoce la modestia del *señor Don Tomas,* y quizá se ofendería. Por fortuna se encuentra un *Aviso al lector,* y en esta especie de prefacio, en el que ni aun siquiera se deja de prevenir el juicio que debe formarse de la obra, y aun el grado de consideración y reconocimiento que se debe al autor, era preciso que se hallase una palabrita para aclarar y justificar el título. El editor ha cuidado de hacernos saber que estas fábulas se denominan *Literarias,* porque todas ellas se refieren á materias de literatura. Nosotros habíamos pensado buenamente hasta ahora que el único objeto del apólogo se reducía á formar las costumbres. A este fin dedicaron sus tareas Esopo, Locmano, Fedro y otros muchos; pero todo un *Iriarte* (¡que es buen decir!) ha juzgado de otro modo, y cree que el ponernos por profesores de las bellas letras á aquellos

mismos animales que hasta aquí han sido maestros nuestros de moral, es una novedad, una dificultad, por la cual las sabias naciones deben diputarle un personaje que sepa darle las más rendidas gracias. Por lo que toca á la novedad, es ciertamente muy grande; pero por lo que mira á la dificultad, apenas atino en qué la supone. Los animales ni hablan ni escriben; pues si se les ha supuesto el arte de la habla, ¿por qué no se les ha de suponer el de fijarla por escrito? Y si á pesar de todas las ventajas que tenemos sobre ellos, y de lo perfecto y sublime de nuestra razón, han podido hacernos sobrellevar que aquellos irracionales, guiados por sólo el instinto y sojuzgados por la costumbre nos enseñasen á moderar nuestras pasiones y á arreglar nuestra conducta, ¿qué mayor talento ni sagacidad se requiere para hacernos dóciles á sus lecciones en las materias literarias?

A más de que ¿cómo el señor D. Tomás y su editor pueden ignorar que todos los fabulistas, contando desde Esopo acá, han pulsado la misma tecla que se figura nuestro autor ser el primero que la maneja? La única diferencia que hay entre ellos es la de que este se anuncia gratuitamente acreedor á la palma de la invención, y aquellos sin vanas pretensiones con sola la natural aplicación de la moralidad de sus fábulas, nos han dado todos

los grandes preceptos, los preceptos más positivos del arte de escribir. La montaña que pare un ratoncillo ¿qué otra cosa es sino la crítica de aquellos escritores que se nos presentan con un género de énfasis, que hace mucho más ridículo lo huero de sus obras? En la rana que revienta por igualarse al buey ¿no estamos viendo la imagen de aquellos que, emprendiendo obras superiores á sus fuerzas, no consiguen en premio de sus imprudentes tareas otra recompensa que un eterno olvido? ¿Dónde pueden verse pintados con más claridad los plagiarios que en la fábula del grajo, que se viste con las plumas del pavón? Cuando remanece algún mal escritor, que reviste su libro de todo aquel fasto tipográfico, y de aquella especie de lujo, que sólo corresponde á las obras inmortales, ¿no se nos recuerda inmediatamnnte el burro vestido con la piel del león? Pero, á pesar de la brillantez de su traje. asómase la puntita de la oreja, y cate Vmd. á nuestro asno descubierto. No quiera Dios que yo me tome la licencia de hacer aplicaciones; pero aunque puedo responder por mí, no puedo responder igualmente por todos los malsines que lean las fábulas del *señor don Tomás*. Cuando vean en su primera que se dirige no sólo á la española, sino á otras *mil naciones:* cuando vean que se anuncia (esto es, sin detenerse en

chilindrinas) como juez y árbitro supremo de la literatura universal, ¿faltará algún maligno que le compare á la mosca de Fedro, que porque se puso ya sobre la lanza del coche, ya sobre los caballos, y tal vez susurrando á las orejas del cochero, se jactaba de ser la conductora de toda aquella máquina? Por lo que á mi corresponde, sin faltar al profundo respeto que le debo, y con toda la desconfianza que es inevitable cuando uno combate con un atleta de sus fuerzas, me contentaré con insinuar algunas reflexiones, que someto á su propio juicio.

No me detendré en examinar si (como se supone en el aviso del editor) todas estas fábulas son originales, ó dejan de serlo: lo cierto es, que sin tener que recorrer muchas hojas del librito; esto es, en la segunda y tercera se nos presentan dos, que evidentemente vemos ser copiadas de dos epigramas antiguos, repetidas veces imitados por los modernos. Se reconoce que este título pudiera no cuadrarle perfectamente, y que sin duda alguna se ha tomado esta licencia el señor editor sin participárselo al autor. Convendrá mucho más, si no me engaño, ver cómo el susodicho don Tomás desempeña el objeto y el título de su obra. Empiezo preguntándole desde luego, ¿en qué la fábula séptima *La campana y el esquilón* se refiere á la literatura?

Es cierto que muchas veces se adquiere la reputación de hombre prudente, y de pensador profundo, hablando poco, en tono grave y aire de respeto; pero jamás se consigue por este término la de literato. Los que pasan por tales sin merecerlo, son precisamente unas gentes que á un incesante charlar, y sobre todo á su muchísima osadía, unen la ciencia de los nombres, las anécdotas del día, algunas particularidades biográficas y, en fin, todos aquellos conocimientos de que se llena la memoria, sin que tenga la más pequeña parte el entendimiento ni el juicio.

La fábula XI no tiene más de literaria que la precedente: pruébase en ella con el ejemplo de los dos conejos el peligro á que se expone el que emplea lo preciso del tiempo en inútiles tareas; pero esto habla tanto con los literatos como con todos los hombres en general; y, sobre todo, esta es una de aquellas verdades tan conocidas y trilladas, que ciertamente no merecía el trabajo de que por ella se nos espetase un pobre cuento. Estre las otras piezas de esta colección, bien que todas tengan los mismos defectos, no citaré sino una, que es *La discordia de los relojes*. Se prueba en ella, que sin embargo de la diversidad de opiniones y preocupaciones, la verdad es una entre los hombres. Esto es innegable; pero para que esta fábula encerrase una lec-

ción útil á los literatos, era preciso decir que, no obstante sus juicios tan distintos, y mucha veces tan opuestos, *el gusto no es más que uno:* lo que, aunque muy cierto, no deja de ser muy difícil de probar. El gusto está sujeto á mil particularidades de tiempo y lugar, las cuales, sin que precisamente muden su naturaleza, alteran y modifican sus formas con tal extremo, que algunas veces lo desfiguran hasta hacer que sea desconocido. Así, pues, aunque se admira siempre á Homero y á Virgilio, estoy bien asegurado de que nuestra admiración hacia estos dos poetas es muy distinta de la que causaron á los antiguos, y no por razón de la diferencia de principios, que nunca han variado, sino es por la de los tiempos y costumbres, que están bien lejos de ser los mismos. ¿Cuántas cosas emboban en Londres que se desprecian en París? Lo que es excelente en el Norte de la Europa se considera medianía á la parte del Sur, ¿y quién sabe si en este instante mismo en que me atrevo á criticar estas fábulas desde un rincón del mundo, están colocándolas sobre las de Fedro y La Fontoine en alguna de las extremidades de nuestra España, y quizá en su centro?

Ya que el *señor Iriarte* ha querido darnos una especie de Poética en apólogo, y consagrar la colección de sus fábulas al único fin

de descubrir y emplear útilmente los talentos, debía, á lo menos, haber cuidado muchísimo de que no se hallasen en ella aquellos principios que, ó por falsos ó por ambiguos, pueden descaminar ó acobardar á los jóvenes que se proponen seguir la carrera de las letras. Sin embargo, de esta clase son los que se deducen de las fábulas XIV, XIX, XX, etc., etc. En la primera, intitulada *El manguito, el abanico y el quita-sol,* decide el autor á favor de éste último, sin detenerse en concederle la preferencia sobre los otros dos, por la razón de que sirve para dos usos; y de esto concluye, que el adquirir dos ciencias vale más que poseer una sola. Precisamente se debe decir todo lo contrario cuando se habla con gentes de letras. Ateniéndose á una sola materia, y profundizándola debidamente, se sirve al público y aún á sí mismo; pero si se abrazan diferentes, será muy raro el que salga del término de la medianía. ¿Y en qué término pondremos á un autor, que en su fábula antecedente, que es la XIII, contradice el pensamiento que desaprobamos en ésta?

En la fabula XIX, *La cabra y el caballo,* se intenta probar, que los malos autores son siempre los que apelan á la posteridad del juicio de sus contemporáneos. ¿Cómo es posible que haya quien suponga en los *Zoilos* y los *Mevios* los mismos motivos que tuvieron

Homero y Virgilio para consolarse de la injusticia de su siglo? Para la turba de los escritores no hay más tiempo que el presente; pero el hombre de ingenio extiende sus miras á los más remotos tiempos, y transfiere á ellos la época de su gloria.

¿Cómo ha de librarse del concepto de herejía literaria la suposición del autor, que en la fábula XX nos dice que hay obras destinadas solamente á la diversión y al gusto; esto es, sin el más mínimo objeto de utilidad, y escritas únicamente para entretener el ocio? El *utile dulci* de Horacio comprende á todos los escritores sin excepción alguna. No debiera yo recordárselo á un autor, que supongo ha meditado profundamente el *Arte Poético,* si no me pareciese que ha dejado olvidar más de uno de los preceptos de esta inmortal obra, y desfigurado otros muchos; por ejemplo, el poeta filósofo dijo:

Sumite materiam vestris, qui scribitis, æquam viribus....

Nuestro fabulador se ha persuadido (yo no sé por qué), que era preciso hacer una fábula para reforzar este precepto, que, á la verdad, podía muy bien hacer su papel sin el peso de la autoridad de *don Tomás.* Sobre esto supone un perro (fábula XXIX) que, cansado de dar vueltas á un asador huye de la casa de su

amo, y se va resuelto á encargarse de dárselas á una noria hasta que se lo disuade un mulo, encargado de esta comisión. ¿Si pensará el *señor Iriarte* que con semejantes inven ciones podía esperar verse colocado en igual trono que Horacio? En vez de desfigurar de esta suerte á los grandes maestros por la ansia de codearse con ellos, le permitiría yo que echase el resto de su raciocinio para probarnos que los libros más abultados, ni los que más prometen son los mejores (fábulas L y XL), antes se le pudiera perdonar el que hiciese una copla de este proverbio trivial, de este dicharacho popular: *¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio* (fáb. XXXV; ó bien de estotro: *Cobra buena fama y échate á dormir,* de que trata en su fábula XXXII, cuyo asunto (dígolo de paso) es el más flojo, y uno de los más miserables que pueda hallarse en fábula alguna. Es un mozo galán, un joven conocido por sus profusiones, por la multiplicidad de sus alhajas y la riqueza de su vestuario, que celebra los días de su dama, presentándose á ella con hebillas de estaño, que pasan por de plata. De este cuento trillado y pueril se saca una conclusión que comprende mucho menos á los autores que al público, sobre el cual recae un error, que á más de esto no es tan general. Es cierto, que engañado éste por cierta reputación ó fama, se ha obstinado algunas veces

en apreciar como buenas unas obras muy malas; pero es una ceguera pasajera. La razón y la justa crítica acuden á descubrir la verdad, y poner en claro el mérito real de cada cosa. No se engañe el *señor don Tomás:* aún hay entre nosotros bastante número de personas, entre las cuales el buen gusto es la única regla de sus decisiones. La reputación de *Iriarte* no los deslumbra: han juzgado de sus fábulas según su mérito, y sin consideración á ella, ni á las pasmarotadas de ciertas gentes, que todo lo admiran, porque esto es más fácil que el atarearse á un examen. De este mismo modo han pensado de sus otras obras anteriormente publicadas: han visto, y lo probarán en caso necesario, que su *Arte Poético,* anunciado con tanto énfasis, tanto tiempo, y tan altamente ensalzado, es una de las copias más débiles de uno de los más bellos originales que nos ha dejado la antigüedad. Las notas que acompañan á esta traducción les han parecido ridículas por sus muchas menudencias, y las respuestas críticas que ha dado *(Donde las dan las toman)* son en su concepto, tanto en la forma como en el fondo, un malísimo modelo en el género polémico. Finalmente, saben (y también lo probarán) que á excepción de las particularidades técnicas, á las cuales no se las puede negar el mérito de la dificultad vencida, no hay en el *Poema de*

la música ni plan, ni invención, ni interés. En vano se buscarían en él aquellos episodios agradables é interesantes, tan ajustados á un asunto cuya belleza y amenidad parece que debieran proponérselos á la más tibia y menos ejercitada imaginación.

Pero me desmando del principal asunto. Vuelvo, pues, á las fábulas. Permítaseme que examine aún una, que es la XXI: elíjola precisamente porque su autor la juzga bastantemente buena; pues se persuade que pudiera pasar por de Esopo: ¿pero qué lector perspicaz podrá padecer este engaño, ni siquiera un momento? ¿Qué hombre de buen gusto ha de ir á suponer, que Esopo, sin ton ni son, pondría el elogio de la fidelidad en boca de un ratón, de un animal glotón y perturbador, que á cada paso quebranta esta virtud, y á cada instante olvida las leyes de la hospitalidad? Este es un disparate, que ofende, y en que seguramente era incapaz de incurrir el padre de la fábula. Si éste hubiera querido tratar el mismo asunto, no hubiera elegido por sus personajes á dos animales poco más ó menos igualmente malignos: hubiera opuesto á un injusto y malhechor otro apacible y tranquilo, y el primero de éstos hubiera aborrecido las amables virtudes del segundo. Por este medio la injusticia y los efectos del odio harían más impresión, y serían más chocan-

tes; pero en el cuento del señor Don Tomás, en vez de hacer este efecto, está uno tentado de perdonar al ratón el que abomine de las buenas calidades de su eterno enemigo, si es que se le puede suponer alguna. Haré también otra observación sobre esta fabulita. Es falso el que se pueda aborrecer la virtud, sólo porque alguno de nuestros enemigos esté dotado de ella. Es verdad que cuanto más virtuosos sean, tanto más los odiamos; pero en este mismo hecho rendimos un homenaje secreto á la virtud, precisándonos á estimar interiormente á los que sólo quisiéramos aborrecer, y esto es lo que nos hace implacables para con ellos. Lo mismo, ni más ni menos, sucede con los literatos: nadie aborrece su ciencia, pero se les mira con envidia; y al que más sobresale entre ellos, se le considera como á un rival, á quien es lícito perseguir sin más razón que la de no poder sufrir su superioridad.

Desde que el gran número de obras buenas, y la declinación del mal gusto en algunas partes de la Europa han inspirado á tantos escritores el proyecto de ser leídos á fuerza de extravagancias, es preciso confesar que nada se ha imaginado tan raro como el poner en fábulas el *Arte Poético* de Horacio, la *Oratoria* de Cicerón, y á Quintiliano. Esta idea es, sobre poco más ó menos, la misma que tuvo aquel buen hombre, que quiso poner en

madrigales la *Historia Romana.* ¿Cómo no ha percibido el *señor don Tomás* que las lecciones de literatura, que deben unir la claridad á una cierta extensión, y siempre el precepto al ejemplo, no podían escribirse en el estilo sencillo y conciso del apólogo, que por su naturaleza excluye la forma didáctica, y todo lo que tenga visos de una instrucción meditada? A más de esto, hay reglas de convención para toda clase de composiciones: hay cierto tono proporcionado, así á las cosas de que se trata, como á los hombres á quienes se habla. Permítese que la serpiente dé al hombre lecciones de prudencia, la abeja y el castor de industria, y la hormiga de previsión. Se supone por las ideas generalmente adoptadas, que estos animales poseen estas calidades en grado superior á aquel en que nosotros mismos las poseemos; ¿pero á qué título han de venir los osos, los monos y los marranos á enseñarnos á hacer un poema épico, una oda ó un discurso oratorio? ¿Qué conexión tiene la literatura con una criada y su escoba (fáb. LVI), el volatín y su maestro (fáb. LX), los perros y el trapero? (fáb. XXIII etc. etc.) Estos son, no obstante, los nobles órganos de que se sirve el *señor Iriarte* para hablar á las personas dedicadas á las letras: estos son los distinguidos maestros á quienes coloca por regentes del Parnaso.

Por lo que toca al estilo, es sobradamente proporcionado á la dignidad de los personajes: ya parece una jácara de ciego, ya una relación de cómico de la legua, y casi siempre arrastrado, pesado y flojo.

Un oso con que la vida
Ganaba un piamontés,
La no muy bien aprendida
Danza ensayaba en dos pies.

Fábula III. Y en la IV:

El fidedigno padre Valdecebro,
Que en discurrir historias de animales
Se calentó el cerebro
Pintándolos con pelos y señales, etc.

Pregunto al *señor Iriarte:* no quiero tener más juez que él mismo: ¿es esta poesía? ¿y de qué otro modo se hacen los versos cuando todos se tienen por buenos, con tal que se halle en ellos el metro?

Si se lee la fábula XXII se verá que

....Un día en un convento
Entro una lechuza.... miento;
Que no debió ser un día.
Fué, sin duda, estando el sol
Ya muy lejos del ocaso....
. . . .
Una lámpara ó farol,

(Que es lo mismo para el caso):
Y volviendo la trasera,
Exclamó de esta manera:
Lámpara.......

¡Qué idea! ¡Qué dicción! ¿Es esto lo que algunos llaman talento y finura? Si puede escribirse cosa más ridícula es la descripción del asador (fáb. XXIX), ó bien el principio á la fábula LIX, que propondré gustoso por modelo del estilo insípido:

Ciertos animalitos
Todos de cuatro pies, etc.

Para hacerse cargo de la belleza con que describe hasta las menudencias, léanse las fábulas XLII y XLVII. Esta última, sobre todo, nos ofrece la más curiosa descripción, como, por ejemplo, la lista de los efectos que componen el arreo de doña Urraca.

Una liga
Colorada,
Un tontillo
De casaca,
Una hebilla,
Dos medallas,
La contera
De una espada,
Medio peine,
Y una vaina
de tijeras, etc., etc., etc.

Cuando en la fábula XVIII se lee:

> Ni por esas...... voto á quien!
> Barrabás que la sujete......,

¿no dirá uno que está oyendo hablar á un mozo de mulas? ¡Hola! ¿Con que porque se trata de un mulo, se ha de usar del lenguaje de su arriero? Al pintor le es permitido copiar los objetos más viles y displicentes con toda la fealdad que en sí mismos manifiestan: á trueque de la perfecta imitación, todo gusta en una pintura. Quizá nuestro Murillo nunca fué tan digno de admiración como cuando pintó figuras andrajosas; bien sean los *Pillos de Sevilla,* ó bien ciertos pasajes de taberna. No sucede así en la poesía, y cualquiera que citase contra mí el *ut pictura poesis* de Horacio, lo entendería de manera demasiadamente vaga, ó, por mejor decir, muy distintamente que Horacio mismo. El poeta debe ennoblecerlo todo: sea el que fuere el asunto que trate, su expresión debe ser pura: ella es, digámoslo así, el velo del gusto; porque también el gusto tiene su velo así como el pudor. Si hubiese seguido este principio el *señor don Tomás* no hubiera puesto en boca del pavo, que habla al cuervo:

> Quita allá que me das asco
> Grandísimo puerco,

Sí, que tienes por regalo
Comer cuerpos muertos.

Quítese el metro, y nos queda la jerigonza de las majas de Lavapies.

Al que escribe en este estilo, ¿de qué le sirve el aparato de la versificación, aquella variedad de metros de que quiere el autor que se haga tan grande aprecio? No es lo arduo hacer cuarenta géneros de versos, sino hacer buenos versos. A más de que en la poesía hay una cierta correspondencia entre el pensamiento, y (por explicarme así) el movimiento del metro, como la hay en la música entre el afecto y el sonido. Si la variedad de la medida es independiente de las ideas, y no señala aquella correspondencia, sólo logra demostrar el versificante sus esfuerzos, y hacer una ostentación fútil de la ciencia de las reglas, y del mecanismo de la versificación, que no suponen ningún talento, y sólo puede embaucar á los tontos.

Pudiera extenderme mucho más en el examen de estas fábulas, y multiplicar infinitamente las observaciones; de las cuales confieso que muy pocas serían en elogio del autor. Como se ha dicho que no hay obra que sea absolutamente mala, quiero, por complacer á los que son tan buenos que lo creen, citar *El eslabón y el pedernal* (fáb. LIV), *El naturalista*

y las lagartijas (fáb. LVII), *El burro del aceitero* (fáb. LXII), *El tordo y la marica* (fáb. XXIV). El estilo de estas fábulas es sobre poco más ó menos como el de las otras; pero, á lo menos, hay algún género de invención en ellas, y contienen alguna leccioncilla.

Pero acabo ya; pues no quiero que se juzgue que afecto la severidad; y si ha parecido que exijo demasiado del *señor D. Tomás,* es únicamente porque me prometía mucho dė él. Mas, por fin y postre, ¿qué es lo que yo he probado? Nada, sino que el talento de hacer fábulas no es el de este caballero. Este género de composición requiere no tanto un gran talento cuanto un genio adaptado á ella. Si del poeta se dice que nace, con mucha más razón debe decirse del poeta fabulador; pues éste nace tal y casi nada tiene qùe aprender. Aunque el Sr. D. Pablo Segarra *en su luenga prefación al sendo poema del Asno Erudito* afirma, pág. 13, *que el que forme buenas letrillas, etc., formará, si quiere, apólogos igualmente buenos,* se debe suponer que este buen señor habla de los apólogos, que sobre poco más ó menos sean como el que publica, y nos presenta como modelo de perfección y buen gusto, según se explica en la pág. 15 de la susodicha prefación; pues no debe ignorar que entre tantos poetas modernos como se han dedicado á fabulistas, sólo ha merecido el

renombre de tal el inimitable La Fontaine. ¡Ojalá que así como nos lisonjeamos de haber desentrañado el sentido de esta proposición, supiésemos comprender el verdadero sentido de otra que sienta en la página 6, donde nos asegura *que para desterrar de España el genio poético de su idioma, no hay que hacer más que dedicarse á imitar la poesía francesa; poesía que no se distingue de la prosa más que en la rima y en las imágenes!* Si D. Pablo quiere que se lo entendamos como suena, tenemos el honor de protestarle que nos parece ésta una sentencia propia del héroe de su fábula. ¡Pobres Corneille, Racine, Boileau, Juan Bautista Rousseau, Molière, La Fontaine, etc., etc! Y aún mil veces más pobrecitos los innumerables finos críticos de las sabias naciones, que los han considerado y consideran como á ingenios de primer orden y restauradores del buen gusto, y los cuentan en la diminuta clase de los inmortales. La Mothe Houdard era hombre de vastos conocimientos literarios; el ingenio más brillante de su nación; y el ídolo de las concurrencias: quiso seguir las pisadas de su compatriota La Fontaine, ¿y qué sucedió? que se burlaron de su obra. No obstante, sus fábulas son infinitamente superiores á las del señor Iriarte, y muchas de ellas se vuelven á leer; pero no dejan de ser un monumento, que aún existe, de la dificultad de esta

clase de composiciones, y del éxito de aquellos autores que, sin consultar ni sus ſuerzas ni la especie de su talento, tengan la imprudencia de dedicarse á ella.



NÚMERO 402

CONTINUACIÓN DE LAS MEMORIAS CRÍTICAS

POR

COSME DAMIÁN

> ....porque los extranjeros que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros é ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos.—*Quix.* parte I. c. XLVII. (1)

Hacia los fines del siglo XVIII, esto es, por los años de 1785 publicó en Madrid el señor don Vicente García de la Huerta el *Teatro Español,* obra proyectada y aún comenzada por varios sabios de la nación: ninguno llegó á superar las dificultades que se ofrecieron

(1) Ya hemos dicho que debe ser capítulo 48 (J. A.)

en el progreso de esta obra: el desempeño estaba reservado al talento de Huerta. Un ingenio fogoso y sublime, una erudición vasta y exquisita, un juicio recto y *despreocupado,* juntos á un atrevimiento el más feliz del mundo, le hicieron abrazar tan agigantada empresa, y hallarla muy inferior á sus fuerzas.

Los ingenios frívolos y *transpirenáicos* se persuadirán, que cuando uno de los primeros luminares de una nación culta publica al fin de un siglo, como el décimo octavo, lo que llaman teatro de ella, *para vindicarle de las invectivas y calumnias de los que han tenido la desgracia de no conocerle,* no insertará en él sino aquellos dramas, que encuentre conformes á las reglas: si no los halla, corregirá los que tuviesen menos que reformar; y si el señor colector no hiciese lo uno, ni lo otro, procurará persuadir que las tales reglas no son más que una mera convención de capricho, á que no deben de manera alguna sujetarse los sublimes centellantes genios de la *feraz* España. Esto es ni más, ni menos, lo que promete un teatro, que se anuncia vindicado por el señor don Vicente; pero ¿es esto lo que ha hecho el susodicho señor? Ni esto, ni aquello, ni lo otro.

Lo primero, esto es, *insertar dramas conformes á las reglas,* no pudo hacerlo: no hay que echarle la culpa. Tenemos la dicha de vivir

en unos tiempos, en que los simples nombres han perdido su autoridad: por más que respetemos los de los Nasarres, Lampillas y otros, que han querido hacernos creer, que se encontrarían entre nosotros comedias regulares, nos tomamos la licencia de suspender el juicio hasta que algún zahorí literario llegue, por dicha nuestra, á desenterrarlas del profundo olvido en que yacen: entre tanto el señor colector no debe ser responsable: bástale desear de todo su corazón que sea cierto, como hacemos cuantos las buscamos en vano.

Lo segundo, esto es, *corregir los más fáciles de reformar,* no quiso hacerlo el señor colector porque..... no quiso hacerlo; pues que *siendo tan fáciles de corregir los defectos con las reglas del arte, sabidas por cualquiera que las estudia,* dejó esta bagatela de encargo al cuidado del señor catedrático Ayala.

Sábese por noticias últimamente recibidas de los Campos Elíseos, que al esparcirse en ellos el rumor de que iba á publicarse en España un teatro vindicado, los Lopes, Calderones, Moretos, Solises, Cañizares, etc., más celosos de su propia gloria, que del honor de la nación, se asustaron y acongojaron con mortales ansias, temiendo era ya llegado el terrible día, en que el clamor de sus rivales, y la justicia de la patria iban á llamarlos á

que compareciesen ante el tribunal de la razón, para responder del cargo de haber adoptado, promovido, acreditado, y hecho casi invencible la forma viciosa de nuestro teatro; y sobre todo, de haber burlado las intenciones de la naturaleza, que concediéndoles tan generosamente los primeros de sus dones, como quien se los derrama con el cuerno de la abundancia, no quiso con todo ello eximirles de consultar las sabias reglas del arte, para que jamás se dejasen arrebatar de ningún extravagante delirio; pero, gracias al señor don Vicente, la temida borrasca se disipó en breve; restituyóse la dulce paz á aquella mansión tranquila, y vieron con admiración los venerables patriarcas de nuestro teatro, que aún conservan entre los sabios (digo) entre los hombrones de su patria, un fiel sectario de sus máximas, que, lejos de doblar la rodilla delante de la flaca y miserable deidad, que llaman *orden*, levanta la cerviz, enarbola el garrote, y apalea á cuantos jamás se apartan de tributarla los cultos que la son debidos.

Sólo quedaba, pues, al señor don Vicente el medio de recusar la autoridad de las reglas, y probar, que las producciones del ingenio no deben estar sujetas á los principios del arte; que es propio de niños esto de dejarse llevar por la mano, y de esclavos el ver-

se cautivados en los estrechos límites de la exactitud; que el genio es superior á las reglas; que éstas son obra de los hombres; que los pretendidos legis'adores del teatro no tuvieron privilegio alguno sobre el resto de los humanos para imponerles un yugo contrario á la natural libertad, y que, en fin, los poetas no son unos miserables vasallos de la triste y severa *razón,* sino los más brillantes cortesanos de la noble y generosa imaginación, su reina y señora natural.

Unida entonces esta opinión del Sr. Huerta á la de los Shakespeares, La Mottes, Youngs, etc. etc., la habría dado tanto peso, que desde aquel momento el mismísimo Apolo la hubiera publicado con trompeta, cabalgando en el Pegaso.

Porque á la verdad ¿qué pudieran oponerla ni los maestrazos griegos, ni los frívolos *transpirenáicos,* ni sus serviles imitadores? Dirían solamente, que debe el hombre dejarse guíar antes que precipitarse; que el *orden* es la ley primera, primer principio de todas las cosas; que sin él no puede haber belleza, ni perfección; que el que se ha querido dar á cada clase de composición dramática está fundado en la continuada y profunda observación de la naturaleza, y del verdadero origen de los sentimientos, ó afectos humanos, considerados con respecto á la situación en

que se intenta colocar al hombre; que estas leyes son eternas, universales, propias de todos los tiempos y paises, de que ninguno tiene, á lo menos hasta ahora, privilegio de dispensarse; y que, finalmente, el plan, el interés y la invención de cualquiera de estas composiciones deben sujetarse á los principios invariables ya señalados, quedando sólo al autor la libertad en la distribución de los adornos de cada parte, según las circustancias particulares del objeto que se propone, y del carácter de aquellos á quienes se dirige.

Pero ¡oh, qué pobres y mezquinos discursos parecerían estos al señor Huerta! ¡Qué poco dejaría de reconocer en ellos aquella *insulsez, aquella frivolidad transpirenaica*, propia de *gentes criadas en tierras pantanosas, faltas de azufres, sales y sustancias, y poco favorecidas del calor de Phebo!* (1)

(1) Alude Samaniego á un extravagante párrafo del prólogo, en que, asentando que la regularidad francesa es hija de la mediocridad de sus ingenios, dice: «¿y cómo es fácil que este divino fuego acompañe los espíritus de unas gentes criadas en tierras flojas, pantanosas, faltas de azufres, sales y sustancia, y tan poco favorecidas del calor de Phebo, que apenas madurarían en muchas de ellas sus frutos, sí la industria no los levantase del suelo disponiéndolos de modo que puedan recibir más de lleno los rayos y calor del sol, que en no pocas de las provincias de la Francia, si acaso se descubren tal cual vez, no tienen bastante fuerza para fomentar ni dar sazón á la mayor parte de las plantas? De este principio y causa natural procede aquella mediocridad que se observa en las más

Tenemos, pues, aquí, lo que el señor colector no hizo, porque no pudo, porque no quiso ó porque no supo. Examinemos, pues, lo que hizo el buen don Vicente García.

Dividió su gran colección en tres partes: primera, *de figurón:* segunda, *de capa y espada:* tercera, *heróicas:* dió una ligera noticia relativa á las circunstancias de cada autor: puso su respectivo argumento á cada una de ellas; y hételo el THEATRO HESPAÑOL POR D. VICENTE GARCIA DE LA HUERTA.

No obstante se debe confesar que aunque el señor Huerta (por explicarme así) no hizo maldita la cosa de lo que debió hacer, no por eso dejó de mostrarse bastantemente inclinado á abrazar el partido de desembarazarse de cuando en cuando de las reglas: conoce muy bien que es una ganga esto de seguir en todo el sistema de la libertad; y que, de más á más, si en asuntos literarios se dejase todo el mun-

---

obras de ingenio de los franceses, quienes seguramente jamás alcanzarán en la poesía y elocuencia más que aquella medianía correcta, propia de ingenios débiles y poco vigorosos; y de aquí nace igualmente el asombro que causa á éstos la generosa sublimidad de las composiciones españolas, en las cuales, si hay defectos, son ciertamente muy fáciles de corregir con las reglas del arte, sabidas por cualquiera que quisiere dar algunos breves momentos á su estudio. ¡Tan arduas, tan abstrusas son las arcanidades de la Poética!» Empréndela enseguida con Racine y dice, que la *Athalia*, que pasa por la principal de sus composiciones, es ella misma el mejor testimonio de la *imbecilidad* del ingenio de su autor. (Navarrete).

do conducir por su instinto y por la influencia del clima, nosotros, que vivimos en uno tan parecido y aún ventajoso al de la Grecia, ¿qué partido sacaríamos de esta dichosa novedad? ¡Feliz España entonces, que, sin más trabajo que abrir la boca tus ingeniosos hijos para recibir el ambiente puro, templado, impregnado de sales y aromas exhalados de las odoríferas plantas de tu sustancioso suelo; que sin más trabajo, digo, que ofrecer cada uno su mollera á los ardientes rayos de Phebo, darías nuevo pábulo á aquel divino fuego con que nacen, y abrasarían hasta reducir á cenizas con sus centellantes producciones tanto volumen de insipidez y frivolidad *transpirenaica,* como hoy corre entre nosotros por los ignorantes *Voltaires, Corneilles, Racines, Molières, etc., etc!*

¡Entonces, entonces sí que los frutos del ingenio, considerados (por decirlo así) físicamente, pues que en ellos sólo contaríamos con la influencia del clima; entonces, vuelvo á decir una y mil veces, entonces sí que las producciones de nuestra imaginación serían garrafales! La misma diferencia habría de una comedia francesa á otra española que la que va de un melón de Valencia á otro melón de Burdeos, ó de un cuerno de Medellín á otro cuerno de Olorón.

Establecido este principio, hubiera queda-

do airoso nuestro teatro, y podría considerársele como vindicado de la justa acusación y defecto capital que se le censura, no sólo por los extranjeros, sino por los juiciosos y *despreocupados* españoles, sin excluir de esta clase á muchos de nuestros mismos poetas dramáticos. Lo demás es inútil, es supérfluo: en una palabra, es predicar á convertidos. Los sabios extranjeros están bien persuadidos de que nuestro teatro contiene bellezas y sublimidades. Los príncipes de su Cómica han procurado aprovecharse de la prodigiosa invención de los nuestros, y se han inmortalizado, sin más que reducirla á las reglas del arte. ¿Quién hay entre ellos que lea á Calderón, y no se vea como forzado á confesarle aquella sublimidad, que caracteriza de superior al de todos los demás cómicos el ingenio del dramático español?

¿A quién que posea nuestra habla se le ocultarán las gracias y sales, y aún el felicísimo é inimitable diálogo de cualquiera de las comedias de nuestros primeros autores? ¿Qué literato no conocerá que nada hay comparable en el teatro francés, ni aun el griego, á la viveza del colorido y la expresión de la verdad con que se hallan retratados en nuestras comedias de *figurón* algunos de los diferentes caracteres ridículos y extravagantes de los hombres?

Seamos, pues, sinceros: confesemos las ventajas y desventajas de nuestro teatro: hagamos saber al mundo ilustrado, que en España no todos hacemos apologías del error y del disparate; y si el señor colector, después de lo dicho, aún insiste en amontonar comedia sobre comedia, y volumen sobre volumen, el autor de estas *Memorias* tendrá el honor de presentarle aquí un modelo, por el cual sin tomarse el trabajo (como no debe) de leer enteramente las comedias de su colección, y sólo con una ligera noticia de su argumento, pueda vindicarlas, por más delirios y extravagancias que contengan.

HAMLET:

TRAGEDIA POR SHAKESPEARE

Crítica..... Hamlet y su amante se vuelven locos uno tras otro.

Apología.. No hay cosa más natural que volverse locos dos amantes uno tras otro.

Crítica..... Mata el príncipe al padre de su amante, creyendo que es una rata.

Apología.. Ya se ve ¡si estaba loco!

Crítica..... La heroína se arroja bonitamente al río.

Apología.. Aun teniendo juicio lo debía hacer así.

Crítica..... Abren la sepultura en el teatro.

Apología.. Y siendo necesario el abrirla, ¿dónde había de ser?

Crítica..... Las calaveras andan de mano en mano, como si fueran manzanas.

Apología.. En las sepulturas vienen como nacidas las calaveras.

Crítica..... Entre tanto un actor, como que no hace nada, conquista la Polonia.

Apología.. Nadie ha determinado tiempo, ni lugar para las conquistas.

Crítica..... Finalmente, se hace del teatro taberna, bebiendo, gritando, riñendo y acabando con la patarata de matarse.

Apología.. A más de que en Inglaterra hay tabernas heróicas, ó á lo menos condecoradas y ennoblecidas, de modo que puedan hacer su papel en una tragedia, esto no es otra cosa que imitar la naturaleza de las costumbres nacionales.

Si con tanta facilidad, pues, señor don Vi-

cente, puede vindicarse tan completamente el mérito dramático de una de las piezas más célebres y más criticadas del teatro inglés; y si el autor de estas *Memorias* se lisonjea de que la Gran Bretaña le recompensará el importante servicio que acaba de hacerla en la insinuada apología, ¿por qué no podrá hacer otro tanto el señor Huerta, imitando este modelo en su colección? ¿Y qué no deberá prometerse del generoso agradecimiento de su patria?

Pero hablemos sencillamente. El que escribe estas *Memorias* conoce y respeta el distinguido mérito literario del señor don Vicente García de la Huerta; y protesta en honor de la verdad, que si poseyese los conocimientos dramáticos que el autor de la *Raquel*, no cedería al señor catedrático Ayala, ni á otro alguno la gloria de arreglar un teatro, que, corregido, sería en la parte cómica, sin exageración, infinitamente superior á cuantos se conocen.

(Se continuará).

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.



NÚMERO 403

Recomendamos al señor coleccionista Huerta el siguiente pasaje de comedia para que adorne su colección, y deje con la boca abierta á los franceses y á la *imbecilidad* de los demás extranjeros. Conocida la erudición del señor colector, no podemos dudar que sabe de qué comedia es el trozo que le recordamos.

Estando el Cid en el teatro discurriendo con sus capitanes el modo con que asaltarían á Valencia, que estaba requerida y con la brecha abierta, no teniendo los cristianos paciencia para esperar, la embisten, y arman una formidable batalla, que no se ve, porque es detrás de las decoraciones; pero es tanta la grita, ruído de armas, tambores, clarines, etc., que se oye desde una legua; y dice el Cid á sus capitanes:

Cid.. Capitanes y nobles caballeros,
para ahora se hicieron los aceros.
Esta es Valencia, á quien el Turia baña,
noble tesón de nuestra madre España,
firme atalaya de las ondas bellas:

hoy con valor *previsto,*
pues peleamos por la fe de *Cristo,*
sus muros asaltemos;
y el Alcoran de su ciudad echemos. (Váse).

Pensaráse que luego le siguen los capitanes, pero no es cosa de eso, sin manifestar cada uno al público su arrogancia, y habilidad en componer una octava; y así empieza Martín Peláez, y dice:

Peláez. Si como ostenta esta soberbia cumbre
veinte mil agarenos, ostentara
rayos forjados en la etérea lumbre,
por ellos con valor me *abalanzara;*
y si toda la inmensa pesadumbre
de moros el Olimpo *granizara,*
aquí formarán ecos,
y espirarán en Túnez y Marruecos. *(Váse)*
Alvar Fañez. Si al trepar por la escala, intempestiva
nave del Ponto moros despidiera,
y llovieran adargas desde *arriba*
los polos donde el Etna se encendiera,
con esta por la esfera sucesiva
tantas cabezas moras dividiera,
que imaginara la región más *vana,*
que llovían las nubes sangre *humana.* (Váse)
Lain. Si á diluvios el Africa oprimida
por las almenas moros arrojara,
coronando su aljaba no vencida
de monstruos que el abismo desatara,
con esta espada de valor regida,

tantos cuerpos alarbes destroncara,
que al eco horrible de los ecos broncos
se arrancaran los ejes de los troncos. (Váse).

En premio de este mi trabajo no pido la crítica de este pasaje: pero sí el que me hagas el favor de ir un día á casa de Antón el boticario, y metiendo en un alambique todo este montón de *Blictiris,* me avises la cantidad de la quinta esencia que sacares.



CARTA SOBRE EL TEATRO

EL CENSOR (periódico)

DISCURSO XCII

...Córrige, sodes,
Hoc... et hoc...
(Horat *Art. Poét.* v. 438.)
Remedio pon en esto y en aquello. (1)

Muy señor mío: Pues Vm. pretende ser tenido por hombre singular, permítame que le diga que se va saliendo con la suya, y que cada día justifica más y más esta idea en el espíritu de sus lectores. En cuanto á mí, sé decir que en mi vida he visto otro que reuniese ni tantos ni tan encontrados caracteres. Severo y tolerante, humano y riguroso, co-

(1) Esta carta se entregó el día cuatro del presente mes en la Librería de Martínez con este sobre: *Al Censor B. L. M. S. S. S.*

barde y temerario, incrédulo y devoto, filósofo y libertino, Vm. ha sabido amigar las cosas más opuestas y contrarias y ofrecerse al público de la Corte, como un ente tan extraordinario, que si no tuviese el uso de la palabra y de la mano, sería de seguro reputado por un animal de especie desconocida, y digno de entrar por nota en la nueva Historia del señor Clavijo.

Sea lo que fuere de esto, Vm. no podrá negar á uno de sus lectores, y acaso de sus apasionados, que le eche en cara la parcialidad que va descubriendo en ciertos asuntos, y que le note seriamente este defecto, confirmado cada día por lo que dice, y por lo que calla. En efecto, Vm., que por una parte se desata, se desenfrena contra los altaneros, las cofradías, los villancicos, en una palabra, contra las cosas más tremendas de nuestra sagrada Religión, y por otra *nec ultum verbum* de las casas de juego, las fondas, las botillerías y otros mil lugares donde celebra sus mercados la corrupción y el desenfreno, ¿se atreverá á blasonar de imparcial, y querrá ser tenido por el Catón de nuestro siglo?

Me dirá que no se ha de censurar todo en un día; que estos artículos se hallan notados con *ojo* al margen de un libro verde: que al cabo les llegará su semana, como quien dice su San Martín: que es menester curar las

ideas antes de hacer la guerra á las costumbres; y, en fin, que si se ha de tratar de las cosas oportunamente, es preciso hablar de chascos en Carnestolendas, de mamantones en Pascua, de pitos por las ferias, y de belenes por Navidad.

¡Lindamente! La apología no puede ser más completa, y yo la admitiría sin reparo, si no conociese que hay materias tan cuotidianas, tan generales, de tan extendidas relaciones, que se debe estar continuamente hablando de ellas. Tal es, por ejemplo, el Teatro tan respetado (no sé por qué) ó tan temido en los papeles censorios. Sin embargo, ningún objeto es más importante, más digno de censura, ni más necesitado de ella. El crédito, y acaso la felicidad de la Nación, las ideas, los usos, las costumbres de sus individuos: la honestidad, la humanidad, la sólida piedad, la verdadera gloria, el honor, el patriotismo, todas las virtudes naturales, morales y civiles se interesan en su reforma, y claman altamente por ella. No hay condición, estado, edad, ni sexo que no le frecuente, que no reciba en él lecciones y que no pueda beber en esta fuente ó la ponzoña del error ó las aguas de la buena y saludable doctrina. ¿Pues cómo podremos disculpar el silencio y la parcialidad de Vm. en este punto?

Y á fe que no vendrá de falta de materia,

porque, ¿cuánto tendrá Vm. que notar en el teatro si le observase como un establecimiento político? ¿cuánto si le considerase en sus relaciones morales? ¿cuánto si le examinase como un objeto de literatura? ¿cuánto si hubiera de hablar de la ilustración de los que le gobiernan, de la educación de los que le componen, del discernimiento de los que le frecuentan? ¿cuánto, en fin, si hubiese de pasar revista á los dramas que representa, á los accesorios con que los adorna, y á las varias artes que emplea en su invención y ejecución?

Y ¡ojalá que en este objeto no se descubriesen más vicios que los que andan unidos con su naturaleza! ¡Ojalá que perfeccionado el teatro hasta donde nuestras luces y nuestra constitución lo permitan, no tuviese Vm. que hacer frente á otros abusos que á aquellos con que éste sólo está reñido con una filosofía austera é intolerante! Entonces yo sería el primero que disculpase su silencio. Si un buen Teatro es un mal, diría yo que debía tolerarse como un mal necesario; como un remedio saludable para evitar otros mayores males. Aquel gran filósofo ginebrino, tan declarado enemigo de la escena, solía decir que los teatros eran indispensables en las ciudades populosas, y es menester no conocer á los hombres, ó interesarse poco en su tranquilidad para pensar de otro modo.

Pero, señor censor, nuestro teatro no se halla en este caso. Es preciso reformarle ó destruirle. Como hoy está no produce el bien que pudiese disculparle, y causa muchos perjuicios que le hacen insufrible. Es pues necesario levantar contra él el grito, y yo estoy empeñado en ello. Voy á proponer á Vm. un plan que he trabajado con este objeto: un plan digno de la gravedad del mal, de la importancia del remedio, y de la reputación del empírico que deben aplicarle.

Ante todos, uno me ha de reservar Vm. desde ahora para en adelante, un jueves cada mes, por lo menos, para tratar de este importante y fecundísimo objeto, y le cedo de buena gana todos los demás para hablar en ellos, aunque no de Nigromantes ni de Energúmenos. Este método tendrá dos grandes ventajas; 1.º que no se fastidien los lectores con la frecuente repetición de un mismo asunto; 2.º tratar con orden y método de cada abuso relativo al teatro. A este fin dividiremos la materia para la serie de los meses. Yo no haré otra cosa que apuntar las especies, y quedará á cargo de Vm. el sazonarlas, que á fe que para ello se pinta sólo.

ENERO.—*Dramas.*—La elección de los Dramas que se ofrecen al público debiera ser uno de los primeros cuidados de nuestra Policía. De tres objetos que pueden propo-

nerse los que gobiernan su teatro, á saber: enseñar, cultivar y entretener, por lo común se cuida sólo del último. Si por el contrario se cuidase de los primeros, se lograrían todos. Los dramas mejores, absolutamente hablando, son siempre los que más divierten; y es hacer una horrenda injuria á nuestro pueblo el asegurar que sólo se le puede divertir con representaciones torpes, groseras ó ridículas.

Por esto es menester preferir aquellos dramas en que nada hay contra la honestidad ni las buenas costumbres, y desterrar todos los que las destruyen, todos los que fomentan la falta de amor y respeto á los padres, la irreverencia á la justicia y á las leyes, el orgullo, el falso pundonor, la liviandad y el desenfreno. Estos vicios sólo deben aparecer sobre la escena para ser silbados ó corregidos. Sé muy bien que nuestras mejores comedias son un poco achacosas en este punto, y si alguno quisiera sostener lo contrario, que se las haya en el otro mundo con el buen viejo de Nasarre. Pero, en fin, mientras no produzcamos cosa mejor, entresaquemos las menos malas, y enviemos las demás al fuego. Sin embargo, prevengo á Vm. que para este escrutinio no me ha de contar con el colector del *Theatro Hespañol,* que según sospecho, no tiene para el caso las mejores narices, y podría conceder

inmunidad á muchas piezas dignas de ser echadas al corral.

No basta que el teatro instruya, es menester también que pula, y que cultive: quiero decir, que dé buenas máximas de educación y conducta, que enseñe á respetar las clases que componen un estado, que inspire á cada uno el amor á los deberes, que haga conocer cuánto valen en el uso del mundo el decoro, la cortesanía, la afabilidad, y haga apreciar la generosidad, el candor, la veracidad, la buena fe, el recato, el recogimiento, la aplicación al trabajo, y otras mil virtudes civiles, que por lo común tienen en poco los ignorantes y orgullosos. Sobre todo levante Vm. el grito contra cierta especie de comediones que se van haciendo de moda, escritos contra la voluntad del dios del Pindo, y representados contra el dictamen de los doctores del buen gusto: dramas sin invención, sin interés, sin poesía, sin lenguaje, en una palabra sin pies ni cabeza: donde todo es trivial ó chabacano, todo común y cien mil veces repetido; donde siempre hay un Príncipe criado entre las cabras, un Rey tonto, un traidor en privanza, amantes que se esconden, que se pierden, que se cambian, y no se conocen en la voz cuando están á oscuras; cartas olvidadas, retratos perdidos, oráculos casuales, venenos que no inficionan, cuchilladas que no matan,

azares, agüeros, desafíos y diabluras hasta dejárselo de sobra.

Ni hay que pasar en blanco las comedias y tragedias en que se representan acciones tomadas de la Mitología, ó bien de la historia griega, romana, etc. ¿Qué tienen que ver con nosotros la religión, la moral, las leyes, ni las costumbres de estos pueblos? Sus virtudes no nos servirán de provecho, y sus vicios nos corromperán tan lindamente. Fuera de que estén llenas de insurrecciones, de tiranías, de regicidios, de adulterios, de raptos y otros mil acaecimientos, que no siempre quedan castigados según las leyes de la dramática, y mucho menos según los principios de la buena política. ¿Cuánto mejor sería buscar las acciones de nuestra escena dentro de casa, y celebrar según el precepto de Horacio las glorias domésticas? Por ventura es tan estéril nuestra historia, que no puede ofrecer modelos con qué excitar al ejercicio de las virtudes?

Pero, por Dios, señor Censor, que no me quite Vm. de nuestras tablas las zarzuelas, porque les soy furiosamente apasionado. Este drama, acaso el único que se pudiese hacer presenciar en nuestro teatro; el único en que se reunen tan bien la poesía y la música, el chiste cómico y las gracias líricas, merecía ciertamente ser cultivado de nuestros mejores

ingenios. Basta que Vm. me destierre de ellos los criados rateros, los abates tontos ó enamorados, los pillos, los truhanes, los mendigos, y otros semejantes espantajos, cuya intervención no puede dejar de afear y deslucir la escena.

¡Ah! se me olvidaba. De las follas diga Vm. cuanto se le antoje, con tal que no las recomiende, porque reñiremos. No puedo ver en mis ojos esta pepitoria de tragedia, comedia y zarzuela, de declamación, de baile y de música, de acciones, de escenas y de lances, sin unidad, sin serie y sin orden. Así que podrá Vm. zurrarlas la badana á su sabor; y si acaso lograre desterrarlas de entre nosotros, *servitor*, y nunca ellas acá vuelvan.

FEBRERO.—*Sainetes.*—Este mes, Sr. censor, será destinado para los intermedios; pero pues los hay de representado y de música, dejaremos los segundos para otro día, que harto nos darán que hacer los primeros.

Aquí, amigo mío, es menester herir sin lástima, y caiga el que cayere. ¡Qué confusión, qué desorden no presenta este asunto á un imparcial observador! Los majos, los truhanes, los tunos, héroes dignos de nuestros dramas populares, salen á la escena con toda la pompa de su carácter, y se pintan con toda la energía del descaro y la insolencia picaresca. Sus costumbres se aplauden, sus vicios se ca-

nonizan ó se disculpan, y sus insultos se celebran y se encaraman á las nubes. Vm. los ve representar siempre encumbrados, siempre provocativos, siempre irreverentes con la justicia, siempre insolentes con la nobleza. ¡Qué mofa, qué burlas, qué escarnio no sufren de su parte los que llaman *usías!* Jamás los verá Vm. que no salgan silbados, escarnecidos y apaleados. ¡Qué ideas no tomará de aquí un pueblo que sólo pudiera recibir en la escena principios de urbanidad y policía! ¿Y quién duda que á estos modelos se debe también aquel resabio de *majismo* que afectan hasta las personas más ilustres de la corte?

Compare V. pues, la preferencia que se inspira á este traje y modelos truhanescos con el escarnio que se hace de nuestros trajes y estilo. ¿Qué razón hay, por ejemplo, para ridiculizar el traje de abate, admitido en el uso de las naciones más cultas, autorizado con el ejemplo de las personas más condecoradas y en ninguna manera merecedor de menosprecio? Lo mismo digo en punto á ciertas profesiones que son objeto de la invectiva de nuestros sainetes. ¿Es posible que nunca se ha de pintar un médico que no sea ignorante y vilmente interesado, un abogado que no sea prevaricador, un escribano que no sea falsario, un alguacil que no sea ladrón? ¿No es esto adular las preocupaciones populares que

se debieran combatir? ¿No es esto envilecer las más honradas profesiones? ¿No es esto llenar de rubor á los dignos ciudadanos que las ejercen?

MARZO.—*Cuaresma.*—Como en este mes tienen estos cómicos sus ferias cuadragesimales, podrá V. dejarle en claro en sus papeles, y á todo más decir alguna cosa de los bailarines de cuerda y saltimbanquis valencianos: y á fe que si V. quiere pescudar esta especie de espectáculos plebeyos no le faltará materia para ejercitar su censura.

ABRIL.—*Tonadillas.*—Vuelve con la Pascua el teatro, y nosotros volveremos de refresco á la carga, empezando con los intermedios de música conocidos por el nombre de *tonadillas.* En ellas verá V. comprendidos todos los vicios de nuestros sainetes, amén de otros muchos que les son peculiares. Este sí que es el imperio donde dominan las majas y los majos. Las naranjeras, rabaneras, vendedoras de frutas, flores y pescados, dieron origen á estos pequeños melodramas: entraron después en ellos los cortejos, los abates, los militares y las alcahuetas; pero los majos faltan rarisima vez de estas composiciones. Por fin, cansados de inventar los poetas, han puesto su doctrina en boca de los mismos cómicos, y para asegurar la ilusión Garrido, Tadeo y la Polonia nos cantan sus amores, sus

deseos, sus cuidados y sus extravagancias; y alguna vez usurpándole á usted su oficio, definen las costumbres públicas y se desenfrenan contra los vicios. ¡Pero qué suaves y templadas son sus sátiras! Allí verá V. tratadas á las usías de locas, á los mayorazgos de burros, á los abates de alcahuetes, á las mujeres de zorras y á los maridos de cabrones. Analice V. como quiera estas tonadillas y hallará que no son otra cosa.

A esta buena doctrina son, ciertamente, correspondientes el lenguaje y la poesía. No deje V. de entresacar una porción de pasajes bien escogidos y añadirlos por apéndice á su *Psalterio Hespañol,* mientras el señor Huerta corona su admirable colección publicando un tomo entero de tonadillas, para acreditar á todo el mundo que tampoco en este punto están las naciones más cultas á la par de la nuestra.

MAYO.—*Música.*—De propósito no he hablado antes de la música de las tonadillas porque se debe reservar un papel para tratar en general de la música en el teatro. No hablo de la orquesta que llena muy decentemente su oficio, sino de la música cantable. Guárdese V. de buscar en esta invención, orden, sistema: no busque harmonía, melodía, expresión: no busque proporción entre los tonos y los sentimientos, entre las palabras y los so-

nidos, entre el corazón y los labios, porque ciertamente nada de esto hallará. Tales delicadezas serán muy buenas para otras partes, pero nosotros somos demasiado serios para gastar el tiempo en ellas. Nuestros músicos son en esta parte muy discretos, toman de todas partes lo mejor que encuentran, y al lado de un pasaje de la Frasquetana, encajan otro del *Stabat Mater* del Pergolesi, para que haya de todo y nadie quede descontento. Si estos remiendos están mal zurcidos importa muy poco. ¿Quién será capaz de conocerlo ó extrañarlo, cuando nuestras orejas están hechas á todo? Gluck, Haydn, Piccini son los mauleros que proveen de retales, y ellos son tan buenos que parecerían bien aunque sea en vestido de arlequín. Sobre todo para cantar cuatro verdades de Pero-Grullo, cuatro sentencias de bodegón y cuatro desvergüenzas como el puño, que es á lo que se reduce la poesía de nuestras tonadillas; ya ve V. que sería un desatino andarse á caza de primores musicales.

El bueno de Misón había abierto una senda, que cuidadosamente seguida pudiera llevarnos á la gloria de tener una música nacional; pero sus sucesores se han extraviado de ella, se han desdeñado de imitarle, y han hecho muy bien, porque esto cuesta mucho y vale poco. Los modernos que quieren refor-

marlo todo pueden guardar este proyecto para cuando los músicos sean matemáticos, los poetas filósofos y se verifique el milagro de que se acuerden entre sí.

JUNIO.—*Decoración.*—A la música sigue naturalmente la decoración, que se puede llamar la música de los ojos. También en esta parte se pudiera atender al tono, á la harmonía, á la expresión, partes esenciales de la pintura. Pero esto sería hablar de la mar. Por fortuna duran todavía en nuestro teatro aquellos admirables lienzos que salieron de la mano de Velázquez y Villanueva y que hacen la delicia de los hombres de gusto, á pesar del descuido con que se han tratado y del necio empeño de sustituirles otros de inferior mérito, en lugar de renovarlos, de copiarlos y aún de abrirlos en láminas para que nunca se perdieran; y qué monstruos no se presentan alguna vez al lado de ellos! ¡Qué arquitectura tan bárbara y desconocida, donde ni se admira la sencillez griega, ni la majestad latina, ni la ligereza gótica, ni la graciosa confusión arabesca! ¡Qué escultura tan digna de su compañera! ¡Qué perspectiva, qué simetría, qué dibujo, qué colorido! Todo es, por cierto, digno de los siglos más bárbaros, todo capaz de hacernos pasar por acreedores á haber vivido en ellos.

JULIO.—*Máquinas.*—Ciertamente que en

este punto tendrá V. poco que reparar. Los cambios de escenas, los vuelos, las zambullidas, y las transformaciones mágicas, son de lo mejor que puede ejecutarse.

Es verdad que el arte sólo trata de que la operación sea segura, sin hacer caso de la prontitud, la ligereza, la propiedad, y otras cosas que aunque contribuyen á la ilusión, pudieran también hacer pasar por brujo al tramoyista. Así, si tiene que volar un burro verá V. un cuarto de hora antes la enorme maroma en que ha de ser enganchado, y otro tanto tiempo está abierto el boquerón que ha de vomitar á algún encantador, ó algún diablo. El crujir de las cuerdas, el golpeo de los contrapesos, el ruído de las ruedas y poleas, y toda la faena de los diestros maquinistas se perciben por lo menos desde las cuatro calles. Así se logra que hasta los pápanos de Mahodres conozcan cómo se hacen estas diabluras; y reducido el arte á principios fáciles y sencillos vivimos seguros de que nunca nos faltan tramoyistas, y lo que es más de que la Inquisición se pueda meter con ellos.

AGOSTO.—*Adorno.*—El adorno es una parte tan pequeña del teatro que no es de admirar que no se lleve grande atención: y á la verdad que los defectos en este punto son siempre muy veniales. Que se saque un tintero peltre, ó de cuerno, para que escriba el

grande Alejandro, ó una silla de paja para que se siente el conquistador de Méjico y el Perú, nada quiere decir. Todos saben que el que está allí es un Cómico y que en su casa no tendrá mejores atavíos.

Lo que importa es que los actores lleven buena ropa, porque de esto no sólo gustan ellos, sino todo el mundo. ¿Hay cosa como ver á una tercera dama, aunque haga el papel de fregona, perfectamente tocada, llena la cabeza de plumas, de ayrones, y aun de brillantes, vestida con los trajes más nobles y ricos, y ataviada á las mil maravillas? Y no porque no conozcan la propiedad, pues si esa misma tiene que representar á alguna persona humilde, la verá Vm. tan llena de arrapiezos, tan andrajosa, tan sucia, que no parece sino que la han sacado con gancho de algún muladar.

Ríase Vm. de la propiedad en eso del ornato. El mundo cree que los hombres han sido siempre los mismos, y no hay cosa más fácil que persuadirle que siempre se han vestido del mismo modo. Así que no importa que un Tetrarca de Jerusalén se vista de Militar ó de Golilla, que la viuda de Hector lleve ahuecador, ó guarda-infante, ni que el Conquistador de la India se presente con sombrero de tres picos y tacones colorados. Lo que importa es, que nuestros paisanos se

vistan precisamente á la española antigua y que desde D. Pelayo hasta los Reyes Católicos, lleven todos el traje Borgoñón, conocido desde Felipe el Hermoso, y que por lo menos se usó generalmente en España desde Felipe II hasta Felipe IV.

SEPTIEMBRE.—*Modulación.*—En esta materia podría Vm. hablar un año entero. Los modernos nos van echando á perder, y es menester salirles al paso. Nada importa que entre Crónicos griten, bramen, ó ahullen, con tal que tengan buenos pulmones: lo que sí importa es, que no se les pierda una sílaba, ni en el último asiento de la Tertulia. También podrán levantar extraordinariamente el grito, ó para que los Chisperos se preparen al aplauso convenido de antemano, ó para que teniendo que hablar cinco ó seis personas á la vez, no podrán ser entendidas si no se desgañita cada una por su lado. Por lo mismo es un disparate pedirles que se entonen unos con otros; como si fuese fácil que el que está acostumbrado á ahuecar la voz, porque no le han enseñado otra cosa, la templase siempre y cuando el paso ó la ocasión lo pidiese. ¿No es esto pedir imposibles? Los críticos de moda creen que la modulación es una cosa necesaria en el teatro, y que además se deben acordar las voces de los que representan, como se entonan los cañones de un órgano

para que sus sonidos no descalabren el oído. Vea Vm. cómo estas opiniones *transpirenaicas* se quieren meter en todo, y llenar de ridiculeces nuestras tablas. Dios le libre á Vm. de semejante contagio. Vm., que es hombre *despreocupado,* debe hacer justicia á todos, y en esta parte ser censor de los injustos censores del teatro.

OCTUBRE.—*Acción y gesto.*—Hay un artículo en que debo implorar más particularmente el celo de Vm., y es en lo que toca á la acción de nuestros cómicos. No parece sino que pretenden que se estudie esto en Quintiliano, como si nuestros cómicos tuvieran que hablar en estrados, ó predicar sobre algún púlpito. Entre tanto se va acabando entre nosotros aquel maravilloso arte de pintar la naturaleza en el aire con las puntas de los dedos, en que fueron tan excelentes nuestros viejos comediantes. Veríalos Vm. retratar al vivo el sol y la luna, los mares y los montes, los rios y las parleras fuentecillas, las fieras luchas de los animales, los desafíos, las batallas y hasta los más íntimos sentimientos del corazón humano. Sabe Vm. bien que no ha sido otro en ningun tiempo el uso de la acción en la representación dramática, y habiendo excedido en este punto á los antiguos cómicos y oradores, á los Cicerones y á los Roscios, quieren todavía los modernos que

sustituyamos á esta gloria el pausado y soporífero manoteo de los franceses.

Otro tanto se puede decir del gesto: y no veo por qué una cómica ha de llorar cuando tiene ganas de reir, ni ha de presentar un semblante ceñudo y desabrido, cuando debe tratar de parecer bien á todo el mundo. Si el paso pide lágrimas, á bien que cumplirá con sacar el pañuelo, y acercárselo un tanto cuanto á los ojos, y si pide furias y enojos, bastará que levante un poco el grito, y mueva aceleradamente el abanico. Con eso, mas que conserve siempre su cara de risa, que así me las quiero yo.

NOVIEMBRE.—*Decencia.*—Este asunto, señor Censor, merece ser tratado muy de propósito. Tiene dos partes, puesto que la decencia puede considerarse con respecto al decoro, á la urbanidad, á la buena crianza, en una palabra á todo cuanto se llama buen parecer, ó con particular respeto á la honestidad. En el primer sentido exige de parte de los cómicos una gran consideración hacia el público que tienen presente, ya porque son unos ministros suyos destinados y pagados por el Gobierno para entretenerle, y ya porque considerados los espectadores como una asamblea de ciudadanos, en que se reunen todas las clases, estados y profesiones, son dignos de mayor respeto. Por tanto, ninguna circuns-

pección será demasiada de parte los actores.

Según estos principios, que se presenten alguna vez nuestros cómicos retozando unos con otros ó pellizcándose; que una dama mientras debe representar lo que exige la circunstancia momentánea del drama, se ocupe en hacer gestos ó guiñadas á un apasionado de la luneta; que el gracioso se entretenga en jugar con los chisperos de la barandilla; que cada uno añada á los versos de su papel algunas gracias de propia cosecha, y otras cositas á este tenor, sería ciertamente muy reprensible. Decida Vm. la clase de castigo que conviene á cada uno de estos excesos.

Menos tolerables serán todavía los que se oponen á la decencia, los meneos y columpios de las majotas, las cabriolas y volteretas de las muchachas, el retintín con que se dicen ciertas expresiones alegres, la afectación con que se procura volver al peor sentido las sentencias equívocas y en una palabra, todos aquellos artificios con que alguna vez se trata de captar la gracia de la parte más grosera y corrompida del auditorio, con disgusto y rubor de las personas honestas y bien morigeradas. Es tanto más necesorio el celo de Vm. en este artículo, cuando él sólo da la principal materia á las justas declamaciones de muchas personas piadosas é ilustradas, que de buena gana disculparían otros defec-

tos al teatro, si á lo menos le viesen reformado en los putos que dicen relación con la moral y las costumbres.

DICIEMBRE.—*Espectadores.*—No sólo es necesario el decoro de parte de los cómicos, sino también de la de los espectadores. Aunque cada uno concurre á formar este conjunto, este todo que se llama Público, tiene como particular lo obligación de respetarle y tratarle con circunspección y observar hacia él todas las reglas y atenciones que exija la urbanidad y la buena crianza. Así dejando á un lado los chisperos, gente baladí, pero temible, que silban y aplauden por interés, y en quienes la inclinación ó el odio, el aplauso ó el vituperio, no son un oficio de la razón sino del capricho; gente que convendría desterrar de cuando en cuando al Prado para que compensare en los trabajos del Público lo que le incomoda en sus diversiones, cargue Vm. la mano contra aquellos indiscretos que se les parecen: que gritan y se alborotan sin motivos, que turban é interrumpen el espectáculo sin objeto, que no saben disimular los descuidos, ni celebrar los aciertos, que aplauden lo malo y no aciertan á distinguir lo bueno: contra los que van al Teatro á ofrecerse en espectáculo y á atraer hacia sí la vista y la murmuración de los concurrentes; contra los que todo lo acechan, todo lo reparan, se le-

vantan, se sientan, á todos incomodan, se echan de bruces, vuelven las espaldas, entran y salen, hablan, silban, tararean, y en una palabra contra los que ni respetan al Público, ni quieren que el Público les tenga por atentos y bien criados.

Esto basta, señor Censor. Ahí tiene Vm. mi «Almanaque Teatral», que en sus manos se podrá hacer más célebre que los de don Diego de Torres. Ponga Vm. manos á la obra para irle anunciando al público completo y mejorado. Con esto nadie creerá que Vm. ha hecho alianza con los chorizos, ó los polacos, y sobre todo será siempre amigo y apasionado de Vm.—*Cosme Damián.*—Madrid, año nuevo de 1786.



CARTA | APOLOGÉTICA | AL SEÑOR | MASSÓN (1)

¡Ahora sí que están los huevos buenos!

D. Tomás Iriarte, tomo I, fáb. XII, pág. 23

Muy señor mío: Vmd. dice en el artículo «España» de la nueva Enciclopedia que... en resumidas cuentas: que para nada somos los españoles.

«Como es muy fácil y muy breve llamar á »alguno por ejemplo judío ó morisco, y no »es tan fácil ni tan breve probar el ofendido »que es cristiano viejo, pues aquello no cues»ta más que decirlo en dos palabras absolu»tas, y esto cuesta revolver papeles antiguos, »hacer informaciones, y escribir mucho para »informar la verdad», ha sido preciso escribir para responder á Vd. más que escribió el se-

(1) Hemos enmendado algunas erratas del ejemplar *princeps*, y acomodamos igualmente la ortografía al uso actual, respetando tan sólo el uso de la *b* en vez de *v* en *basco*, *Biscaya*, etc. (J. A.)

ñor Iriarte para contestar á D. Juan Sedano. (1)

Pero no está aquí el mal. Como el fundamento de nuestras Apologías estriba en cosas pasadas es preciso que todo el gasto lo haga la Historia y como la Historia no puede pasar de una extrema probabilidad, y hoy sólo creemos demostraciones matemáticas, hechos vivos, hechos permanentes; escribiremos Apologías, leeremos, persuadiremos, gritaremos, y mientras no le vendamos á vuestra merced mejores y más baratos los paños de Guadalajara, que los de Abbeville, todo será lo mismo que escribir Epístolas crítico-parenéticas á don Pablo Segarra. (2)

Sin embargo: nuestras glorias pasadas me hacen muchísimas cosquillas: apenas puedo pasar en silencio el venturoso tiempo que nos dió este proverbio...

....Porque en diciendo Españoles
Todas las Naciones tiemblan.

Quisiera dar libertad á mi pluma, y contar algo más de lo dicho por nuestros apologistas; pero ¡oh siglo incrédulo! para tí no hay monumentos, no hay ceremonias, no hay pirámides, no hay estatuas que te sirvan de de-

(1) D. Tomás Iriarte, tom. 6. Advertencia del diálogo *Donde las dan las toman.*
(2) Iriarte, tom. 6, pág. 329.

mostración! Vd. lo conoce así y Vd. es tan del siglo, señor Massón, que aunque todos los siglos, todos los escritos y todas las estatuas le den con el caballo de Troya en los ojos no le harán creer que se fabricó tal bestia en el mundo de cuyas tripas salían hombres como si fuesen hormigas que desamparan procesionalmente un tarro de dulce.

Y pues han de ser demostraciones matemáticas, hechos permanentes, los que desimpresionen á Vd. y á toda la Europa del concepto en que nos tienen de inútiles, permítame que le presente un hecho, un resultado que acredite lo mucho, que *después de dos, después de cuatro, después de diez siglos,* y á fines del diez y ocho deben á la España, no sólo la Europa entera, sino todas las naciones del universo.

¿Quiere Vmd. verlo? ¿lo quiere Vd. palpar, señor Massón? pues ahí va: las obras de don Tomás de Iriarte.

Sí, señor: las obras de Tomás de Iriarte, joven español que aún vive y le conoce todo Madrid: las obras de don Tomás que acaban de salir de la prensa: estas obras, digo, son el resultado, el hecho permanente que ha de servir de impugnación del artículo, y de verdadera apología de nuestra España en el siglo incrédulo y filosófico.

En el tomo I presenta el señor Iriarte á todo

el mundo nada menos que el código de la Literatura puesto en apólogos; es decir, que empieza por llenar el Parnaso de . . . .

....Monas, pulgas, hormigas y ratones,
machos de noria, cerdos y leones.

Como no ha habido griego, latino, francés ni español que haya tenido la gloria de haber introducido esta novedad en los dominios de Apolo, pues que los Aristóteles, Horacios, los Boileaus y los Luzanes no hicieron más que darnos sus reglas á la buena de Dios, se halla ahora el mundo literario con esta ganga que regala *gratis* el señor don Tomás, no sólo á los españoles, sino aun á los extranjeros mismos.

Quien mis fábulas lea
Sepa también que todas
Hablan á mil naciones
No sólo á la española. (1)

Y señor Massón: ¿preguntará Vm., todavía en su artículo *qué debemos á la España?*

No falta más sino que por excusarse ustedes los señores extranjeros del reconocimiento á que quedan obligados salgan con que en fuer-

(1) Iriarte, tom. I, fáb. I, pág. 6.

za de una de aquellas leyes de convención, que á cada paso nos hacen creer maravillas, soportamos que los brutos estén en posesión de hablar y darnos lecciones de moral; pero que es muy repugnante al buen gusto que estos mismos personajes carguen ahora con la regencia del Parnaso, y den á las naciones cultas lecciones de Literatura.

....Apoyarán ustedes esta disculpa frívola en la autoridad, ó mejor diré, en la delicadeza del poeta francés del siglo diez y ocho, que se puso de mal humor con Boileau, porque no observó éste en la sátira contra la barahunda de París el mismo gusto refinado, que en su Arte poética, y esto sólamente porque introdujo en aquella ratones, ratas y gatos.

L' un miaule en grondant comme un tigre en furie
L' autre roule sa voix comme un enfant qui crie;
Cé n'est past tout en cor, les souris et les rats
Semblent pour m'eveiller s'entendre avec les chats.

Añadirán ustedes con el mismo poeta que si Boileau, cuando compuso esta sátira, hubiese vivido entre gentes de un gusto refinado, le hubieran aconsejado que emplease su talento en objetos más dignos de una compañía fina é ilustrada que los ratones, las ratas y los gatos.

¡Ah, señor Massón! y qué mal están ustedes si no tienen otra disculpa para no confesar el reconocimiento que deben al señor don

Tomás, y por éste á toda la nación española!

Homero, el mismo Homero, autorizó con su ejemplo la idea del señor Iriarte, no en poner á los animales por maestros de la Literatura; pero sí en adornar sus versos con ratas y ranas. ¿Cuántos grandes poetas han imitado en esta parte al griego? El mal no está en valerse de estos personajes, aunque no venga al caso, sino en no saber ennoblecerlos y hacerlos así dignos objetos del gusto más exquisito.

Si Boileau hubiese acertado á ennoblecer los animales de sus cuatro versos, como Iriarte ennoblece sus maestros de Literatura, el poeta francés hubiera dado gracias á su paisano en lugar de criticarle. ¿Cuándo Homero, Fedro, Lafontaine ni Despreaux poseyeron el buen gusto en el grado que manifiesta nuestro poeta en la noble pintura que hace de un asno en la fábula XXXVI, página 58?

Empezó á quitarle
Todos los aliños,
Y bajo la albarda,
Al primer registro,
Le hallaron el lomo
Asaz mal ferido
Con seis mataduras
Y tres lobanillos
Amén de dos grietas
Y un tumor antiguo.....

¿Diria el critico francés que este no es objeto digno de presentarse entre gentes finas y delicadas? A buen seguro que él mismo, con toda su fina crítica, persuadiria, moveria á todos á que se apresurasen á recibir lecciones de buen gusto por un órgano tan propio para comunicarlo como el asno del ejemplo.

Fuera escrúpulos, señor Massón, reciba el mundo literario los maestros que don Tomás le regala, y si aún se nos pregunta *¿qué debemos á la España?* á fe mia que no lo preguntará usted *de aquí á dos, de aquí á cuatro, de aquí á diez siglos,* en que ya se habrá sentido la feliz revolución que causará la novedad introducida por el inmortal Iriarte, en todo el universo (1).

Mas no solamente logran Vmds. la gran ventaja de tener tales maestros, sino la incomparable de recibir sus primeras lecciones; pero ¡qué lecciones! Escúchelas Vd., señor enciclopedista.

Ningún particular debe ofenderse de lo que se dice en común... Fáb. I, pág. 1.=Se ha de considerar la calidad de la obra, y no el tiem-

---

(1) La crítica de nuestros literatos se consumía poco ha en la análisis de una voz griega ó latina. Hoy ha extendido su jurisdicción, y se ejercita en objetos vastos y profundos, que casi casi se rozan con las ciencias: por ponernos á salvo de ella advertimos que, cuando decimos en esta carta *el universo*, debe entenderse el mundo conocido que sabe leer y entiende castellano.

que se ha tardado en hacerla... Fáb. II, página 7.=Nunca una obra se acredita tanto de mala como cuando la aplauden los necios... Fáb. III, pág. 7.=Fácilmente se luce con citar y elogiar á los hombres grandes de la antigüedad, el mérito está en imitarlos... Fábula IV, pág. 9, etcétera, etcétera, etcétera.

En fin, señor Massón, sesenta y siete son las fábulas y sesenta y siete son las sentencias, ó preceptos literarios, todos iguales en el mérito y en la enseñanza que encierra cada uno de ellos.

Pero aún es más lo que Vds. nos deben.= Como apenas puede haber en este género una obra que comprenda todos los preceptos sin dejar uno, (dígalo el mismo Quintiliano) es verosímil que puedan añadirse á los sesenta y siete, algunos más, aunque no igualen á los del Sr. D. Tomás en lo de encerrar verdades útiles; y como por otra parte tienen Vds. ya *gratis* los maestros en abundancia, y queda el camino abierto á la continuación de las lecciones, podrán ustedes mismos imitar y seguir en lo posible, al fin de tan importante objeto. Por ejemplo, dirán ustedes.

El que ciñe su estudio á las lenguas griega y latina y á la poesía y la elocuencia es un dómine... Fáb. I.=El que al estudio de las lenguas griega y latina, junte el de las lenguas vivas de las Naciones cultas, y al estudio de

la poesía y la elocuencia añade el de la geometría, la filosofía y la historia, es un literato... Fáb. II.=El que aplica estos conocimientos á enseñar verdades útiles á los hombres, es un sabio... Fáb. III.=El que hace uso de ellos para deleitar ó divertir sin instruir útilmente, es un Músico... Fáb. IV, etc., etc., etc.

En conclusión, señor enciclopedista, ya le hemos demostrado á Vd. que las obras de don Tomás Iriarte son el resultado, el hecho cierto que ha de servir de respuesta al artículo de Vd. y de verdadera Apología de nuestra Nación, pues que dándole en los ojos, no más que con la fachada del primer tomo, no puede justamente preguntarnos en adelante: *¿Qué debemos á la España?*

Pero si la emulación que debe excitar en todo extranjero nuestra presente gloria le hiciese á V. (en lugar de besar las Fábulas literarias) le hiciese, digo, morder este precioso libro, como tal vez muerde el niño el pezón que le alimenta, sosiéguese un poco: tome aliento, y prosiga la lectura que se sigue desde el poema de La Música, hasta la carta que sirve de fin al último tomo, y dirigida á don Tomás empieza: *Illmo. Signore, Signore, é Padrone colendissimo.* Y acaba: *Di V. S. Illma. Divotissimo, obligatissimo servitore vero: Pietro Metastasio.*

¿Ha leído Vd. ya toda la obra? ¿ha visto us-

ted ese prodigio de poemas serios, y jocosos, de diálogos jocosos y serios, de trajedias, comedias, epístolas, sátiras, anacreónticas, églogas y epigramas con todos sus prólogos, advertencias y notas?

Y pues Vd. los ha visto sería inútil que yo le encareciese el mérito de tanta pieza como contienen los seis tomos: tan visible es por sí mismo, que fuera en vano detenernos en observarlo. Por otro lado, á pesar de todas las críticas, de todas las Apologías y de todos los análisis que se hacen de las producciones literarias ellas mismas son las que mejor se critican ó se elogian, las que manifiestan sus defectos ó perfecciones, su mérito ó su demérito; en una palabra, su utilidad ó inutilidad, que es la justa balanza en que pesa el valor de las cosas el siglo filosófico.

Mas como por una parte, sin pasar de las Fábulas literarias, queda ya vindicada la nación, y por otra quisiera manifestar á Vd. que no todos los españoles aprobamos todo lo de España, haré aquí algunas ligeras observaciones

Un poema didáctico no sirve para instruir en el arte de que trata, por más que este género de poesía esté distinguidamente consagrado á la enseñanza.

No hay libro elemental que no sea más á propósito para aprender un arte que el mejor poema.

El libro elemental comprende todos los principios como que no tiene otro objeto que enseñar. El poema didáctico sólo encierra algunas reglas generales, de modo que venimos á parar en que su principal objeto es deleitar, empezando por admirar al lector con el mérito de la dificultad vencida en la parte técnica, y continuando con agradarle con la amenidad de los episodios, y la dulzura y facilidad de los versos.

El Sr. D. Tomás no sería tan temerario que soltase una proposición tan absoluta, y desde luego lo tendrá por herejía literaria, sacándome algún ejemplo para probar mi error, v. g. el Arte poético de Horacio; pero yo me contento con que me conceda alguna razón, como me la concede en el Prólogo de su poema de la música, en que en la pág. 149, dice que no se hallarán en él sino reglas generales, pero se consuela con que lo mismo sucede á Virgilio en sus Geórgicas.

Así, pues, señor Massón, si en el poema de la música no halla Vd. más de lo que le dijeron Rameau, Rousseau, el *Ensayo sobre la unión de la poesía y la música,* y otras obras escritas por sus paisanos llenas de filosofía, no se desconsuele, que á lo menos hallará todas las delicias de que es capaz la poesía hermanada con la música en un mismo poema, por la amenidad y belleza de la ma-

teria, y por la diestra mano que la trata.

Y si aún eso no encontrase Vd., verá á lo menos la carta del poeta cesáreo, que escribió al autor en elogio de este poema y está impresa al fin del sexto tomo. (1)

Perdone Vd., señor Massón, si le nombro el *Apretón, poema jocoserio,* aún para pedirle humildemente que arranque las hojas en que está escrito.

Su autor, cuando lo colocó en sus obras, se olvidó de que éstas podían ser leidas por gentes de buen gusto, por personas de fina educación: en una palabra, no tuvo presente que un escritor habla con el público y que este público es el personaje más respetable.

(1) D. Tomás de Iriarte sabe muy bien que su poema de la Música no necesita de la carta de Pedro Metastasio para ser el mismo poema por sí sólo lo que será mientras dure en los siglos de los siglos; pero si publica en sus obras la tal carta, y la publica ya por segunda vez, es, según se dice en la nota que la antecede porque no *ha faltado también quien le favorezca con la calumnia de no existir semejante carta.* Los envidiosos dicen que no hay tal calumnia; que todo el mundo cree que Metastasio respondería á las atenciones del Sr. D. Tomás, por mano de su hermano D. Domingo que se hallaba en Viena con un carácter distinguido: que esta es una de las muchas tretas que usan los autorcillos: «Quelques censeurs ont pretendu »qui il y á un peu trop evenements dans le troisieme act »et que la princesse decouvre trop tard dans le quatrieme »les tendres sentimens de son coeur pour son amant; á »cela je reponds que... Ne reponds point, mon ami, car »personne n' a parle ni ne parlera de ta princesse: ta piece »est tombée, parce qu' elle est ennuyeuse, est ecrite en »vers plats, et barbares, ta preface est une priére pour les »morts, mais elle ne les resusciterá pas.»

Si no se olvidó de esto, y creyó que al hallar en Cervantes, en Moliere y en otros hombres célebres algunos ejemplos de esta clase le autorizaba para presentarnos, en una obra literaria, un objeto asqueroso é inmundo, se equivocó groseramente. A más de que hay talentos privilegiados á cuyo mérito se le dispensan ciertas gracias á que no deben aspirar los hombres que no sean de aquella clase superior, debemos advertir que si Cervantes y Moliere hubiesen escrito á fines del siglo diez y ocho, hubieran sabido acomodarse al grado de delicadeza á que hoy ha llegado el buen gusto. A pesar de que Moliere es el cómico de la Francia, hoy chocan ciertas escenas por algunos defectos de este género, que en otro tiempo eran recibidos como gracias y sales cómicas. Así sucede en la Europa culta con nuestro Quijote en *la jamás vista ni oída aventura que con más poco peligro fué acabada.*

Todo esto lo conozco y lo confieso con rubor, señor Massón, mas á pesar de todo, hay un rasgo poético, que estoy por decir, que por sí solo merece el perdón que se le debe negar al poema.

Pintando el poeta la silla que encontró para el asunto que sirve de materia á esta composición dice:

.....Digna... ¿qué digo? si en la urgencia rara
Ni por silla de un Papa la trocara.

Todo el mundo sabe que el gran mérito de este género de poesia consiste en presentarnos los objetos más serios por el lado más ridículo que el poeta ingenioso y bufón pueda hallarles, ó al contrario. De este contraste, de esa oposición de cosas grandes y pequeñas, serias y ridículas, manejado como el buen pintor emplea el claro-oscuro, nace aquella sorpresa que nos mueve á risa, y es uno de los fines del género burlesco. (1)

Supuesta esta verdad, ¿habrá versos comparables á los que acabamos de citar? el contraste que forman la silla de un Papa y... ¡feliz encuentro!

Apenas hay poeta por más que se ejercite en muchos de los diferentes géneros que abraza el arte, que no sobresalga particularmente en alguno de ellos. Para mí está visto que nuestro D. Tomás sobresale con eminencia en el género burlesco. Léase en el tomo 2.°, página 291, la décima disparatada, las de la glosa y las quintillas que se siguen, y verá el lector (si la risa se lo permite) que los contrastes no pueden ser ni más frecuentes, ni de objetos más opuestos entre sí: Orfeo y Jeremías; la casta Susana é Himeneo; Menelao y Faraón; la infanta D.ª Urraca y San Pas-

(1) Véase la traducción del Arte poética junto á su original, tomo IV, p. I, y los cuatro primeros libros de la Eneida de Virgilio, al lado dė su traducción, tomo III.

cual Bailón; Garibay y Zacarías, cantando el cumbé al son de las letanías, etc., etc. ¡Qué lástima que se le quedasen al poeta en el tintero la Academia de las ciencias y el convento de San Gil!

Sólo un envidioso podrá negar el mérito de estos versos, y en verdad que no falta quien diga que esta mezcla de sagrado y profano hace un maridaje miserable, que pudiéndolo excusar, el no hacerlo ó es malicia ó es pobreza de imaginación. Lo primero, yo respondo que no: don Tomás es un ángel: la misma malicia, la misma culpa habrá tenido en ello, que Francklin en suscribir á las obras de Iriarte. Pobreza..........eh......... pase. Lo cierto es que teniendo una legión de dioses ociosos, que no esperan sino á que los poetas se sirvan de ellos, debía nuestro don Tomás haber dejado en paz á *la silla del Papa,* á *Jeremías,* á *la casta Susana,* á *san Pascual Bailón,* á *san Carlos Borromeo,* á *santo Tomás,* á *san Crispín,* á *santa Inés,* á *santa Sinforosa, al patriarca Noé, al santo Rey David,* á *san Miguel,* á..........

Si yo hubiero sido don Tomás, y me hubiese querido ejercitar en el maldito género burlesco haciendo, por ejemplo, una décima que sirviese para ser glosada, hubiera pintado en ella á Neptuno en medio del inmenso Océano, cascando nueces con el tridente y la con-

cha.—Como ni á este género de poesía se le dispensa de la ley general del *utile dulci* que impuso Horacio aun á las décimas y quintillas disparatadas, sacaría yo la parte del *deleite,* de la harmonía que necesariamente había de resultar del ruido de las olas y del cascar de las nueces, y la parte de la *utilidad,* de las nueces cascadas, sin cuya diligencia no pueden comerse. Aquí haría yo una llamadita para una nota en que vertería mi erudición y parte de mis conocimientos de Historio natural. Es cierto (diría en ella) que las nueces no se pueden comer sin cascarlas primero; pero sin embargo se las dan enteras y verdaderas á los pavos, empapujándolos con ellas para que con este cebo engorden prodigiosamente (1)

En lo que no estuvo feliz el Sr. D. Tomás fué en los epigramas: no me ciega la pasión; léalos Vd., señor enciclopedista. A pesar de esta verdad hay en ellos cierta cosa encubierta que hace honor á su autor, salvo lo poeta.

En los epigramas III y XII se sirve el señor Iriarte de dos bizcaínos. El bizcaíno del número III, sale graduado de cabalgadura, y el del número XII queda canonizado de borrico.

Entre ciertas gentes, es muy antigua la gracia de honrar á los bizcaínos cen el epíteto de

(1) Véase la nota del epigrama XII pág. 288.

borricos; pero no la de autorizar semejante estilo un escritor público de la clase del señor D. Tomás. Me dirán que no es más que criticar graciosamente los vicios en que incurren los dos bizcaínos de los epigramas. Sea; pero no á costa de una nación entera. Del epigrama XII se deduce que el que habla bizcaíno rebuzna; el que rebuzna es borrico; luego...

La crítica y la sátira convienen al vicio; no á la virtud ni al mérito.

Así me quejaba yo, no como bizcaíno, sino como ciudadano del universo y amigo de los buenos, pero ¡qué sorpresa! ¡qué satisfacción fué la mía cuando ví plenamente justificado al Sr. D. Tomás!

Como este caballero es de origen bascongado; y por consiguiente participa de las glorias de la patria de sus abuelos, quiso hallar un medio fino y culto para elogiar á los bizcaínos sin incurrir en la nota de apasionado. ¿Qué hizó? ¡peregrino ingenio! se confundió con la baja plebe, haciendo como que les insultaba con el dictado de borricos; pero dejó á la finura y penetración de los entendedores que corriesen este velo, aunque grosero, y descubriesen el misterio.

El llamar borricos á los bizcaínos el autor de las Fábulas literarias es lo mismo que destinarlos á maestros, como que merecen serlo

por muchos y muy justos títulos; *mas no del Parnaso, cuyo Apolo es Iriarte.*

Si usted, señor Massón, necesita de pruebas para persuadirse de que ésta haya sido la intención del señor don Tomás, por carecer usted de testimonios que acrediten el mérito de los bizcaínos para destinarlos á maestros, recurriremos á los hechos. A más de servir éstos para acabar de justificar completamente al autor de los Epigramas, servirán también de fin á mis observaciones, y á usted de noticia, por si acaso quisiese en adelante decir dos palabritas de España, con mejores documentos que algunos de los que ha tenido para formar su artículo.

Como las ciencias exactas han sido conocidas en España en el grado que acreditan las obras de D. Jorge Juan, y las diferentes escuelas que posteriormente se han ido multiplicando, tanto en los cuerpos facultativos como en los establecimientos de enseñanza pública, faltaba sólo para caminar á la prosperidad de la nación que siguiesen este mismo paso las ciencias naturales.

A mediados de este siglo, cuando la aplicación de la Química filosófica al estudio de la naturaleza empezaba á causar en la Europa una feliz revolución en las ciencias naturales, supieron los bizcaínos formar el *Plan de la escuela patriótica,* obra sabia, obra que coteja-

da su fecha con el estado que en aquel tiempo tenían las ciencias en la Europa, será en los siglos venideros la verdadera Apología de nuestra ilustración. Halló tal acogida en nuestro sabio ministerio que la Real munificencia facilitó que se realizasen algunas de las importantes ideas que contiene este vasto plan.

Estableciéronse en Bizcaya cátedras de ciencias naturales, y por este feliz principio tiene Vd. en la nación varios profesores de un mérito distinguido, tanto nacionales como extranjeros, que así nos han proporcionado utilidad y honor en España, como han acertado á conseguir uno y otro en adelantamiento de las Ciencias en los países extranjeros. (1)

(1) D. Luis Proust, catedrático de Química en Bizcaya, fué el discípulo más distinguido del célebre Rouel; ha publicado varias memorias insertas en los diarios de Química: es francés. D. Fausto Luyar, español, publicó una memoria sobre el *Wolfram ó espuma Lupi*, que habiendo merecido el aprecio de los sabios, fué traducida del español en francés, en inglés y en alemán. Este profesor, catedrático que fué de Mineralogía en Bizcaya, hace hoy mucho honor á este establecimiento por el aprecio que merece entre los comprofesores de varias naciones, que se han congregado en Alemania á perfeccionarse con el caballero Horne en el método de amalgamar la plata con el azogue. D. Ignacio Luzuriaga, bizcaíno, discípulo predilecto del célebre Cullén en Edimburgo, publicó una memoria sobre el plomo, que le hizo mucho honor en la estimación de los químicos de Francia é Inglaterra. D. Francisco Chavano, hábil físico en Francia, que después se formó químico en el laboratorio de Bergara, halló en los ensayos químicos de este laboratorio el secreto de depurar la platina, reduciéndola á un grado de maleabilidad que la hace de

De esta reuión de las ciencias exactas y las ciencias naturales, sabiamente protegidas y fomentadas por nuestro ministerio, ha de resultar necesariamente la prosperidad á que aspira la nación, que es la verdadera Apología de ella, y no pequeña gloria á los bizcaínos, que es lo que nuestro ingenioso y modesto D. Tomás quería dar á entender en sus epigramas III y XII.

Queda, pues, elogiado, criticado y justificado el señor D. Tomás Iriarte.

Queda el Sr. Massón prácticamente convencido de que no todos los españoles alabamos todo lo de España, ni todos hacemos Apologías de la salud de un enfermo.

---

la mayor utilidad para varios usos, siendo el más importante el de hacer de este metal los instrumentos matemáticos destinados á las observaciones de la Marina, por no alterarle ningún ácido y resistir á todas las impresiones contrarias á los demás metales. D. Ignacio Zavalo Zuazola, bizcaíno, ha hallado en Bergara el medio de cementar, refinar y colar el acero. La real fábrica de espadas de Toledo se surte de él con preferencia al de Alemania. D. José Luyar y D. Juan Díaz, españoles y profesores de Mineralogía y Metalurgia en Bizcaya, se ocupan hoy en el beneficio de las minas de Santa-Fe, etc., etc., etc. Todos estos profesores se ocupan hoy en la Nación en el fomento de las ciencias naturales, y á más de la estimación justa con que están tratados deben á la Real munificencia el premio de diferentes pensiones desde doce mil reales hasta sesenta mil.

Entre los diferentes caballeros jóvenes que tiene la Marina real, sobresalientes en el estudio de las ciencias exactas, merecen un lugar muy estimable los que han estudiado las Matemáticas en el Real Seminario de Bizcaya.

Y queda, finalmente, la España vindicada, gracias á las obras del Sr. D. Tomás.

B. L. M. de Vd.

Su más atento servidor.

P. S.

Los adjuntos epigramas debiéran haberse impreso á continuación de la carta de Metastasio: se hicieron para el mismo fin que ésta, quiero decir, para servir de elogio del señor D. Tomás y de sus obras, colocándolos en ellas como en otro tiempo se hacía con los sonetos (véase la historia de D. Quijote); pero hemos tenido la desgracia de que no hayan llegado á tiempo á la prensa. Ruego á usted haga cuanto pueda porque no nos llevemos el mismo chasco en la edición que, según noticias, hará luego Didot.

EPIGRAMAS

I

No soy exagerador,
Ni menos voy á adularte:
Más quiero ser suscritor
A tus seis tomos, Iriarte,
Que si me hicieran su autor.

II

A tus obras suscribí:
¡Caras son! dije, Tomás;
Pero después las leí,
Y diera el doble y aún más
Por no ver mi nombre allí.

III

¿Qué importa que la gota
Quiera matarte, Tomás,
Si has logrado ya el hacerte
Con tus obras inmortal?

IV

Mis obras serán las flores
De donde saquen la miel
Las abejas sus lectores:
Esta es la pintura fiel
Que hiciste á los suscritores.

¿Quieres corregir, Tomás,
La pintura sin trabajo?
Pues, amigo, llamarás
Al lector escarabajo
Y á tus obras... lo demás.

V

Yo sé que no ensuciarías,
Iriarte, tanto papel,
Si cuando escribes gritasen
Tomás:—que viene Forner. (1)

VI

Huerta escribe que el Parnaso
Está cubierto de nieve...
—¿La fecha?—el día en que Iriarte
Dió sus obras... Cabalmente.

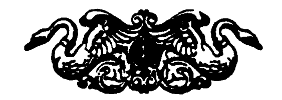
VII

Gran venta hubieran logrado,
Iriarte, tus poesías
En los tiempos de Villegas
De Garcilaso y de Ercilla:
No la lograrán ahora,
Tomás, porque en nuestros días
No tiene ya nuestra España
Como entonces polvoristas.

(1) D. Pablo Forner escribió *Los gramáticos chinos*, papel crítico lleno de gracias y sales: se publicará muy luego y hará más honor á su autor que el *Ensayo del hombre*, por más que en las notas de éste queden avergonzados los señores filósofos antiguos y modernos.

VIII

Tus obras, Tomás, no son
Ni buscadas ni aun leídas,
Ni tendrán estimación
Aunque sean prohibidas
Por la santa Inquisición.



GLOSA DE UN EPIGRAMA DE IRIARTE

Don Tomás de Iriarte, en la página 238 del tomo 2.º de la colección de sus obras, pone la siguiente décima, *contra un vizcaíno autor de unos malos versos castellanos que él llama sáficos y adónicos.*

Por más que en metro latino
Voces castellanas usas
No te permiten las musas
Dejar de hablar vizcaíno.
El rebuzno del pollino
En que el verso se trocó
Que Safo en Grecia inventó,
Hizo que Apolo exclamase:
Caballo (1) en el Pindo, pase;
Pero ¿borrico?..... eso no.

GLOSA

A un vizcaino que leyó
Esta décima, no más,
Tuya, erudito Tomás,
La bilis se le exaltó;

(1) El Pegaso (nota de Iriarte).

Y tanto le disgustó
El epíteto *pollino,*
Que asaz furioso y mohino
Clamó: desvergüenza es,
Por más que diga en francés
Por más que en metro latino.

En vez de dar con gracejo
Una suave reprimenda
Con invención estupenda
Usas un apodo viejo:
Vaya que es rancio y añejo
El dicterio de que abusas;
Nuestras orejas acusas
Cual si fuesen las de Midas,
Por cierto bien comedidas
Voces castellanas usas.

Con primor, con artificio,
Enseñar al que no sabe
Esto en un poeta cabe
Y es muy propio de su oficio;
Pero muda de ejercicio
Desde luego, si reusas
Cambiar el tono que usas
Con el autor mi paisano,
Pues modo tan poco humano
No te permiten las musas.

Parece que has intentado
Persuadir que no se meta
A ensayarse de poeta
En su idioma un vascongado:

¡Oh! lenguaje desdichado
Que ha perdido tal padrino,
Ya será gran desatino
Presumir que para ser
Buen poeta es menester
Dejar de hablar vizcaíno.

Las fábulas que te dieron
Bastante que cavilar
Para poder imitar
Otras que te precedieron, (1)
Tu concepto desmintieron,
Pues demuestran imagino
Que según se dé destino
A las cosas, se hallará
Que alguna vez convendrá
El rebuzno del pollino.

Hay mucho bueno en tus obras,
Todo el mundo lo dirá,
Pero también convendrá
Descartar algunas sobras;
Y pues el aplauso cobras
De cuanto bien te salió
Esta vez amigo no,
Pues del burro la trompeta
Te hizo dar una volteta
En que el verso se trocó.

En la décima corriente
En que dejaste en olvido

(1) Aquí se ve claro el despecho de Samaniego por la preterición de don Tomás al publicar su colección después de la de aquél. (J. A.)

Cómo había merecido
Tan mal trato el penitente;
No sé si oportunamente
Tu erudición se ostentó
Doyte muchas gracias yo
Y á la musa que te sopla,
Que así sé cuál es la copla
Que Safo en Grecia inventó.

En el Parnaso leyeron
Tus versos disparatados
Y por buenos y acertados,
Casi todos los tuvieron.
Algunos contradijeron
Niñerías de esta clase,
Y para que no pasase
Adelante aquel rumor
La música en tu favor
Hizo que Apolo exclamase.

El que en los poetas note
Lo flaco y lo macilento
Encontrará en más de ciento
El retrato del Quijote:
Así nada te alborote,
Si tu musa se enfadase
Cuando un Rocinante hallase,
Pues por cortesía sólo
Creo que diría Apolo
Caballo en el Pindo pase.

Con el asno tu ojeriza
Manifestándonos vas;

Acaso recordarás
De Segarra la paliza.
Esto que tu rabia atiza
También al numen movió
Cuando al (1) vizcaino trató
Por serlo, (2) de aquella suerte;
Pues sepa Apolo que es fuerte
Pero ¿borrico?..... eso no.

(1) (2) Por errata, indudablemente, pone en el original *el* por *al*. En cambio al trascribir esta décima el señor Cotarelo, cometió la errata de poner *serio*, en vez de *serlo*. (J. A.)



PARODIA

DE

GUZMAN EL BUENO

Soliloquio, ó escena trágico-unipersonal, con música en sus intervalos

---

La respuesta de MI TIO *sobre lo que verá el curioso lector, publicada contra la voluntad de su merced, con licencia, año 1792.*

15 de marzo de 1792.

Mi querido sobrino: Conque porque yo tenga un humor festivo y un genio franco ¿he de ser bueno para responder al apologista de la ópera italiana, autor del *Discorso confutativo*, anunciado en la última Gaceta núm. 17? No faltaba ahora sino que yo saliese de mi pacífico rincón á hacer el Quijote y emprender á cuchilladas con toda la máquina del buen maese Pedro, hasta no dejarla títere con cabeza.

No, señor, no es cosa de eso. Yo leo mucho,

es verdad; escribo críticas, hago apologías: pero quemo mis papeluchos sin dar lugar á caer en la tentación de publicarlos. Confieso que me privo del gustazo de que alguna vez me elogien; pero también me libro del sinsabor de que muchas me satiricen. Vivo tranquilo; y estimo demasiado mi salud para quebrantarla en camorras literarias. Más quiero hacer una buena digestión que un buen libro ó que escribir la mejor apología. Esta es mi filosofía, este es el fruto de mi estudio y experiencia, ¿y crees que pudiera sacarme de tan sano sistema el *Signor Confutatore* con su *Discorso Confutativo?* ¡Pobre sobrino!

Lo que haré de muy buena gana, sin perder mi saludable reposo, es responderte y aconsejarte.

¿Has hecho el desatino de meterte á escritor público? Pues ya no hay más remedio que conformarte con tu suerte.

Desde que en letra de molde
sale á lucir un poeta,
en pagándole sus coplas,
ya es esclavo de cualquiera. (*)

¿Has publicado tu libro y te lo han critica-

(*) Dés que l' impression fait éclore un poete
il est esclave né de quiconque l' achete:
il se soumet lui méme aux caprices d' autrui
et ses ecrits seuls doivent parler pour lui.
(Boileau: Sat.)

do? Pues calla: no te metas en el laberinto polémico: si la crítica es justa no hay respuesta, y si no el libro está respondiendo.

A los caprichos ajenos
voluntario se sujeta;
y solamente sus versos
abogan en su defensa.

¿Te quejas de que no te critican, sino que te insultan por haber dicho la verdad? Pues ármate de paciencia; y has de saber que las verdades tienen su tiempo como los melones y los nabos, y que en unos climas maduran antes que en otros. Si hubieses tenido presente este principio, hubieras esperado á mejor ocasión para estampar en tu discurso sobre el estado actual de nuestros teatros, que el establecimiento de la ópera en Madrid ocasionará que vayan cada día en mayor decadencia. Hubieras esperado á que los aficionados del pomposo espectáculo de la ópera, de sus magníficas decoraciones, de sus maravillosas máquinas, de su numerosa orquesta, de sus ricos trajes y de todo su soberbio aparato, hubiesen vuelto de su primer éxtasis; y entonces hubiera sido el momento oportuno de decir la verdad, cuando ya hubieses observado que algunos menos niños empezaban á fastidiarse del carro del sol, de los truenos, de los relámpagos, de las olas del mar, y, en

fin, de frecuentar un país, cuyos habitantes, tristes ó alegres, sanos ó enfermos, mansos ó furiosos, siempre cantan ó siempre bailan, sean Reyes ó sean Roques, sean dioses ó sean demonios colorados.

Me replicarás que ya no era tiempo de persuadir al público una verdad que comenzaba á demostrarse por sí misma. Te engañas. Cuando la enfermedad apunta á hacer crisis es precisamente el instante en que el arte debe ayudar á la naturaleza, y no así como quiera, sino con todos los auxilios á que haya recurso; pues muchas veces no alcanzan.

No alcanzan, querido mío; dígalo la cultísima Italia, que en esta parte nos ofrece el más lastimoso ejemplo. En ella se ha declamado á favor de la comedia: que el establecimiento de la ópera fué en sus principios la época de la corrupción y de la decadencia de su teatro: que aun en el estado actual de ella, es decir, aun con el auxilio de los Apóstolos Zenos y de los Metastasios, ha influído é influía la ópera de tal modo en los demás teatros de Italia, que se ha perdido toda esperanza de que el buen gusto vuelva á ellos ni la majestad del verdadero heróico, ni la decencia de la sana comedia. Así se ha estampado solemnísimamente en los escritos públicos (1): mas, sin

(1) Carta del caballero Janetti, veneciano, sobre el origen, progresos y estado actual del teatro italiano, cuyo

embargo, la comedia se está en manos de los charlatanes para diversión de un populacho, que no aspira sino á que le hagan reir con gestos indecentes, y queda contento con tal que cada acto acabe por una paliza de arlequín y cada comedia por dos casamientos.

De todo lo cual inferirás que no solamente es menester un tino delicado para meterse un hombre á decir verdades con utilidad, sino que á veces también es necesario que se reunan mil esfuerzos, que no dependen de los escritores, para que sean generalmente recibidas.

Suponiendo que yo respondería al *Signor Confutatore*, me encargas que, para darle á conocer la imparcialidad de mi pluma, me esmere en elogiar la música italiana. Si yo fuera hombre de escribir para el público me guardaría bien de incurrir en tal preocupación. No me contentaría con remitir á mis lectores á que se instruyesen en la materia con las lecciones de los *Arteagas*, de los *Gravinas* y otros escritores, que han sabido considerar este arte y tratarlo filosóficamente, sino que me tomaría la licencia de añadir mis observaciones y demostrar con el auxilio de los que me han servido de maestros que no ha habido ningún autor italiano, aun comprendiendo á

extracto forma todo el artículo *Teatro italiano* de la Enciclopedia Metódica. Gramática y Literat. Tomo III. Parte II.

los *Pergoleses* y á los *Leos,* que hayan sabido aplicar las reglas del arte á la perfecta imitación de la naturaleza, ni siquiera hayan conocido el principio de la *unidad de melodía,* sin el cual no es posible seguir los pasos de naturaleza, á no ser por instinto. Diría algo del caballero Gluck con relación á sus composiciones y á sus principios, y me lisongeo de que no serían despreciables mis observaciones. Mas como todo esto es contra mi propósito, habrás de contentarte con que apunte aquí algo de lo que dice el abate Gravina, hablando de los maravillosos efectos de la música de los antiguos. Dice, pues, este escritor de delicado gusto, y cuyo dictamen no nos recusaria el *Signor Confutatore,* que la música italiana no es otra cosa que un ruido comparable al canto de las aves, que, sin expresar idea ninguna, nos gusta en cuanto hiere agradablemente nuestros sentidos; que así, en lugar de expresar é imitar el sentido de las palabras, lo enerva y le quita toda semejanza de verdad; que de este modo sólo agrada á las personas *cuyo gusto jamás consulta á la razón,* y, finalmente, que es todo semejante á las pinturas de los chinos, que, sin imitar en nada á la naturaleza, agradan por la viveza y variedad de sus colores.

Confesemos, no obstante, que cuando escribió Gravina, ignoraba el portentoso suceso

entre el *Signor Confutatore* y la señorita inglesa, y el *Miserere* de Pergolese, graciosamente contado en su *Discorso Confutativo,* página XXX. (1)

---

(1) Como el *Discorso Confutativo* yace ya probablemente olvidado en el maremagnum en que se sumergen los folletos, daremos, aunque algo largo, traducido aquí este trozo, que tiene su tanto cuanto de ridículo. «Hace algunos años, dice el confutator, me paseaba un Jueves Santo, cerca de la hora de sexta, por el tan celebrado Museo Clementino. Y mientras contemplaba extático las producciones de los cinceles griegos, latinos y modernos italianos, reflexionaba sobre la fuerza intrínseca de un arte imitativa, que, reduciendo una informe piedra á imitar las más nobles producciones de la naturaleza, hace olvidar al que la mira la esencia en gracia de la forma y le fuerza á sentir aquellas pasiones que con sólo externas apariencias ha comunicado el artista á la insensible materia; veo á mi lado una señorita inglesa, también ella curiosa y sagaz observadora, que se volvió á mirarme y me vibró una ojeada bien diversa de las que prodigaba á los Apolos y los laocontes. La sorpresa, la benigna y locuaz mirada, la bellísima figura, que dejaba chiquitas á todas las Venus y Dianas allí coleccionadas, me encendieron el juvenil y tal vez demasiado sensible corazón de un cierto y tan extraño fuego, que, haciéndome olvidar cuanto de bello tenía delante, me impulsó con imperio á sólo ver y observar á la bella inglesa. Deja ella entretanto el Museo, abandona la Biblioteca y se introduce en la Capilla Sixtina para oir el conocido *Miserere* de Pergolese; pero sin dejar de mirarme y yo le pagaba también con miradas férvidas y elocuentes. Púseme al lado de ella en cuanto lo permitía el numeroso y vario concurso, y siento al poco que el órgano comenzó á trasmitirme los melodiosos tonos, hiriendo el aire con sus vibraciones. No conocía sino de fama el referido *Miserere;* y estaba bien lejos de imaginarme el efecto extraordinario que me causó. Comenzaron las concordes y patéticas voces de los cantantes á resonar en mi oído y á comunicarse á mi corazón con no sé qué flébil y encantada sorpresa, que, olvidando el lugar en que estaba, las personas allí presentes y hasta la bellísima inglesa, me

Me dices que desprecie la crítica que hace el *Signor Confutatore* de algunas de nuestras comedias, crítica tan vieja y tan zurrada como la de los espíritus acres del teatro inglés, y las maravillosas extravagancias de la ópera italiana: convengo. Añades que no haga caso de sus observaciones sobre las demás piezas modernas; pues en ellas acredita el *Signor Confutatore* que en este género no posee la ciencia analítica, (1) pero me suplicas de lo

siento arrebatado de una tierna conmoción, que me tiene como suspenso y fuera de mí cuanto duró el harmonioso concierto vocal, y de tal manera ocupó mis sentidos que, terminado, no pensé en otra cosa que en volver á mi casa. Mucho tiempo estuve sin que se disipase de mi espíritu el prodigioso efecto de la música, y sólo entonces volví á pensar en mi bella inglesa, cuyo casual encuentro no fué del todo perdido; pues, por seguirla, adquirí una noticia más cierta de la influencia de la música, y tal vez de la sensibilidad de mi corazón. Ahora, dígame el señor traductor, que habla con tanta indiferencia de la música, si puede darse prueba más evidente, más incontestable de su preeminencia entre las artes imitativas y de su despótico dominio sobre el corazón humano. La escultura, arte imitativa también, me sorprende con sus imitaciones, mientras la vista de una hermosa joven no me saca de la sorpresa y me transporta á la admiración de la belleza viva, que veo, y al deseo de poseerla. Todos los seres vivientes saben, por haberlo experimentado, cuánta fuerza tenga este deseo; y, sin embargo, un harmonioso concierto tiene fuerza no sólo para lanzar de mí el concebido deseo, sino para borrar de la férvida mente la idea de la persona deseada. He aquí lo que puede la bien concertada música vocal, etc.» Parece imposible que esto se escriba en serio. —(Nota de Navarrete).

(1) Es tal la modestia del *Signor Confutatore*, que no parece sino que está empeñado en hacernos creer en todo su *Discorso* que es un solemnísimo ignorante: hace como

intimo de tu corazón que haga la apología del *Soliloquio de Guzmán el Bueno,* injustamente criticado por el *Signor Confutatore:* en esto no convengo.

Es cierto que tenemos un teatro desarreglado: pero también lo es que á pesar de los Calderones, los Castros, los López de Vega y otros, cuyo talento dramático ha servido á los ilustres Corneilles, Molieres y Voltaires; á pesar, digo, de su fecundidad y fuego, hemos sabido hacer justicia á su mérito, sin perdonar sus desarreglos en las repetidas críticas, que les han hecho nuestros escritores. En esta parte hemos sido más imparciales, por no decir más filósofos ó más ilustrados, que los sabios extranjeros (1), de los cuales unos han querido más declamar contra las reglas del arte que confesar los defectos de sus dramas, otros han elogiado la moral más corrompida de su teatro, y aun hay quienes defienden á sus Arlequines y sus pantalones, como si fuesen personajes que existan en la naturaleza. ¿Por qué, pues, hemos de juntar ahora á la nota de dramáticos desarreglados

que no sabe ni proponer, ni dividir ni probar, ni concluir, ni criticar, ni elogiar; y llega á tal extremo, que en la página CXXXVI, donde dice *catena* al singolare, é *cingone* al plurale, nos quiere persuadir que no sabe los rudimentos de la gramática. No apruebo tanta modestia.

(1) No hablemos de los franceses: debemos mirar su teatro como mansión del dios de la poesía dramática.

la de jueces ignorantes ó apasionados en la materia, sin más interés que el de hacer la apología de un capricho de uno de nuestros ingenios, que, por otro lado, no necesita de su Guzmán para conservar eterno su buen nombre entre los mejores poetas del siglo XVIII? Pienso tal al contrario, que voy á hablarte con franqueza en el asunto: pero quédese entre los dos.

Apenas leí el *Soliloquio de Guzmán el Bueno,* exclamé: ¡perdidos somos! El maldito ejemplo de Pigmaleón, perdóneme su mérito, nos va á inundar la escena de una nueva casta de locos. La pereza de nuestros ingenios encontrará un recurso cómodo para lucirlo en el teatro, sin el trabajo de pelear con las dificultades que ofrece el diálogo. Cualquiera poetastro elegirá un hecho histórico, ó un pasaje fabuloso, ó inventará un argumento; extenderá su razonamiento, lo sembrará de contrastes, declamaciones, apóstrofes y sentencias, hará hablar á su héroe una ó dos horas con el cielo ó con la tierra, con las paredes ó con los muebles de su cuarto; procurará hacernos soportable tal delirio con la distracción de *allegro, adagio, largo, presto,* con sordinas ó sin ellas; y se saldrá nuestro hombre con ser autor de un soliloquio, monólogo ó escena trágico-cómico-lírica unipersonal.

Esta idea me hizo tomar la pluma al mo-

mento y poniendo delante á *Guzmán el Bueno*, sin más que seguir su soliloquio, y variar ó quitar ó añadir lo conveniente á mi objeto, hice mi parodia: leíla, y me pareció una bagatela que podía bastar á cortar los progresos de la monologuimanía, que iba á dominar á nuestros autorcillos. Sin embargo, por no salir de mi sistema, quemé este papelucho, como todos los demás partos de mi ociosidad; y el señor *Guzmán* tiene ya sus monologuitos volando por esos mundos y tendrá dos mil, porque su casta se propagará con otra facilidad que la de *El Viejo y La Niña.*

Considera por tu vida, cuán lejos estoy de hacer la apología del tal soliloquio. Me arrepiento de haber quemado mi parodia, y ya que no he querido complacerte ni en responder al *Discorso confutativo,* ni en criticar la ópera italiana, ni en elogiar la música de ésta nación, ni en defender el mérito del soliloquio, quiero divertirte acabando esta carta con los fragmentos de la parodia que conservé en mi memoria: será una cosa incompleta, no guardará el orden necesario; perderá algunas veces aquella ligazón precisa en la unión de todas sus partes, unas esparcidas confusamente en mi memoria y otras que no existen en ella; pero de todos modos no faltará su prólogo, ni dejará de envolver en sí alguna cosa de aquella justa crítica que debiera ser

el fin de toda parodia: léela conforme saliere, y quémala luego, como te pide encarecidamente—TU TIO.

P. D. Perdona, querido mío, que no te haya contestado al capítulo de quejas contra el *Signor Canfutatore*, porque te trata de ignorante, idiota y miserable. Los italianos son superlativos en expresiones de urbanidad y cumplidos. Cuando el buen *Signor* te ha dicho en lengua toscana *ignorante, idiota* y *miserable*, es prueba de que estas voces en este idioma son otras tantas expresiones de atención y respeto. Los términos de las lenguas, dice Despreaux, no siempre corresponden los unos á los otros: muchas veces un término griego muy noble no se puede expresar en francés sino con otro muy bajo. Lo cierto es, dice Rollín, que Homero usa las voces *caldera, marmita, grasa é intestinos*, que no sufriríamos á nuestros poetas ni aun á nuestros oradores. Y lo cierto es, que los cultísimos italianos usan términos en cuya comparación son muy nobles la *grasa* y los *intestinos*, y sin embargo los usan elagantísimamente, mientras las demás naciones civilizadas no los sufren en sus respectivas lenguas ni entre la más baja plebe. Así, querido, no culpes al atentísimo y urbanísimo *Signor Confutatore*, sino á tu falta de erudición.

GUZMÁN, EL BUENO

SOLILOQUIO Ó MONÓLOGO

Ú

ESCENA TRÀGICO-CÒMICO-LÍRICA UNIPERSONAL.

NUEVA EDICIÓN

corregida, aumentada, variada, suprimida para mayor instrucción de los monologuistas.

RIDENDO CORRIGO.

NO DEJEN USTEDES DE LEER ESTE

PRÓLOGO

O nos entregas la plaza ó degollamos tu hijo, dijeron los moros á Guzmán el Bueno, que mandaba á Tarifa. Este bravo soldado no les da otra respuesta que arrojarles su propio cuchillo desde el muro al campo. Retírase á comer, oye gritos: levántase de la mesa, acude al muro, ve el sacrificio de su hijo, y se vuelve á continuar la comida, diciendo con serenidad á su esposa: «Crei que asaltaban la plaza.» Este es el *Guzmán* de la historia:

pero como en el soliloquio veo que el señor Guzmán anda algo y aun algos remolón para arrojar el cuchillo, y que la serenidad con que volvió á la mesa, se le convierte toda en tenderse sobre un banco y prorrumpir en suspiros, ayes, lamentos, lágrimas y desmayos, me parece que no habrá inconveniente en que yo con mis correcciones, variaciones, y aumentos haya hecho un Guzmán á mi antojo.

Como es oficio nuevo este de hacer soliloquios, he querido instruirme en la materia, y he hallado en los libros que la palabra soliloquio está particularmente consagrada á la teologia mística: que así llamamos á las meditaciones devotas, v. g., los *Soliloquios de San Agustín*, que los de la escena deben llamarse *Monólogos*. Yo quisiera que en la escena no hubiese ni el nombre ni la cosa, supuesto que los mismos libros que han hablado del soliloquio dramático, nos dicen, que no hay una cosa más contraria al arte y á la naturaleza que los tales monólogos.

Mas ya que está hecho el que yo acabo de corregir, léase en hora buena, y sepa el curioso lector, que los versos que llevan las dos comitas son los míos.

APÉNDICE

I

ALGO DEL FABULISTA

De doce conferencias pronunciadas en 1870 en el Ateneo de Vitoria acerca de la historia del apólogo, de algunas notas puestas más tarde á estas conferencias, y de otros varios discursos dichos en el mismo centro, según se presentaban las circunstancias, referentes casi exclusivamente á Samaniego, todo publicado en sus tiempos respectivos en la revista *El Ateneo,* hice una nueva y definitiva tirada en 1889, que formó gran parte del tomo I de mi *Colección de discursos y artículos.*

Pero de lo que siento una verdadera comezón (por no haberme ocupado nunca en ello) es de que hayan quedado fuera del plan de este libro dos materias que tampoco fueron tratadas por el sabio D. Eustaquio, á saber. 1.ª Bibliografía de los apólogos de Samaniego: 2.ª Recapitulación de los principales elogios que en tal concepto se le han tributado. Me contentaré, pues, con decir: cuanto á lo pri-

mero, que son infinitas las ediciones que de sus fábulas se han hecho y siguen todos los días haciéndose, y por lo que hace á lo segundo, que podría formarse un tomo de grandes proporciones, copiando lo más importante y lisongero que de él se ha escrito, comenzando desde el mismo año de la publicación de sus primeras fábulas (Valencia, 1781). (1) Contaré, sin embargo, dos anécdotas, una de la época y otra moderna, por la curiosidad que encierran.

En el número 318 (12 Diciembre de 1789) del *Correo de Madrid,* antes de los *Ciegos,* correspondiente al tomo VI, hay un extenso elogio del fabulista vasco, escrito por un francés, (á juzgar por la índole y número de los galicismos que contiene); el cual elogio no es sólo de la propia cosecha del crítico, sino que contiene además trozos de un diario transpirenaico que dan idea del grande aprecio con que se acogió á Samaniego en el vecino reino. Pero héteme aquí que á los pocos días, en el número 330 (2 de Enero de 1790), sale un

(1) D. Martín Fernández de Navarrete habló ya con elogio, á los 17 años de edad, dirigiéndose en carta á Iriarte, de las fábulas de Samaniego, al año siguiente de publicarse *(Iriarte y su época,* de Cotarelo, p. 556.) Posteriormente, en sus *Opúsculos,* hay un paralelo entre Iriarte y Samaniego, en que éste lleva la mejor parte. *(Colección de opúsculos de D. Martín Fernández de Navarrete,* por sus nietos D. Eustaquio y D. Francisco. Madrid, 1848. *Carta á D. Félix Munive.)*

flamante impugnador, no tanto de D. Félix como de todos los fabulistas modernos, diciendo que en ocho años habían llovido poetas de esta clase en España y que ninguno valía para descalzar á Esopo. Lo raro es que el tal impugnador debía de ser paisano nuestro, es decir, del mismo Samaniego, si es que podemos dar alguna significación á la firma adoptada, que era *D. Sancho de Azpeitia*. Mas no quedó sin réplica tal impertinencia, pues á los pocos días, el 17 de Febrero (núm. 337) salió un encubierto paladín, llamándose *El Aplicado*, que tras de defender al poeta riojano y demás fabulistas modernos, se metió él mismo en el gremio, describiendo desde entonces en dicho *Correo* muchas fábulas.

La otra impugnación á nuestro fabulista, última de que tengo noticia, la emprendió en 1874 en las columnas de la *Ilustración Española y Americana* el Sr. D. Isidoro M. Navarro en un prolijo trabajo en el que á vueltas de probar que en todas las colecciones de apólogos se encuentran muchos absurdos, otros faltos de lógica, no pocos contradictorios y algunos peligrosísimos para los niños, hace una pepitoria, que él considera muy conducente á sus propósitos, de hasta docena y media de las fábulas de Samaniego. Oportunamente tuve ocasión de rebatir uno por uno todos esos argumentos y de vindicar debida-

mente al primer fabulador español, á quien algunos otorgan la superioridad aun sobre el mismo Lafontaine. (1)

(1) Tampoco á éste y á su género predilecto le han faltado observaciones y reparos de Voltaire, Rouseau, Lamartine, etc.



APENDICE II

Las fábulas consideradas como enseñanza moral.—Defensa de Samaniego contra las impugnaciones de D. Isidoro M. Navarro. (1)

Leyendo pocos días ha en *La Ilustración Española y Americana* un artículo del distinguido cuanto misterioso doctor Thebussem con el chistoso título de *Muestrario de fábulas fabulosas*, vínonos á las mientes instantáneamente el recuerdo de otro trabajo sobre la moralidad de las fábulas, que en días para nosotros de triste recordación apareció en las columnas de la misma revista ilustrada, firmado por el señor D. Isidoro M. Navarro. Y, en verdad, que á no haber coincidido la publicación de los artículos del último con el inmenso dolor en nosotros producido por una de esas pérdidas de familia verdaderamente irreparables, no hubiéramos dejado pasar la

(1) Este trabajo se publicó por primera vez en *El Ateneo*, revista vitoriana, t. IV, 1876.

ocasión, hace dos años, de romper una lanza con el denodado impugnador de un género literario, cuya historia tenemos bosquejada en *El Ateneo*.

Mas, ya que la oportunidad de nuestra réplica haya desaparecido, y con ella tal vez el mayor acierto de la impresión primera, sirva de compensación el que podamos enderezar estas ligeras observaciones, desde el mismo campo en que tenemos sembradas nuestras ideas acerca del apólogo; cuando en 1874 nos hubiéramos visto precisados á ampararnos de ajeno techo, dado que en aquel entonces el Ateneo se hallaba en vacación forzada, enmudecido al horrísono estampido del cañón, órgano de la fratricida lucha felizmente terminada.

Y con esto, y á fin de que las ideas vertidas por el señor M. Navarro acerca del apólogo en su aplicación á la infancia, queden, si no rebatidas, colocadas al menos en un terreno menos exagerado—una vez que no tenemos noticia de que ninguno de los ilustres apasionados contemporáneos del apólogo nos haya relevado de esta tarea—pasemos á desvirtuar, en la escasa medida de nuestras fuerzas, los argumentos del colaborador de *La Ilustración* contra la lectura de fábulas por los niños.

Ni desde el punto de vista de los principios estéticos en que descansa el subgénero fabu-

lístico, ni por lo que mira á la autoridad, dirige sus ataques al apólogo el Sr. Navarro: antes bien afirma que literariamente nada tiene que decir de él, y desestima el auxilio que recabar pudiera en su tarea de la opinión de alguno que otro crítico ó pensador, que á través de los tiempos haya coincidido con sus apreciaciones en este punto. Renunciamos, por tanto, á defender el legítimo lugar que á la fábula corresponde en el organismo poético, y al fácil expediente de poner delante de sus ojos los mil y mil estéticos, filósofos y poetas que han reputado las fábulas como el medio mejor para imbuir en la moral á los niños, en frente de tal y cual humorista, *rari nantes,* que hayan sostenido lo contrario.

Concretándonos exclusivamente al asunto que señala el primer enunciado del sumario de este artículo, que es el mismo adoptado por el Sr. Navarro, comenzaremos por afirmar que ó este señor no ha condensado bien su propósito ó se ha apartado de él sin darse cuenta.

En efecto, ni sus razones se enderezan á demostrar la ineficacia ó inmoralidad absolutas del apólogo, ni aun siquiera restringe debidamente este propósito con aplicación á los niños. Unicamente, á vueltas de algunas gratuitas y vagas aseveraciones, arranca algunas hojas del primero y más popular de nuestros

fabulistas, el insigne Samaniego, y sometiéndolas á caprichosa presión, extrae el zumo de inmoralidad que en ellas cree encontrar. A este fin converge en definitiva el trabajo del Sr. Navarro, por más que él se propusiera dirigir su objetivo hacia más altos fines.

Nuestra casi exclusiva tarea se halla, pues, reducida á reivindicar el acierto del gran fabulista alavés en la adopción ó invención de algunas fábulas, desde el punto de vista de su aplicación á la infancia.

Comienza el escritor á quien impugnamos por considerar que la moral evangélica es tan clara y sencilla, que para enseñarla á los niños no necesita disfraces ni distingos.

Nosotros creemos lo contrario, siguiendo al divino Fundador del Cristianismo, pues si no hay necesidad, hay sí alta conveniencia en el procedimiento; ni, por otra parte, es sólo moral lo que se enseña en las fábulas.

Ahora bien; ¿consistirá la diferencia de nuestras opiniones en este punto en que en el párrafo á que aludimos no se distingue debidamente el requisito de toda instrucción—sea meramente moral ó científica,—de revestir el carácter de educadora? Antójasenos que sí. De otra suerte no aparecería tan insoluble para el Sr. Navarro la disyuntiva de *si conviene cultivar y desarrollar los impulsos generosos que germinan en el alma del niño, ó si es*

mejor acallarlos y sofocarlos, anticipándole la desconfianza y preparándole para los desengaños. ¿Y es éste el hallazgo que echa de menos en las fábulas el Sr. Navarro, según lo manifiesta explícitamente en los subsiguientes párrafos? Con tan absolutas premisas no es extraño que no agrade á dicho señor ninguna de las colecciones de fábulas hasta el día conocidas. Precisamente lo que aquí se considera un defecto lo reputamos como indispensable requisito. En efecto, las invenciones fabulísticas que tuviesen por exclusivo objeto *dejar crecer y desarrollarse, ayudándolos, los buenos sentimientos de la infancia,* tenderían indudablemente á su *instrucción moral;* mas dejarían al niño inerme ante las vicisitudes y tráfago del mundo. Si, por el contrario, se le enseña sólo á evitar las *emboscadas de la guerra de la vida,* (que son las dos tendencias legítimas del apólogo reconocidas por el Sr. Navarro) se le convertirá en cauteloso y prudente, pero quedará ayuno de sentimientos de puro desinterés y enseñanza instructiva. No: precisamente ese *eclecticismo* que el escritor á quien impugnamos rechaza en el apólogo, lo consideramos de todo punto indispensable, sin que desconozcamos que el *eclecticismo* de que se habla se refiere principalmente á las contrarias moralidades que pueden desprenderse de las varias fábulas de una colección. Pero si bajo

de la disyuntiva del Sr. Navarro, y aplicando el escalpelo de escrupuloso anatómico, advierte esas aparentes contradicciones; á la luz del doble requisito que exigimos á las fábulas de la infancia, la moralidad y el enseñar á vivir, pueden desvirtuarse esas antitéticas moralidades y hacerse aplicaciones diversas, pero no opuestas entre sí.

Se pretende también, en el trabajo que á la vista tenemos, que el niño no es capaz de esta debida distinción, sólo dable *en la edad viril, en que la inteligencia ya madura puede discernir lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto, lo lícito de lo vedado, lo moral de lo inmoral.*

Pues tan paladinamente acordamos nuestro asentimiento con tal doctrina que, si en este punto colocásemos la cuestión, no existiría, aquí podíamos hacer punto final. Tanto valdría, en efecto, el pensar de otra manera, como el desconocer que mil y mil utensilios que el niño maneja, ó por mejor decir, todos los medios que se le proporcionan para su alimento, su instrucción ó sus juegos puede convertirlos en su propio daño y en el de los que le rodean. Mas todo esto lo único que prueba es la exquisita vigilancia que reclama la educación infantil y el gran esmero con que deben corregirse y *sofocarse los instintos crueles de la primera edad,* como manifiesta el señor Navarro, ilustrando su tierna inteligencia

y modelando su corazón para el bien. De todo lo cual se deduce que no nos oponemos, sino antes bien nos inclinamos, á que los padres ó maestros procuren presentar cada apólogo por su debida faz á los muchachos; no corramos el riesgo de que éstos, por sus escasas luces, se complazcan precisamente en lo que el fabulista reprende. Pero de aquí á que la enseñanza legítima y directa que se desprende del espíritu y letra de las fábulas sea con tanta frecuencia inmoral, insensata y absurda hay inmensa distancia, como lo vamos á demostrar con los mismos ejemplos en que el Sr. Navarro registra tales circunstancias.

Comienza sus censuras el crítico á quien combatimos por las fabulas de *El hombre y la culebra* y *La onza y los pastores.* Respecto de la primera nada se objeta; pero se rebusca una flagrante contradicción entre ella y la segunda; y esa contradicción no existe para nosotros. En efecto, en la primera se despierta en los niños la desconfianza para con los perversos; convenido, y es consejo provechoso; mas como en las reglas de conducta no hay máximas absolutas, por lo que se ha dicho que en el medio está la virtud,—y más que en las fábulas en los refranes se observan este género de contradicciones—se trata de templar el efecto de dureza é intransigencia de los niños para con los malos, que se

desprende del primer apólogo, con una máxima, evangélica precisamente, desenvuelta en el segundo. Tanto da para nosotros decir con la Escritura *haz bien, no sepas á quien,* como afirmar con Samaniego:

Quien hace agravios, tema la venganza:
Quien hace bien, al fin el premio alcanza.

El ir después á escudriñar si la pantera es animal dañino y conviene por tanto darle muerte, asunto es ya que no inquiere el niño y debe prudentemente velarse: de otra suerte ni habría alegoría ni habría fábula posible. El chiquillo que en tales disquisiciones quisiese penetrar acabaría, siendo lógico, por añadir á las explicaciones del crítico el siguiente razonamiento: «es así que la onza es un animal, y que los animales no hablan, luego es mentira que justificase su conducta ante el pastor. Pues váyase V. con patrañas á otra parte, que yo no quiero estudiar ni leer fábulas»; y á este tenor podría aguzar su ingenio para evadirse de toda ocupación que le desagradase: ¿y para cuándo son los azotes? La curiosidad de la infancia debe satisfacerse sólo en ciertos límites; y la lógica literaria no es la misma lógica filosófica, puesto que aquella parte ya de ciertas concesiones, y hay que dejar al escritor de fábulas que presente los hechos por el lado más ventajoso á su propósito.

De otra suerte podría ocurrir que los mismos animales dañinos ó alguien en su nombre, tomasen su revancha y tratasen de demostrar lo justo de sus actos hasta los más perversos. En la fábula de *El hombre y la culebra*, por ejemplo, en la que tan provechosa enseñanza reconoce el señor Navarro, no ha faltado quien haya puesto en boca de la culebra una defensa de su conducta, suponiendo que el hombre recogió la culebra por apoderarse de su hermosa y jaspeada piel. Tal se ve en el diálogo lleno de frescura que forma la fábula quinta del libro segundo de los celebrados apólogos del insigne Lessing, (puestos en castellano por el doctísimo señor Hartzenbuch) y que lleva por título *la niña y la culebra;* la cuál fábula se halla versificada en portugués por el vizconde de Almeida-Garret. Ni sería difícil, con el escalpelo del señor Navarro, hacer funestas aplicaciones de la moralidad que encierran muchos apólogos, parábolas y proverbios bíblicos, pudiéndose, en último término, llevar hasta el infinito cierta clase de investigaciones capciosas ó ilícitas cavilosidades. En este mismo caso, en *La onza y los Pastores*, por ejemplo, si el señor Navarro cree que más bien debió la alimaña haber dado muerte á su *imbécil* defensor que á los que *estuvieron en su lugar* matándola, otro creerá que los verdaderos im-

béciles son los que, proponiéndose dar muerte á una fiera perjudicial, fueron bastante torpes para dejarla con vida, y no faltará blasfemo que quiera culpar al Divino Hacedor por el regalo de tan perversos huéspedes de la tierra como son las fieras, etc., etc.

Son dos, pues, como queda dicho, las moralidades que pueden hacerse entender á los niños como consecuencia de las dos citadas fábulas: pero en vez de reputarse contrarias ó antagónicas, son únicamente complementarias, circunscribiendo ó restringiendo en sentido más humano la segunda la moraleja demasiado categórica de la primera, aunque ambas legítimas y aceptables.

A igual torsión se sujetan las fábulas de *Los dos cazadores* y *Los dos amigos y el oso;* pero, por Dios, señor Navarro; ¿á dónde vamos á parar con sus suposiciones? ¿se desprende acaso de la lectura de *Los dos cazadores,* que llevasen armas mortíferas? ¿no podían ir armados de varetas y liga ó de algún reclamo? Si alguna fábula da lugar á pocos comentarios es ésta, en la que comienza el fabulista diciendo los casos en que queda el hombre arriesgar su vida, y el lobo es á más calificado de *el más horroroso.* Aquí, pues, se trata de apartar á los niños de actos temerarios: en la otra se recomienda el compañerismo, si bien confesamos de buen grado que,

dadas las circunstancias que se pintan en ella, no se desprende bien la moraleja y que Esopo y sus imitadores no han acertado aquí completamente. Pero, después de todo, ¿qué perjuicio, inconveniente ó daño hay en esta moraleja? Si lo que se pide es un acto de abnegación y acaso estéril sacrificio de la vida, en ocasiones tales, el buen sentido es el mejor consejero y el instinto de la propia conservación se sobrepone á otra clase de consideraciones.

Dice, después, nuestro crítico, que lo que principalmente domina en este género de composiciones es la venganza; pero no advierte que el narrador no la recomienda, como puede verse en cualquiera de las que cita, sino enseña que el que mal obra se expone á ella, á manera de castigo providencial. Y todavía dicho señor encuentra preferible el que el fabulista siga inspirando siempre esos instintos vengativos á que en tal cual ocasión (pocas, según supone) vuelva por los fueros de la caridad enseñando moral contradictoria. Ya lo hemos dicho: nuestro modo de ver las cosas en este punto discrepa radicalmente del de el Sr. Navarro, pues que pretende sin duda que una colección de fábulas esté inspirada en principios tan absolutos y constantes como la *Moral* de Epicteto, por ejemplo. Mas nosotros, que no admitimos en los principios pu-

ramente éticos fórmulas casuísticas, consideramos de todo punto preciso el inspirarnos en las circunstancias que nos rodean, tratándose de enseñar el modo de conducirse en sociedad ú otros fines análogos: la moral es una ciencia, un arte la práctica de la vida. Legítimamente se reflejan, pues, en el apólogo llamado *moral* la fijeza de la ciencia, lo mudable del arte: *duplex fabelloe dos est*, se entiende bajo el fin supremó de la poesía, que es la pura belleza.

La acusación con más insistencia dirigida por el Sr. Navarro á los fabulistas, el argumento Aquiles de su oposición á este género literario—en el que coincide con el célebre filósofo ginebrino—es, como ya dejamos insinuado, el suponer que por encima de la moralidad que aquéllos deducen y consignan, el niño escogerá la que le parezca: los demás reparos y observaciones son verdaderas secuelas de tan temeroso peligro. Por eso, aun á trueque de incurrir en repeticiones, volviendo después sobre este mismo punto condensaremos también aquí nuestra defensa, desvaneciendo tales escrúpulos.

Entre los varios ejemplos que á dicho objeto presenta el Sr. Navarro, aparece confusamente, unas veces que el fabulista no ha deducido la consecuencia lógica de su composición, pues á haberlo hecho así, resultarían

aplicaciones inmorales; y en otras, aun reconociendo que la moralidad está bien traída, antójasele al Sr. Navarro que resalta más el papel de algún perverso, por lo que es inevitable que el muchacho se lo apropie á la primera ocasión. En cuanto al primer defecto, si realmente existe y no es hijo de una preocupación subjetiva; si á la luz de una sana crítica se vislumbra esa lógica defectuosa en el fabulista, motéjesele en buen hora; mas en ninguno de los ejemplos de nuestro crítico—fuera del caso que antes hemos notado—reconocemos que legítima y desapasionadamente pueda dirigirse á Samaniego tal reproche y mucho menos agrandado y ennegrecido con las tintas que dicho señor emplea; que ya luego veremos á qué grado llegan.

Respecto del segundo riesgo—que sería la única objeción fundamental, si no fuese quimérica—sólo nos ocurre replicar que el argumento fabulicida que en él descansa, hállase incluído en la categoría de aquellos que por probar demasiado nada prueban; *quod nimis probat, nihil probat,* como decian antiguamente en las escuelas. Con tan escrupuloso criterio, en efecto, ni con alegoría, ni sin ella, habría forma de enseñar nada á los niños: no tratéis, pongo por caso, de apartarlos de la glotonería, pues sólo con que sepan que hay glotones en el mundo, es darles ya

los medios de que adquieran una indigestión.

Y para que no se crea que exageramos, atribuyendo al Sr. Navarro enormidades que no sostiene, escogeremos cualquiera de los ejemplos que le dan motivo para análogas, por no decir idénticas reflexiones: fijémonos en la fábula de *El labrador y la cigüeña,* que nos parece la menos desfavorable para su tesis. Reconoce el crítico que en este cuento se advierte á los muchachos (y de muy elocuente y ejemplar manera, añadimos nosotros) que huyan de las malas compañías: ¿pues no se echa á cavilar en seguida que las cigüeñas no se juntan por lo regular con las grullas (cosa que por un lado la ignoran los niños y por otro hace más enérgica la enseñanza); que el labrador es injusto, ingrato y cruel al confundir al inocente con los malos, y, por último, que el chico también aprenderá á ser cruel é injusto? Y ¿por qué ha de aprender semejante cosa? ¿En qué razonamiento, verso ó palabra de esta fábula se aplaude, atenúa ni comenta la conducta del labrador? ¿O es que pretende el Sr. Navarro que el fabulador vaya dando su opinión ante todos y cada uno de los hechos de sus personajes? A él le basta con presentar unos y otros tales cuales suceden y se dan en la sociedad ó en el arte (verosimilitud), y deducir, ó descubrir tácitamente, la enseñanza que la fábula en-

cierra: de otra suerte se falsearía la índole estética del apólogo y se haría insoportable la intempestiva intervención del poeta. Podríamos explanar esta bellísima fábula con mayor número de comentarios; pero los expuestos bastan á nuestro objeto. Cuando las fábulas son irreprochables, como casi todas las que analiza ó menciona el Sr. Navarro con poco acierto, no es lícito al maestro ni al crítico aventurarse en peregrinas interpretaciones; sino aceptar la deducida por el poeta, ó en otro caso desentrañar la más conforme con su espíritu.

A la alegoría, en efecto, como á todo medio indirecto de expresión literaria, le exigen los estéticos más belleza, más energía que á la expresión directa, más claridad, si se quiere; pero, á cambio de eso, no es dable pedir una verdad ó exactitud matemática, incompatible de todo punto con el lenguaje figurado ó tropológico; máxime si á eso se agregan las tres calidades ó faces relevantes que literariamente y en su esencia ha de revestir una fábula, aparte las condiciones formales, á saber: una narración, exposición ó diálogo con sentido literal, sensible, digámoslo así; otro sentido intelectual ó moral paralelo; y una enseñanza que se desprenda de ambas, pero más inmediatamente de la segunda. Y aquí descansa el error de concepto del Sr. Nava-

rro, que creyendo inspirarse para sus censuras en el aspecto moral, tiene su mira exclusiva en la expresión literal ó directa.

Asimismo debe tenerse en cuenta que el niño, al leer una fábula, no tanto se fija en lo que deja de decir el fabulista, cuanto en el interés de lo que narra: y no podía ser de otra manera, pues llegando ellos á lo moral siempre á través de lo sensible, y de las ideas sensibles recibidas á la deducción intelectual, no se les deja punto de entregarse á las cavilosidades que teme el Sr. Navarro. Síguese, pues, profunda injusticia de concluir, mediante ciertas suposiciones, que si los niños no hacen deducciones funestas y profundamente inmorales de muchas fábulas, quedan ellas, por lo menos, en la categoría de meramente absurdas.

Con lo dicho nos creemos dispensados de seguir defendiendo la moralidad que se desprende de hasta una docena de fábulas de Samaniego, censuradas por el señor Navarro por presentar, en su concepto, un efecto desastroso, merced á ciertas circunstancias que en ellas se ofrecen de relieve; *por más que el fabulista,* dice, *se afane en hacer resaltar el objeto de la fábula, formulándolo en tono sentencioso y escribiéndolo en letra cursiva, para que hiera la vista y la imaginación infantil.*

Mas no podemos prescindir de detenernos

un punto á corregir los extravíos á que la acalorada imaginación del Sr. Navarro y la fuerza de un prejuicio sistemático le conducen, al condensar, en su manía fabulicida, las más peregrinas hipótesis con ocasión de examinar la inofensiva y ejemplarísima fábula de *La cigarra y la hormiga,* calificada por él de la más *imprudentemente inmoral* de todas. Con sentimiento renunciamos—por temor de alargar demasiado este sujeto—á trascribir los párrafos llenos de viveza y entusiasmo en que se rebaja á la más perversa estofa á la mísera hormiga, haciéndose la más entusiasta apoteosis de la cigarra: bastará que indiquemos á nuestros oyentes que haciéndose representar á la primera el papel de usurero sin alma y sin conciencia, personificándose en ella á la avaricia más sórdida, calificándola de tan avarienta como Harpagón ó el padre Grandet y más perversa que ambos; se apellida á la otra *tenor de los bosques, artista de las selvas;* se la compara con Homero leyendo la Iliada, con Paganini tocando el violín, con Mozart ó Rossini arrojando sublimes notas, con Rafael y Murillo pintando, etc., etc. Figurémonos todo esto en un cuadro lleno de animación y de fuego, adicionado con una ardorosa defensa de la caridad como objeto preferente de enseñanza para los niños, con comentarios robustecidos por la autoridad de Jesucristo y San

Vicente de Paul, y se tendrá una pálida idea de las invectivas y alabanzas respectivas, prodigadas á los modestos insectos que figuran en la fábula de Esopo, La Fontaine y Samaniego. Tan extrañas consideraciones, originadas por la sencilla y moralísima fabulita que encabeza la colección del segundo de los fabulógrafos citados, no pueden contestarse en serio: á lo más, formarían un buen episodio de algún poema herói-cómico ó burlesco. Pues ¿qué hubiera dicho el Sr. Navarro (nuevo Anacreonte, que, movido por el fervor religioso de los atenienses, preconizó las excelencias de la cigarra), si llega á fijarse en aquel apólogo de Fedro, en el que la lechuza, molestada por el desapacible canto de la cigarra, no contentándose con el sarcástico *¡que baile!* se desembarazó de ésta matándola? ¡Dios sabe á dónde hubieran llegado sus iras contra la lechuza y el fabulista latino!

No hace ya á nuestro propósito el seguir al Sr. Navarro en el resto de su escrito, en el que, á vueltas de reforzar los ya contestados argumentos, se añaden especies tan gratuitas ó poco pertinentes al principal asunto, como la de que muchas fábulas de las que andan en manos de los niños son más inmorales que los cuentos de Boccaccio ó el *Ars amandi* de Ovidio; que otras muchas por sus asuntos sólo son acomodadas á la capacidad de los hom-

bres, no faltando algunas de tan atrevido matiz político, que en cualquiera otra forma desenvueltas no se hubiera tolerado su publicación, etc., etc.

***

En conclusión: lo que más resalta en la crítica de D. Isidoro M. Navarro contra la moralidad de las fábulas es su espíritu de indecisión y falta de fijeza en sus opiniones en cuestión. Presentándose, en efecto, como sostenedor, en principio, de que el apólogo es un género literario peligroso para la infancia, aparece en otros momentos—tal vez influído por los gratos recuerdos de su primera edad—como lamentándose de que las colecciones hasta ahora publicadas no reunan ciertos requisitos, entre los que echa principalmente de menos la consecuencia, con los que no habría inconveniente en ponerlas en manos de los niños. Por nuestra parte opinamos con La Fontaine que

Une morale nue apporte e l' ennui,
Le conte fait passer la morale avec lui.

Por lo demás, si el Sr. Navarro hubiese dado más unidad á sus opiniones, hubiera sido más de nuestro gusto la tarea de esta desmazalada réplica.

En cuanto al requisito de consecuencia, nos

hemos entretenido bastante en impugnarlo, estribándonos en otro principio que nos parece más acertado: lo variado y complejo de los humanos sentimientos, que no es dable modelarlos matemáticamente, dada su tenuísima gradación. No vamos por otra parte á convertir en código de moral una colección de fábulas, ni nadie, á nuestro entender, lo ha pretendido, Tampoco es lícito, como el Sr. Navarro pretende con sofísticas razones, torturar la letra del cuento cuando la intención y espíritu del fabulista están claramente desenvueltos; ni peligro aquel tan inminente, como supone, para los niños, los cuales carecen del ingenio del Sr. Navarro para escoger cualquiera de los papeles que juegan en el pequeño cuadro que á sus ojos se destaca. Antes bien, el instinto de innata rectitud que aquel les reconoce, iluminado por el recto criterio del pedagogo, les hará aceptar la enseñanza tal cual se les propina, sirviéndoles el cuento tan sólo de recreo y como suave conducto para penetrar en la máxima moral ó social que se les inculca.

Refiriéndonos exclusivamente á las fábulas de Samaniego, que son las elegidas por el señor Navarro para inducir su tesis (sin duda por ser las más populares), no diremos nosotros que todas sean igualmente perfectas, ni todas intencionadamente morales en el estric-

to sentido que da el señor Navarro á esta palabra. Ni es aquello posible en una colección de ciento sesenta y siete composiciones, ni lo segundo se propuso Samaniego. Pero si las fábulas que cita las encuentra de funesta aplicación para los niños, nosotros, en los términos expresados, las reputamos completamente inofensivas: que no todas las fábulas han de contener enseñanzas serias, pues el radio de la fábula bajo el aspecto formal es inmenso y su esfera de acción ilimitada, sin traspasar los límites de su propia esencia literaria.

En último término, si el señor Navarro tiene escrúpulo en confiar en manos de sus hijos ninguna de las conocidas colecciones, sea en buena hora; mas no creemos haya fundados motivos para que los demás padres de familia se alarmen indebidamente por las particulares opiniones de aquél, según creemos haber demostrado.

Finalmente, no seremos nosotros quienes escatimemos su extraordinario talento al ingenuo autor de las *Confesiones*—á quien nos parece un tanto aficionado el señor Navarro; —pero así como han pasado, aunque dignas de estudio, sus doctrinas acerca de *El contrato social*, quedando igualmente archivados en *La nueva Eloisa* sus remedios para moralizar el matrimonio y la familia, tampoco hacen

hoy eco las teorías de educación vertidas en *El Emilio,* y con ellas han caído las objeciones allí entreveradas por J. J. Rousseau contra el apólogo y La Fontaine. En cambio éste y Samaniego, con los más notables de sus imitadores, siguen y seguirán, á través de los siglos, sirviendo de sabroso y aprovechado pasto á la infancia en todas las regiones de la tierra.



APENDICE III

APOTEOSIS DE SAMANIEGO (1)

Laguardia 25 Junio 1883.

Sr. Director de *El Anunciador Vitoriano:*

Mi querido amigo: Resuelto por mi entusiasmo hacia Samaniego á asistir á la inauguración del monumento que sus paisanos dedican al insigne fabulista, rogóme V. que representase aquí á *El Anunciador,* galantemente invitado por el Presidente de este Ayuntamiento y de la Comisión organizadora. Voy, pues, á salir del paso, á vuela pluma, pues no podría hacerlo de otro modo, dada la rapidez con que pierden hoy su interés estas reseñas, y dado el cúmulo de ideas que en este momento acuden á mi mente.

Nada diré del trayecto recorrido, tan digno de la observación del viajero, desde esa ciu-

(1) Esta carta se publicó en *El Anunciador Vitoriano* el 28 de Junio de 1883.

dad á esta ex-coronada villa, pasando por Uzquiano y Peñacerrada, donde comimos, visitando antes sus cuatro riquísimos manantiales de cristalinas aguas, continuando la pendiente ascensión de Las Churdinas, para dominar, desde lo alto del puerto de Herrera ó sea Balcón de la Rioja, las famosísimas vistas que ofrecen al espectador un panorámico aspecto de primer orden, y desde el cual se divisa ya esta población. Tampoco me detendré á hacer la descripción de Laguardia, ni á recordar sus vicisitudes históricas; y por lo que hace á las funciones que anualmente se celebran en honor á su patrono San Juan Bautista, me limitaré á copiar el siguiente programa, fielmente cumplido:

«*Día 23.*—A las doce de este día, un repique general de campanas anunciará la fiesta, y á continuación la banda de música, precedida de las dulzainas del país, recorrerá las calles de la población.

A las tres de la tarde, reunido el municipio en la Casa Consistorial, se dirigirá con su acompañamiento, antecedido de una comparsa de niños vistosamente engalanados, á la función de vísperas que tendrá lugar en la iglesia de San Juan, donde el Procurador Síndico tremolará la bandera municipal.

A las cinco de la tarde, previo el ceremonial de costumbre, se cantará en la capilla

del Pilar una solemne Salve á toda orquesta, composición del profesor de música señor de Arriola.

En esta noche, á las nueve de la misma, dará comienzo la música, que alternando con las gaitas y tamboriles, ejecutarán bonitas piezas en la Plaza de esta villa, y acto contínuo se quemará una caprichosa colección de fuegos artificiales, cuyo trabajo le está encomendado á la acreditada casa que en Vitoria representa la señora viuda del pirotécnico Aguirre.

Día 24.—Diana y pasa-calles general.

Solemne misa en la parroquia del Patrono, cuyo panegírico le está encomendado al conocido orador don Félix Landa.

Inauguración del monumento dedicado á perpetuar la memoria del insigne fabulista don Félix María Samaniego, esclarecido hijo de esta villa, á cuyo solemne acto están invitadas las autoridades.

Después de terminada la función religiosa de la tarde, se correrán en la plaza del Castillo, seis vacas bravas navarras, para distracción de los aficionados que gusten tomar parte en la lidia.

En esta noche, como en la anterior, habrá músicas en la plaza pública, que al efecto estará iluminada.

Día 25.—Segunda corrida de vacas y otros

festejos: y en estos días partidos de pelota, bailes públicos y particulares.»

Haciendo, pues, caso omiso de todos los demás festejos, paso ya á ocuparme exclusivamente de lo que se refiere á la inauguración del monumento consagrado á Samaniego. Ocupa éste el ángulo Norte que forma el paseo del Collado, conocido por El Crucifijo: se compone de un sencillo kiosko de hierro con enverjado, de gusto oriental, sostenido por ocho columnas de orden compuesto, apoyadas en una triple basamenta de piedra de forma octogonal, abierta por uno de los lados con seis anchas gradas para el ascenso á la plataforma. El busto, que es de bronce, descansa sobre un pedestal de blanca piedra de Angulema, en uno de cuyos frentes, bajo la guirnaldada cornisa, se lee la siguiente inscripción: «La villa de Laguardia á su esclarecido hijo don Félix María Samaniego:» ostentándose en la base las armas de la villa con sus características enormes llaves y debajo la fecha de 1883.

Como la premura del tiempo (pues no hace aún más de quince meses que se proyectó el monumento) no ha permitido que se concluyan todos los detalles, faltan de llenar las otras tres caras del pedestal, que, según tenemos entendido, se completarán con diversas alegorías en bajo relieves, alusivas á la

profesión de Fabulista, á la manera que lo hicieron los rusos en San Petersburgo, con un monumento análogo dedicado á su fabulista Kriloff, contemporáneo de nuestro don Félix. El plano y dirección facultativa del monumento son debidos al arquitecto bilbaíno señor Achúcarro, y el busto al escultor señor Larrea, también bilbaíno.

La función religiosa ofreció de particular el esmero con que interpretó la capilla de Laguardia una misa de Eslava; el tradicional himno de San Juan, cantado por el joven y distinguido tenor, de grandes esperanzas, señor Sales, del Real conservatorio, y el sermón del ilustrado Presbítero y Coadjutor de esa parroquia de San Miguel, señor Landa, dividido en dos partes. Referíase la primera á San Juan Evangelista y la segunda á enaltecer las dotes literarias del gran Samaniego y sus condiciones de cristiandad, que se hacen patentes en sus bellísimas fábulas morales y en la modestia y fervor con que en sus últimos momentos ordenó la destrucción de cuanto libre y opuesto á las buenas costumbres hubiese brotado de su pluma.

Inmediatamente después de concluída la ceremonia religiosa, dirigióse una numerosa comitiva desde la Iglesia de San Juan por la calle Mayor y casa de Ayuntamiento, en que se detuvo breves momentos, y precedida de

la charanga popular y ocho lucidas parejas de jóvenes de ambos sexos vistosamente ataviados, pasando después por la calle y portal de Santa Engracia hasta llegar por el Collado al monumental templete. Formaban dicha comitiva representaciones del Ejército, Clero, Judicatura, Empleados civiles, Diputación de Alava, Ayuntamiento de Vitoria y otros representantes de diversos centros de esa capital; cerrando la marcha el Ayuntamiento de Laguardia y Comisión organizadora del monumento, presididos por el señor Alcalde don Telesforo Rabanera.

Llegado dicho cortejo á la plataforma con toda solemnidad, el señor Alcalde descorrió el velo que cubría el busto de Samaniego, leyendo en seguida una Memoria muy discreta, en que hacía resaltar los méritos y virtudes eminentes del insigne literato.

A continuación, el Sr. D. Manuel de Gortazar, distinguido patricio vizcaino, á nombre de la familia superviviente de Samaniego, y como individuo de la misma, pronunció sentidas frases de contestación y agradecimiento. Previa la venia del Sr. Alcalde, se leyeron las poesías que en otro lugar publicamos, excepción hecha de la firmada por el jornalero Luzuriaga, que se presentó á la conclusión del acto. Damos á conocer esta muestra de la literatura popular, de carácter completamente

espontáneo, sin noción de métrica alguna y meramente dotada de un ritmo natural, tanto por deferencia á ilustradas personas de Laguardia que así lo desean, como porque no puede desconocerse el mérito que dicha poesía encierra, dadas las circunstancias de su autor, que no tiene más instrucción que las priméras letras.

Después que el Sr. Apráiz leyó un soneto, (1) sintiéndose poseído de gran entusiasmo á la vista del que dominaba en la multitud, que de diversos pueblos de la Rioja se extendía hasta bastante distancia, *se dirigió al público, empezando por manifestar que hubiera sido vergonzoso que el más legítimo representante de Vitoria en aquel acto, pues los Sres. Buesa y Sáenz de Urturi allí presentes son riojanos, se contentara con un mal soneto en tal solemnidad.*

Razón por la cual, el orador se extendió algún tanto en una improvisación completamente gratu-

(1) Hoy Laguardia de júbilo rebosa
Al celebrar sus fiestas populares;
Y sus músicas, salvas y cantares
Expresan su alegría bulliciosa.
¿Es que fiera recuerda y orgullosa,
Al contemplar del mundo los azares,
Que la madre naciera en estos lares
De Alfonso el de las Navas de Tolosa?
¿O celebra á otros ínclitos varones
Que por la espada y su heroismo ciego
Tremolaron sus bélicos pendones?
Es mucho más, pues que con patrio fuego
Hoy esculpe Laguardia en sus blasones
El nombre de Don Félix Samaniego.

latoria dirigida á la villa de Laguardia, recomendando al fin á las jóvenes esposas, recordando ciertas frases de Platón, que desde la lactancia, ó por lo menos desde que balbuceasen sus niños las primeras palabras, les enseñasen las fábulas de Samaniego.

Seguidamente el señor Secretario de la Comisión organizadora D. Isidro Santamaría leyó una acta fidelísima de todo lo ocurrido, sin olvidar la lista nominal de cuantas corporaciones y personas han contribuído con su óbolo á la erección de tan civilizador monumento, procediéndose desde luego á la firma de dicha acta por todos los presentes, entre los que aparecen D. Angel Viana, como diputado provincial é individuo de su Comisión, D. Narciso Buesa como primer Regidor preeminente del Excmo. Ayuntamiento de Vitoria, D. Eugenio Sáenz de Urturi como catedrético del Instituto provincial alavés, D. Julián Apráiz en este mismo concepto y además en representación del Ateneo y el Casino de Vitoria, á cuya junta pertenece, y de *El Anunciador Vitoriano.*

Sabemos por buen origen que el atraso en que se hallaban las obras fué parte para que la Comisión organizadora se propusiese dilatar por algunos días la inauguración del monumento; mas en vista de que los últimos días casi toda la prensa de Madrid y parte de la

de provincias señalaba decididamente para tal solemnidad el día de San Juan, desistió aquella junta del proyectado aplazamiento, circulando precipitadamente el día 22 algunas invitaciones en menor número que las que con mayor holgura se hubiesen hecho. A esta razón se debe principalmente el que el Excelentísimo señor Gobernador de la provincia, D. Martín Huarte, no haya podido asistir á la fiesta, como así lo ha manifestado en atenta comunicación á la Comisión de Laguardia, y otro tanto habrá tal vez acontecido con las corporaciones vizcaínas y guipuzcoanas. Así es que entre otras adhesiones entusiastas recibidas en Laguardia en los días 24 y siguientes, figura una expresiva comunicación del Ateneo de Logroño.

Por último, se procedió á enterrar una caja de zinc perfectamente cerrada, y que contenía un número de la *Gaceta* de Madrid, dos de *El Anunciador Vitoriano*, partidas de Bautismo y defunción de Samaniego y varias monedas de estos últimos años.

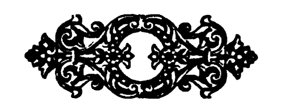
Con lo cual regresó la comitiva á la población, disolviéndose en la Casa de la villa, en medio de las músicas, repiques, estampidos de los voladores, etc., etc., con las aclamaciones de la entusiasta multitud.

Y nosotros concluímos esta descarnada reseña, felicitando á Laguardia y á la provin-

cia de Alava, porque cuentan desde ayer con una nueva manifestación de la inmortalidad del poeta Samaniego.

Suyo afectísimo amigo,

J. A.



APENDICE IV

Noticia de varias poesías inéditas ó poco conocidas de Samaniego

Cuando en el verano de 1883 tuve el honor de representar á varias corporaciones de Vitoria en la erección de un monumento iconográfico á Samaniego en su villa natal, hice infructuosas diligencias por hallar algunos versos inéditos de tan popular poeta. Lo único que conseguí fué ver un manuscrito de un particular con la caricatura en décimas, ó ridículo retrato hecho por el propio D. Félix, que figura en la colección de Navarrete y en el tomo LXI de la *Biblioteca de AA. españoles.* La copia que me mostraron contenía algunas variantes sin mucha importancia y dos circunstancias especiales: la primera era señalarse en el epígrafe *la marquesa madrileña*, á quien los versos se dirigían, y la segunda el contener una décima más. Como la marquesa, según mis noticias, debía llorar por entonces reciente viudez, y como la décima en cuestión

pecaba de un tanto familiar, supongo suprimió ambas cosas Navarrete intencionadamente, y yo le imito.

Hay en la Biblioteca Nacional un códice recientemente empastado, de 76 hojas (sin foliar) de diversos tamaños y letras, sin signatura todavía, en cuya portada dice; *Versos sucios de Samaniego.* Yo no sé si todos serán de nuestro poeta, ni si formarán parte de aquella colección espúrea de 1820 de que nos habla Navarrete, *Obras inéditas* (p. 106); pero leyendo y releyendo en Diciembre último aquellos versos, por si podría utilizar algunos para esta colección, después de muchas dudas y vacilaciones, me hallaba ya decidido á publicar las cuatro composicioncitas más decentes ó menos indecentes, así como otras dos que copié hace algunos años de un manuscrito de D. Eustaquio en la biblioteca y archivo de sus hijos en Abalos, cuando el plan definitivamente adoptado de considerar en este volumen á Samaniego exclusivamente como crítico me ha hecho desistir de ello.

A título de curiosidad daré, sin embargo, una sucinta noticia de esta media docena de poesías.

La primera es una octava real en la que un visitador del convento del Paular, al ver allí una campanilla que, según el portero, estaba siempre ociosa, pues sólo debía sonar cuando

el demonio tentara á algún monje, hace la malévola y picante observación de que en tal caso, más bien

debía de estar siempre repicando.

Es la segunda una especie de letrilla amorosa en romancillo, imitación del epigrama de Catulo *ad passerem Lesbiae.* Algún iriartista me ha dicho que también figuran estas *Coplas del pájaro* en una colección de manuscritos de Iriarte.

Cinco fáciles quintillas constituyen la tercera composición, que se reduce al apuro de un muchacho, á quien dió un apretón ayudando á misa, y al no menor sufrido por su sustituto, que no sabiendo contestar al cura, que le miraba y repetía el *Dominus vobiscum,* tuvo que descubrir el pastel.

Y la cuarta, que en forma más honesta insertó Navarrete en la página 184 de su colección, es el conocido cuento de *El sombrerero,* que al acusarse en confesión de visitar á su novia dos veces al día le preguntó el sacerdote:

—*Pues, ¿cuándo diablos hace los sombreros?*

Las otras dos poesías de la biblioteca de Abalos se reducen: la primera (una simple quintilla) al juego de palabras que sin saberlo hacía un marido, que solía llamar á su esposa *mi mitad;* y la otra, titulada *La semana* y desenvuelta en catorce redondillas, es la

historia de un Tenorio, á quien entretiene una ladina moza toda la semana, para concluir el domingo con despedirle por ser día de reposo. Lo que no me explico es cómo don Eustaquio, que en la página 108 de su libro se manifiesta resuelto á dar cabida á *La semana, dándola á conocer por el verdadero texto del autor*, siquiera para desautorizar cualquiera otra impresión hecha por una *copia feamente viciada,* que él había leído, desistió luego de su propósito.

También hemos visto entre los manuscritos de Navarrete, existentes en Abalos, otras varias poesías frívolas de Samaniego, que las rechazó el colector en definitiva, pero que había pensado en un principio publicarlas.



APENDICE V

Un opúsculo, completamente desconocido, de nuestro insigne Samaniego (1)

Justifican de todo punto este rótulo los dos irrefragables testimonios que siguen:

Dice D. Eustaquio Fernández de Navarrete, en sus *Obras inéditas etc. de Samaniego*, á las páginas 76 y 77, hablando de la estancia en Madrid, de nuestro don Félix, en Mayo de 1785.

«Durante esta residencia, conjeturamos que no trató con Iriarte, cuyos celos debieron exacerbarse al ver la excelente acogida, que tuvo en la Corte. Lo que puede inferirse es, que en este tiempo se ensañaron más sus competencias, pues de allí á poco se imprimió en Bayona, en un cuaderno en folio, una crítica anónima de las obras de Iriarte, más

(1) De la *Euskal-erria* de San Sebastián, tomo 32, Marzo y Abril de 1895. Este artículo, en más breves proporciones, se había publicado en *El Anunciador Vitoriano*, el 17 de Julio del año anterior. En ambas publicaciones sirvió de preámbulo al folleto de Samaniego.

festiva y acerada que las *Observaciones;* crítica en que se creyó ver la mano de Samaniego. Este nuevo ataque hace sospechar nuevos piques; y siendo Samaniego una persona indolente, incapaz de moverse sino para la defensa, debemos creer que él no fué el agresor. Los Iriartes se dieron tan buena maña en suprimir este escrito, en que, según noticias, había saladísimos epigramas y otras piezas agradables de crítica burlesca, QUE NO HEMOS PODIDO ALCANZAR UN EJEMLAR PARA SU REIMPRESIÓN.»

En la página 178, al insertar esta quintilla de Samaniego

Tus obras, Tomás, no son
ni buscadas ni leídas,
ni tendrán estimación
aunque sean prohibidas
por la Santa Inquisición,

pone este escolio:

«Esta quintilla, que por sí sola es un salado epigrama, formaba parte de otras que el autor imprimió (en Bayona; á lo que se cree,) juntamente con otras composiciones burlescas sobre los Iriartes; y que éstos se dieron tal maña á recoger, QUE NO HEMOS LOGRADO VER UN EJEMPLAR.»

A su vez, el oráculo de la bibliografía española Sr. Menéndez y Pelayo, después de

colocar á nuestro autor en un lugar distinguidísimo en aquellas agrias controversias literarias del siglo pasado (*Ideas estéticas*, t. III, vol. 2.º), historiando la ruptura de las amistades entre Iriarte y Samaniego, se expresa así (págs. 43 y 44), al referirse al segundo, antiguo admirador de D. Tomás:

«Cambió de parecer, después que vió publicada la colección de fábulas de su amigo, y dando rienda suelta á un poco disculpable sentimiento de celos, le mortificó con todo género de epigramas mordaces, llegando á imprimir en Bayona un libro entero de prosas y versos contra él y su familia (1); libro que los Iriartes SE DIERON BUEN CUIDADO A RECOGER Y DESTRUIR.»

Ahora bien: insistiendo el pasado verano en mis tareas de completar la genealogía de los *Isunzas vitorianos*, despolvoreando casi todos

(1) Como verán los discretos lectores, aunque la ironía que campea en todo el opúsculo que reproducimos es de las más acervas y sangrientas contra el literato, Samaniego seguía y siguió toda su vida rindiendo culto al respeto personal. No hay, pues, ni la más leve alusión á la vida privada en toda la sátira, como pudiera inferirse por esta indicación de D. Marcelino y otra análoga del *casi nuestro* D. Eustaquio. Sólo una vez se alude y aun menciona á un señor hermano de D. Tomás por una necesidad del concepto, pero siempre dirigiéndose al poeta y no á su persona ni á persona alguna. Por lo demás, el propio autor de las *Ideas estéticas* (ibid. p. 45) explica, ya que no justifica, la saña de nuestro paisano «por la preterición desdeñosa que Iriarte había hecho de su nombre y de sus fábulas en el prólogo de las suyas».

los archivos de Vitoria, en el de mi querido amigo D. Joaquín de Urbina entre mamotretos manuscritos de todas clases, vino á mis manos, el 15 de Julio, un infolio impreso, de XX páginas, anónimo, sin data ni lugar de impresión, que á la primera ojeada, por estar un tanto versado en la lectura de Samaniego, comprendí que se trataba de un ejemplar del folleto que ni los dos Navarretes ni Menéndez y Pelayo habían logrado ver.

A la importancia que para las letras españolas tiene este documento (cuyo valor es el de un verdadero y único manuscrito) hay que agregar la especialísima para nosotros de presentarse en él Samaniego como paladín resuelto de las provincias vascongadas, circunstancia tanto más atendible cuanto que los pocos escritores de la Rioja alavesa con que contamos suelen preferir el dictado de *riojanos* al de *vascongados*. Díganlo, aun dejando á un lado á los mismos Navarretes, (1) que, aunque castellanos por la geografía de los hombres, fueron alaveses por la de la Naturaleza, el eminente orador Olózaga, que tan oculto tuvo toda su vida su nacimiento en Alava y su oriundez alavesa, que lo ignoró

(1) De D. Martín se sabe que era íntimo de los canónigos Llorente y González, tan terribles antifueristas. Cuanto á D. Eustaquio, ¿cómo no le íbamos á ser simpáticos los vascos, siendo hijo de una dama vitoriana?

su mejor biógrafo el eruditísimo Marqués de Molins, teniendo que rectificar su error de suponerlo castellano el mismo hermano de aquel, D. José, en carta dirigida á *El Imparcial*, á fines de 1874, si no me es infiel la memoria.

Como sólo para glosar estos últimos conceptos y aplicar su verdadero alcance y sentido tendría que escribir bastante, renuncio á ello, abriendo en cambio una digresión ó paréntesis, acerca de la denominación de *borricos* aplicada más de una vez por Iriarte á los vascos, denominación de que con tanta sal, habilidad é ironía se burla nuestro Samaniego en esta crítica perdida y vuelta á encontrar.

En el año de 1805 (catorce después de la muerte de su autor) se publicó, en ocho volúmenes, la colección más completa que hasta hoy poseemos de las obras de Iriarte, pero en esta edición no tuvieron cabida, á más de algunas obritas ya impresas, otras composiciones que aún hoy permanecen inéditas y que poseen manuscritas varios literatos de Madrid, la Biblioteca Nacional y la de Abalos, incluído el códice de esta última, si mal no recordamos, en un tomo de *Misceláneas*, copiado en gran parte, del propio puño y letra del Sr. D. Martín de Navarrete.

Pues bien, una de esas composiciones de Iriarte aún inéditas y casi interminable por

lo larga, se intitula «Vexamen satírico, compuesto por un caballero de la corte contra Moratín, año 1777», y comienza así:

La sociedad matritense
Económica de Amigos
Del País, nombre amasado
De francés y vizcaíno,
Que traducido fielmente
A juicio de los peritos
Suena «Amantes de la patria;
. . . .
. . . .

Y aquí viene una larga nota en que Iriarte hace fisga de los vascongados, por emplear, malamente según él, la palabra *país,* que no es en su concepto sinónima de España, ni de Castilla, etc., sino *de cualquier país turco ó vizcaíno.*

Y concluye de este modo, después de reirse grandemente de la *Económica matritense* y de Moratín:

Debieras también tomar
Por blasón y distintivo
Otra divisa mejor
Que la de los vizcaínos;
Y si ellos ponen tres manos
Pinta tú cuatro pies como un pollino (1)

(1) *En Iriarte y su época,* ocupa este *Vejamen* desde

Y vuelve á poner otra nota que literalmente dice: «Sabido es que la Sociedad vascongada tiene por emblema ó divisa tres manos unidas.»

Antes de copiar textualmente el precioso cuaderno que tengo á la vista...., vayan dos palabras sobre la época y circunstancias que acompañaron á este chispeante rasgo de la agudeza satírica de don Félix María Sánchez de Samaniego.

Corría el año de 1787 cinco de las hondas enemistades entre Iriarte y nuestro fabulista; las obras del sesudo y eximio poeta canario andaban dispersas y creyó su autor llegado el momento de coleccionarlas, juntamente con otras inéditas, haciéndolo así en seis tomos. Inmediatamente, Samaniego que estaba en acecho..... redactó y dió á la estampa en Bayona, según sentir de Navarrete, el folleto en cuestión, que después de dormir más de cien años el sueño del olvido, vuelve hoy á presentarse, armado de punta en blanco. Su

---

la página 426 á la 503 inclusible, tomado de un Códice de la Biblioteca Nacional. Merece advertirse que el final copiado por el Sr. Cotarelo, dice así:

Y si ellos pintan tres manos
Pinta tú desde ahora mismo
Cuatro pies como un pollino.

No sé cuál de las dos conclusiones es la peor. (Nota de ahora, J. A.)

título, por demás peregrino y chistoso, es: *Carta apologética al señor Massón.*

Basta de proemio y pase á hablar nuestro don Félix, suplicando por mi parte á los lectores que para atenuar la repugnancia que producen estos fieros pugilatos, tengan en cuenta que Samaniego es el más culto de todos los combatientes en aquel verdadero campo de Agramante, en que como dice el señor Menéndez y Pelayo (o. y. l. c., págs. 47 y 48) «el espíritu crítico..... servía de puñal para destrozar honras y famas, con ese género de golpes en que el asesino pierde tanto como la víctima, y llegan uno y otro deshonrados á la posteridad.».

Vitoria y Diciembre de 1894.

N. B. Como queda insinuado antes, á continuación iba la «Carta apologética al señor Massón,» que va en este tomo desde la página 103.
(Nota de ahora).



INDICE

PÁGINAS

CORRIGENDA

Págs.	Líneas	Dice	Debe decir
1.ª	Penúltima	elevándose	no elevándose
2	25	Sánchez Rus	Sánchez, Rios
4	26	Navarrete	Nasarre
8	22	meta	nota
16	8	*est*	*ut*
17	15	me cabe la	no cabe
24	5	Y á	Ya
28	10	nuestros poetas	nuestro poeta
82	17	altaneros	altareros
85	17	no	sea
85	28	para	por
86	1	su	un
97	10 y 11	entre Crónicos	nuestros cómicos
141	7	Lópes	Lopes
147		Apéndice	Apéndices

BIBLIOTECA BASCONGADA

PRECIOS DE SUSCRIPCION O VENTA

POR TOMO

España	2 pesetas.
Antillas y Filipinas	3 »
Repúblicas Sud-Americanas	80 centavos.
Extranjero	4 francos.

Puntos de suscripción

VITORIA	Principales librerías.
SAN SEBASTIÁN......	
PAMPLONA	
BILBAO	
MADRID	Librerías de V. Suárez y F. Fe.
HABANA...........	Sociedad «Laurac-bat».
BUENOS AIRES.......	Sociedad «Laurac-bat». Centro Vasco-francés. *La Vasconia*, 781, Avenida de Mayo.
MONTEVIDEO.........	Sociedad «Laurac-bat.
ASUNCIÓN	Ramón de Olascoaga.
SANTIAGO DE CHILE ..	Zulueta Hermanos.

ADMINISTRACIÓN

ESPAÑA, Bilbao, calle Maria Muñoz, número 6



